

# **La Rebelión de los otros**

o

Que los dioses nos protejan

**José D. Díez- 1997**

© José D. Díez - Inscrito en el Registro de la  
Propiedad Intelectual de la Comunidad  
Andaluza, España

*PRELUDIO*

*En inicio de los tiempos, la Tierra fecunda se pobló de seres vivos que amaban y respetaban su casa. ¿Fueron siempre así? No todos, al menos desde el pasado que recuerdo. Hoy a éstos los llamamos evolucionados, privilegiados de la creación. Se han convertido exclusivamente en seres del presente, que no miran atrás ni adelante. Yo soy uno de ellos. Somos los humanos.*

*Pero, no miremos al pasado, al que ya no regresaremos para cambiarlo. ¿Y el futuro? El futuro sí lo podemos preparar. ¿Miramos al futuro? ¿Nos preocupa el futuro? No, no nos hacemos planes, todo lo más a un año y, en todo caso, sólo en términos de riqueza que llene más y mejor nuestras presentes expectativas de bienestar material.*

*Somos malditos seres del presente, y lo utilizamos, lo estrujamos y extraemos de él todo lo que podemos. Parásitos de la Tierra, nos aferramos a sus ubres que, generosas, siguen dándonos los néctares que nos embriagan, obnubilan, y hacemos de sus fuentes exclusiva posesión. «¡Ésta es mía! Y mataré a quien ose disputármela.» Y a esa fuente conquistada, aún generosa, se le abren nuevos veneros de abundancia, de excedentes innecesarios que no compartimos, que preferimos destruir, y que sólo obedecen al gozo que nos produce poseerlos, como un avaro que contempla a solas su riqueza. Y así, cada presente consume o derrama esa abundancia que a nadie de nosotros preocupa si tiene límite.*

*Pero existe el futuro, hedonistas del presente, aunque ya no es tan incierto desde nuestra inconsciencia. Las ubres ya no darán todas el néctar que generosas otros tiempos nos dieron, porque estamos matando a la madre que las porta.*

*Pero estamos gordos, poderosos de reservas, y aún quedan ubres vecinas que están al alcance de nuestros instrumentos de guerra, y mataremos para hacerlas nuestras, exprimiéndolas hasta el hartazgo y nueva borrachera de un nuevo presente de abundancia.*

*Y así, purificando un agua que hemos encenagado, purificando el aire que hemos emponzoñado, refrigerando nuestras casas de la fiebre que la Tierra tiene en su agonía o calentándolas del frío de su muerte, seguiremos deglutiendo los restos de un cadáver, como los gusanos necrófilos que se alimentan de la muerte hasta que ya no quede ni muerte.*

*¿Y los otros? Esos seres vivos que se nos parecen en casi todo lo que nosotros mismos decidimos que se parecen, ¿qué hacen mientras tanto? Se aferran a la vida que les dejamos como pueden y no protestan, ellos no saben del futuro, sólo viven su presente necesario. Algunos sólo prevén una estación inclemente que se aproxima, y no comprenden por qué que ya todas las estaciones del presente son inclementes.*

*Esos seres que no nos importan, que se extinguen en especies enteras, han entrado en mis sueños, allí donde es posible lo imposible, y me han dejado un mensaje de pesadilla que preferiréis que no os cuente. Os lo voy a contar, de todas formas, aunque muchos hagáis oídos sordos pensando que es eso, una simple pesadilla .*

*Siglo veintiuno. Los dioses están cansados, abúlicos y dormidos ¿Probarán con otros mundos y corregirán los errores*

*cometidos en la Tierra? Ese depredador que a sí mismo se llama hombre, ha sido su más nefasta obra.*

*Por siglos lo protegieron, le dieron dones exclusivos y poder sobre el resto de los seres vivos. Algo debió fallar en los cálculos que se hicieron, pues que sus seres predilectos caminan ciegos de avaricia hacia la destrucción de su obra. Su depredador instinto no se circunscribe sólo a ellos, el resto de los seres vivos son arrastrados impotentes en su arrasador presente. La Tierra misma, también. Millones de especies ya han desaparecido, a otras les espera el mismo destino, un destino forjado por los hombres y al margen del destino que para todos dispusieron los dioses. Masas forestales han sido pasto de sus fuegos y de la basura química que vierten en el aire, un aire que los ahoga. Han convertido los ríos en cloacas por las que fluyen venenos y esquilmo el mar, y todo en nombre del progreso y el bienestar humano. Y se matan de mil crueles formas por poseer lo que aún queda utilizable. La Tierra se calienta y se amplían las zonas desérticas, allí donde la vida comienza a dar paso a la nada. Los dioses la protegieron con escudos que impedían la agresión del hostil espacio, pero los corrosivos desechos de las máquinas del hombre los han perforado y con la luz de vida también penetra la luz cegadora y de muerte. Y lo peor es que lo saben, que algunas veces se muestran conscientes de su destructor proceder, pero son seres del presente, y lo aseguran a toda costa. Su mayor afán se cifra en incrementar eso que ellos llaman producto interior bruto, y se pasan el tiempo mirando con ansiosa expectación las estadísticas del día a día, mes a mes, no más allá de un año.*

*Los dioses duermen, pero desde la Tierra, los otros seres vivos aterrados e impotentes, les gritan que despierten. Gimen los árboles*

*con sus hojas marchitas y sus retoños secos. Los animales ensayan nuevos sonidos, lamentos que dirigen a las estrellas, allí donde creen que moran los dioses, pidiendo protección. Tal llega a ser el clamor, que los dioses abren lentamente sus ojos ante tanto lamento como les llega a sus perezosos oídos y, lentamente, parecen despertar de su sopor.*

*—¿Qué son esos gritos? ¿No sabéis que estamos descansando? Pero..., no son los hombres, son los otros seres vivos que pueblan la Tierra. ¿Os dirigís a nosotros? ¿Qué os sucede? ¿Qué queréis?*

*—Somos los otros, vuestros ensayos en la creación de vida en la tierra; vuestros regalos al hombre, criatura que hicisteis perfecta, según vuestros cálculos, en un mundo perfecto, según vuestros cálculos. Luego os habéis tomado un largo tiempo de descanso que aún dura. Mientras dormís o miráis a otro lado, ese ser perfecto, según vuestros cálculos, nuestro rey, según vuestros deseos, se ha vuelto loco de prepotencia, lujuria e insensata acción depredadora, y está acabando con vuestra obra. Si todo esto no os importa, mandad una señal y aceptaremos el destino que nos espera, pero si os importa, si aceptáis que el hombre es el único ser vivo que está destruyendo vuestra obra, el hombre debe morir. Y no esperéis nada positivo de esos pocos que viven en su utopía, porque no son otra cosa que sus malas conciencias bailando como fantasmas para confundiros.*

*—Ya vemos que es cierto lo que decís, ahora que lo observamos. Desde luego que todo en la Tierra parece sufrir de un gran deterioro. Pero aún confiamos en que el hombre corrija su comportamiento. El hombre, como vosotros, aprende de la experiencia. Debe ser un*

*momentáneo rapto de locura. Ya sabemos de otras ocasiones; luego las cosas vuelven a ser como deben.*

*—Desconfiamos que ahora sea como decís. Nunca antes el hombre tuvo poder para destruir la Tierra varias veces; nunca antes se agredió de forma irreversible a los factores que sustentan la vida y la hacen posible; nunca antes la inercia de su acción inconsciente le llevó a inventar la impotencia para evitarlo, una impotencia por un futuro que no le importa. Pero nosotros, que no tenemos otro patrimonio que la vida, queremos conservarla, y por eso...*

*—Os invocamos, ¡oh, Zeus! , dios de dioses, fuerza, aire y poder, para que desde tu morada en la nubes hagas retumbar el trueno de tu enojo y lances tus mortíferos rayos sobre el hombre.*

*—Os invocamos, ¡oh, Ares!, hijo de Zeus y de Hera, dios de la violencia, para que tiendas tus emboscadas de discordia al hombre y que se exterminen en cruentas guerras, en pestes nuevas que no sepan atajar, y siembres entre ellos el terror y la fuga a ninguna parte hasta que se encuentren con el abismo y por él se precipiten.*

*—Os invocamos, ¡oh, Hermes!, hijo de Zeus y de Maya, mensajero de los dioses, para que dejéis de proteger a los ladrones que nos roban la vida y a los viajeros que dejan tras de sí oscuros los caminos con sus pestilencias de muerte.*

*—Os invocamos, ¡oh, Poseidón!, hijo de Cronos y de Rea, dios de las aguas y rey del mar, para que agites la tierra con turbulentas mareas que impidan al hombre dejar yermo el útero en donde engendrasteis la vida.*

*—Os invocamos, ¡oh, Hades!, hijo de Cronos y de Rea, dios de los infiernos subterráneos, para que surjan tus cabelleras en lavas candentes, allí donde los hombres horadan la tierra y extraen el oro*

*negro que mueve toda su maquinaria con la que exprimen tu cuerno de la abundancia.*

*—Os invocamos, ¡oh, Cronos!, padre de Zeus, dios del tiempo, para que detengas los relojes del futuro de los hombres y los devores hasta su total exterminio.*

*—Os invocamos, ¡oh, diosas y demás divinidades del Olimpo!, para que retiréis vuestras gracias y dones que un día ya lejano esparcisteis sobre la Tierra y dejéis al hombre sólo provisto de su bella envoltura y que sea esta su única mortaja. Os invocamos para que impidáis que la vida no sea un juego en el que dais por finalizada y perdida la partida.*

*¡Oh, dioses, diosas y divinidades del Olimpo! Dadnos la primacía de la vida sobre la Tierra; dadnos aquello, instrumento de vuestro enojo y castigo, para que nuestras dispersas fuerzas se aúnen y superen las del hombre. Nosotros seremos vuestros ejecutores.*

*—¿Proponéis que el hombre desaparezca de la faz de la Tierra? ¿Deberán, según vuestros deseos, desaparecer todos los hombres? ¿También esos que llaman utópicos?*

*—Todos, dioses y diosas del Olimpo. Pues que los utópicos sólo son los bufones de esa cohorte infernal que abrasa la tierra por donde camina.*

*—¿Y los que os protegen? ¿También ellos deben morir?*

*—Todos, dioses y diosas, que si alguno quedara, sus crías volverían a manifestarse con su instinto de destrucción.*

*—Seguimos pensando que el hombre es nuestra obra más perfecta. Quizá haya otro medio menos expeditivo que corrija esos comportamientos. Dejados pensar...*

\*\*\*

Año 2050, Centro del Consejo Unificado de Universidades , USA. El doctor X se dispone a dar una conferencia que ha despertado una gran expectación en todo el mundo. Los medios audiovisuales llevarán sus imágenes y palabra a todos los confines de la Tierra. Traducciones simultáneas en todos los idiomas harán inteligible su palabra a todos los hombres. Los últimos y alarmantes sucesos dejarán a muy pocos indiferentes a las explicaciones que profusamente se han anunciado. Los gobiernos han venido hurtando sistemáticamente las razones objetivas de unos fenómenos que han venido alarmando a sus respectivos gobernados. Ahora el clamor es tan incontrolable, la situación de impotencia tan patente, que esos gobiernos, unificando voluntades, acuerdan por consenso universal, informar a la Humanidad de lo que los centros científicos del mundo, coordinados todos en el Consejo Unificado de Universidades, con sede en USA, y reunidos en Comisión , han elaborado, finalmente, como informe conjunto sobre la situación.

El Dr. X, con gesto sombrío, abre un portafolio con cierta solemnidad. Limpia sus gafas con parsimonia, mientras mira al auditorio buscando en aquellas miradas expectantes la credulidad suficiente para que sus palabras no muevan a sonrisa a los escépticos. Se ha convenido que no habrá interrupciones ni preguntas posteriores al acto de presentación del informe. En el aula magna están representados todos los poderes supranacionales del mundo, todos los organismos de



actuación universal consensuados por los pueblos y razas de la Tierra. Políticos y científicos se mezclan heterogéneamente. Son los representantes de una Humanidad que se conduce mirando que el presente no sea contingente y que todo esté previsto, calculado y bajo control. Cada uno de los presentes recibirá un informe documentado y serán los primeros mensajeros de su contenido. Del informe deberán surgir ponencias que elaborarán soluciones absolutamente viables e inmediatas, pues el tiempo apremia; la Humanidad toda está en peligro, y los científicos y los políticos deben coordinar sus esfuerzos, conducentes a paliar los efectos de los fenómenos que están teniendo lugar en la Tierra, más tarde se podrá intentar comprenderlos a la luz que arrojen las investigaciones que se promuevan. El doctor X, finalmente, habla.

«Ciudadanos del mundo: Me cabe el honor y la responsabilidad de dirigirme a la Humanidad en un momento crucial de su historia. No quisiera que mis palabras ahondaran más el pesimismo que se extiende entre los hombres, que desde todos los rincones del mundo me escuchan. Se me ha comisionado para exponer a la Humanidad la verdad de lo que conocemos y también la verdad de lo que desconocemos. Con sinceridad y humildad expondré aquellos aspectos generales del informe que la Comisión ha elaborado, con el fin de que todo hombre, mujer o niño que sepa comprender, tenga los datos precisos para que ponga toda su voluntad y esfuerzo a disposición de sus gobernantes, que asesorados por técnicos y hombres de ciencia en general, dictarán las actuaciones que, en cada caso, se estimen oportunas.

Este informe, todo lo técnico y documentado que hemos podido elaborar, hace abstracción de aquellos fenómenos que estuvieron presentes de forma habitual o periódica en la marcha de la Tierra y sus formas de vida, incluso de aquellos que, ocasionalmente, surgieron como

fenómenos espontáneos y, por si mismos o por los remedios que nos fue dado descubrir, se recondujeron a la normalidad.

El informe que les voy a presentar, se refiere únicamente a los fenómenos que se están observando en la Tierra y que no eran previsibles a la luz de la ciencia, ni como efecto remoto de causas que se venían estudiando, ni como prospectiva futurista de desgracias que la Humanidad podría tener algún día que soportar.

Estos fenómenos que hoy observamos escapan a toda comprensión científica, y no tenemos a nuestro alcance inmediato ni las soluciones puntuales para eliminarlos, ni métodos científicos o empíricos para concluir sus causas, ni la presunción de cuánto tiempo han de durar. En otras palabras, los casos a que me referiré, la Comisión ha concluido que no son naturales por incomprensibles, imprevisibles e incontrolables a la luz de la ciencia actual.

Dicho esto, y con las esperanza de que no aparezcan nuevos casos, seguidamente paso a enumerar aquellos fenómenos que esta Comisión ha convenido en considerar no naturales. Por su ámbito de aparición, ya que sería una contradicción decir por su naturaleza, estos fenómenos los hemos clasificado en tres grandes apartados:

a) Fenómenos físicos, como el comportamiento de las aguas fluviales y marinas, comportamiento de la meteorología, comportamiento de la Tierra como unidad geológica, en suma.

b) Fenómenos en los comportamientos del mundo animal, y que se extiende a todo ser vivo con capacidad de movimiento y dotado de sensibilidad, excluido el hombre que, por ahora, sólo parece ser el destinatario pasivo de los efectos negativos de estos.

c) Fenómenos biológicos que se extienden más allá de los entes vivos que hemos venido llamando animales, y que por sus peculiares características, escapan, no sólo a las previsiones de la ciencia, sino al más audaz de los postulados epistemológicos. Y que sin razón o por

ella, otras preocupantes alteraciones vienen a incidir en la esperanza de vida del hombre y sólo del hombre.

Paso ahora a enumerar aquellos fenómenos ya observados, según el grupo a que pertenecen..., y que la ciencia ni puede explicar, ni puede estudiar..., y que no puede evitar sus efectos perniciosos para el hombre. Quizá desde la solidaridad... de todos los hombres de la Tierra, la conjunción de esfuerzos arbitrados por los poderes políticos a escala universal, podremos...podremos controlarlos, encauzarlos, dominarlos..... y convivir con ellos, como si despertáramos súbitamente al nacimiento de una nueva era que, en todo caso, y a juzgar por los acontecimientos....., se presenta difícil y, no lo quiero ocultar....., imprevisible».

El Dr. X , como quien se resiste a declarar su impotencia, vacilaba al pronunciar las últimas palabras. Se le veía nervioso, indeciso, en ocasiones balbuceante. Unas gotas de sudor surgían en su frente y resbalaban hasta sus cejas, y tenía que interrumpir su discurso para limpiar sus ojos y sus gafas. La audiencia se intercambiaba miradas interrogantes, y los técnicos de audio-visión ajustaban sus monitores para disimular con planos largos un rostro que, lejos de infundir esperanza a los millares de millones de televidentes, sugería la convicción de que estaba en posesión de alguna verdad terrible que se esforzaba en ocultar con generalidades, que ya todo el mundo había observado por sí mismo o los medios de comunicación habían difundido.

En una de sus ya cada vez más frecuentes pausas, el Dr. X, depositó las gafas sobre el atril, miró vahídamente al anfiteatro, vaciló en el control de su cuerpo, se inclinó sobre el atril hasta tocarlo con su cabeza, hizo ademán de asírse a él para sujetarse y, finalmente, rodó por el suelo, llevándose con él el atril y esparciéndose los papeles de su

disertación por todo el estrado. Las cámaras recogieron esas imágenes, y alguien dio la orden de suspender la emisión.

Desde los centros de control, un locutor transmitió una aséptica información a todo el mundo: « El Dr. X ha sufrido de una indisposición momentánea. Permanezcan a la escucha. Mientras se reanuda la conferencia, les ofrecemos unas imágenes de los fenómenos más notables que se han observado en diversas partes del mundo»

El Dr. X estaba muerto.

La conferencia se suspendió con el ruego a los presentes de que permanecieran en sus respectivas residencias a la espera de una nueva convocatoria, que tendría lugar lo antes posible. Todos se retiraron cariacontecidos, intercambiando impresiones en voz baja. La gran sala se quedó vacía, como vacíos de esperanza millones de seres.

## CAPITULO I

## El escenario

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Clara, sin apartar la vista de la pantalla.

Su marido, Diego, y sus hijos Anselmo, Vicente y Rosa, callan. Miran estáticos a la pantalla con la preocupación reflejada en sus rostros. Es Anselmo, el mayor de los hijos, de veinticuatro años de edad, el que, tras un interminable silencio, sugiere.

—A ese doctor se lo han “cargao”.

—¿Por qué? —pregunta Rosa, de dieciocho años.

—A alguien no le interesaba lo que estaba diciendo.

—No digas tonterías —añade el padre- Yo también pregunto por qué querrían cargárselo. A todos interesa saber lo que pasa para poner en marcha las soluciones.

—¿Qué soluciones? —sigue hablando Anselmo— Él mismo reconoce que no se conocen las causas, de modo que, ¿qué soluciones podemos inventar para resolver un problema que no se sabe de dónde nos viene?

—Pero lo que no explicas es por qué podría interesar a alguien que ese doctor no siguiera hablando.

—Porque los poderosos aún creen poder dominar la situación y no les interesa crear alarma social. Imaginaos que cunde el pánico y toda esa gente que se levanta por las mañanas y, como dóciles corderitos, se disponen a ir en dirección de sus puestos de trabajo, ¿no creéis que pasarían de obligaciones y, unos se dedicarían a rezar, otros se tirarían al monte, otros al pillaje, otros a fabricar un bunker..?

—Si fuera así, como dices —interviene Rosa —lo podían haber matado antes.

—Rosa tiene razón —dice la madre— ¿Para qué esperar a hacerlo delante de todo el mundo?

—¿Y cómo lo han matado? —pregunta Vicente, el hijo menor, de catorce años.

—Vamos a ver —retoma la palabra Anselmo para contestar a su hermana—. Nadie sabía de lo que iba a hablar el doctor, a excepción de los que estaban en el rollo. Si os fijáis, nada se había filtrado de lo que se estaba cocinando en ese centro. Llevamos unos días en los que todo lo que se decía sobre estos fenómenos eran opiniones particulares y no siempre coincidentes. Todos estábamos más o menos fascinados por lo que observábamos o nos contaban, como si hubiéramos visto en el cielo una escuadra de platillos volantes. Recordad ahora las palabras de ese doctor en la presentación del informe, eso ya era poner las cosas en su sitio y, no sé a vosotros, pero a mí, eso me sonaba a catástrofe anunciada, nada de catastrofismo. Pues lo mismo les ha debido parecer a los poderosos. Ellos esperaban lo de siempre: «aquí unos fenómenos, aquí sus causas, aquí sus remedios; no hay por qué preocuparse, estamos trabajando y pronto todo volverá a la normalidad.» Pero ese doctor no ha dicho nada de eso, bien al contrario, ha declarado la impotencia de los científicos para comprenderlos, para encontrarles soluciones, y deja a la humanidad en manos de una solidaridad en torno de sus dirigentes para una lucha con un más bien pesimista resultado. ¿Me queréis explicar si no hay motivos para esperar una alarma social a escala mundial que ponga todo patas arriba e incontrolable?

—Pero la alarma ya está creada —dice la madre—. Con lo que ha dicho ya es bastante. Yo estoy de unos nervios...

—Si es como yo supongo —dice Anselmo—, no lo podían hacer antes. Ellos también necesitaban las mínimas claves para saber por

dónde van a ir los tiros. Una vez que supieron que la desesperanza era total y como no creen en esa tontería de la solidaridad, decidieron que había que terminar con ese informe desestabilizador, y lo primero era cargarse al mensajero. Veréis como no hay más informe para el gentío que se agolpa frente a las pantallas.

—Y ¿cómo lo han matado? —vuelve, inocentemente, a preguntar Vicente.

— Eso es lo de menos. El vaso de agua, un rayo laser desde una cámara, hay mil formas de hacerlo.

— Parece sensato lo que dices, Anselmo —interviene el padre. Suponiendo que así sea, ¿qué explicaciones crees que nos darán? No pueden silenciar una cosa así. Descubrirán a los culpables. La cosa es suficientemente seria como para hacer parecer que aquí no ha pasado nada.

—Eso es una ingenuidad, papá. Los que lo han hecho serían los mismos que la sociedad espera que se encarguen de descubrirlos. Esa comisión trabajaba en el más absoluto de los secretos e independiente de los poderes políticos. Y no podía ser de otra forma, teniendo en cuenta que se trataba de una comisión supranacional. Lo que pasa es que los poderes políticos no esperaban que los científicos fueran tan humildes y reconocieran, por primera vez, su impotencia. Si recordáis, no existe precedente en el que científicos de élite suscriban sin ambages, y conjuntamente, una declaración de impotencia. Y la autoridad de esa comisión no deja lugar a dudas. Cualquier otro charlatán que, por su propia iniciativa o dirigido, surgiera por ahí, poniendo en duda el dictamen de la comisión, sería ignorado ante la apabullante realidad que se va manifestando y ampliando cada día.

—¿Y qué supones que harán con el informe? ¿También lo han destruido? —pregunta el padre.

— No. El informe no lo han destruido; lo han confiscado.

—¿Quién? —vuelve a preguntar el padre.

— Los de siempre. Los que mangonean este mundo. No pensaréis que ese informe se iba a publicar como un *best seller*. Si el informe era, digamos, conveniente, se proporcionarían copias a los diversos gobiernos del mundo, con alguna pertinente instrucción para hacer esto o aquello. Pero ese informe debe ser dinamita, así que se lo guardarán *top secret* unos pocos gobiernos. El asunto no es para darlo por entregas en los medios.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta la madre, angustiada.

— Lo primero —dice el padre— es tener calma. Podemos esperar y ver que nos dice nuestro gobierno. Supongo que no tardarán en dar un comunicado oficial.

—Yo no me fiaría de lo que diga el gobierno. Siempre, claro está, partiendo de que mi hipótesis sea cierta. El gobierno es el primer interesado en que no cunda la alarma. Además, nuestro gobierno no dispondrá de ese informe; todo lo más de algún informe intergubernos, con concretas sugerencias sobre la política a seguir.

— Y qué sugieres que hagamos. Tienes el diagnóstico, así que debes tener el remedio.

— Pues no, no lo tengo. Sólo se me ocurre, así, a bote pronto, que empecemos a pensar en técnicas de supervivencia. Pero, en ese caso, y como hacen ellos, debemos constituirnos en un núcleo impenetrable. Observemos cómo se van desarrollando los acontecimientos y anticipemos las soluciones antes que esos acontecimientos nos desborden.

—¿No puedo comentarlo con mi novio? —pregunta Rosa.

—No. Ni yo a mi novia. Ni nadie de esta casa a nadie. Al menos en una primera fase. Debemos aparentar normalidad, de lo contrario, unos nos tacharían de ridículos y otros nos atosigarían a preguntas para imitarnos.



—¿Qué tiene de malo compartir lo que pensamos? —pregunta el padre.

—Se han cargado a un premio Nobel por querer compartir lo que sabía; nosotros le seguiríamos.

—Me parece que exageras, Anselmo. La libertad de opinión, a Dios gracias, es algo consolidado en la sociedad que vivimos. Nadie nos va a eliminar por dar opiniones —dice Rosa.

—Yo no esperaría a ver si eso que dices es cierto o una ingenuidad más.

La situación es extraordinaria, como un estado de guerra. Cuando esto ocurre, los políticos se reservan limitar los derechos de los ciudadanos tanto cuanto les parezca necesario. Y los métodos para llevarlo a la práctica suelen ser expeditivos.

—Podríamos, por lo menos, compartirlo con el resto de la familia, los amigos...dice la madre, que es interrumpida.

—Si decidimos hacer lo que dice Anselmo, tiene razón en que sería un secreto a voces. Unos se verían obligados con otros por las mismas razones que tú aduces, Clara. ¿Por qué estableces una primera fase? Creo haberte escuchado.

—En esa primera fase, en la que mantendríamos esta convicción en la estricta intimidad de esta casa, nos dedicaríamos a recabar todos los datos posibles sobre lo que está pasando en el mundo. Haríamos las extrapolaciones verosímiles e iríamos preparando las defensas oportunas para cada situación que se intuya nos tocará afrontar. Todo con aparente normalidad, aunque algunas cosas a los demás les puedan parecer extravagantes.

—Parece como si lo tuvieras todo previsto —dice Rosa.

—No tengo nada previsto, Rosa. Simplemente las líneas generales de actuación. Los acontecimientos nos irán marcando las

pautas. Si todos estáis de acuerdo, establezcamos un pacto familiar de silencio; nos va en ello nuestra propia supervivencia.

—Si hacemos como tú dices, ¿tienes previsto hacer partícipes de nuestro secreto a otras personas, más allá de esa primera fase? —pregunta Rosa, que no deja de pensar en su novio.

—Naturalmente. Pero serán personas muy contadas y en el momento oportuno. No tenemos capacidad de crear medios de supervivencia para una multitud.

—Todo lo que dices suena a egoísmo, Anselmo. Me preocupa mi familia, es natural, pero tal como lo planteas..., parece tan insolidario... Si el gobierno estima que hay peligro, estoy segura de que arbitrará los medios para que todos los ciudadanos estén a cubierto, sin distinción. Así lo han hecho en casos de catástrofes, de guerras, de calamidades de todo tipo que la humanidad ha tenido que soportar. Por otra parte, ellos tienen todos los medios. Quizá sus soluciones sean mejores que las que nosotros, con nuestros medios, podamos arbitrar. ¿No os parece?

—Creo que vuestra madre tiene razón. De todas formas, nada se pierde con que estemos atentos. Recuerdo haber leído que, allá por los tiempos de la Guerra Fría, durante los años sesenta del pasado siglo, se temía un holocausto nuclear. Algunos gobiernos sí crearon refugios para esa eventualidad, pero otros muchos no. Fueron los particulares los que se los fabricaron, y no he leído que los tacharan de insolidarios, quizá de excéntricos o de catastrofistas, pero nadie se metió con ellos.

—Bien. Nosotros no seremos ni lo uno ni lo otro. Admitamos nuestras limitadas posibilidades de creación de medios. Admitamos que, de acuerdo con esas limitadas posibilidades, contamos con compartirlas con las personas que por una razón u otra nos son afines. Según esto, no hacemos nada nuevo ni insolidario. No se trata de ir repartiendo estampitas por la calle, mamá. Y en cuanto al gobierno, ya he dicho que

estaremos atentos. Y tú, papá, tienes razón en lo que dices, salvo en una precisión: el holocausto del que hablas, era algo que en muchas mentes parecía posible, no inevitable. Lo que sucede ahora está fuera del control humano, ya lo has oído al doctor, además, en esta ocasión lo tenemos encima. Por lo tanto, y desconfiando de la solidaridad humana a escala planetaria, de la solidaridad humana a escala de nuestra nación, de la solidaridad humana a escala de nuestra ciudad, de las previsiones de un gobierno desbordado por los acontecimientos, sólo nos queda la familia de la que esperar solidaridad. Lo que nosotros hagamos no nos garantiza la supervivencia, pero, al menos, tendremos previsto algo para intentar sobrevivir. La solidaridad con los demás, me refiero en general, sólo significa aceptar morir solidariamente.

—Bien. Vamos a iniciar un programa lógico de actuación —dice el padre—. Intentaremos no hacer el ridículo, como primera premisa. Todo será convenientemente analizado antes de tomar ningún tipo de medidas.

Cada uno seguirá haciendo lo que viene haciendo hasta ahora. Tú, Clara, sigue yendo a la tienda, tú, Vicente, al colegio, y vosotros a la universidad. Yo seguiré atendiendo a mi trabajo. Cada uno de nosotros tendrá los ojos y los oídos bien abiertos, y por la noche, después de cenar y ver las últimas noticias, tendremos un intercambio de información y de opiniones. Y, en su caso, diseñaremos la actuación más conveniente. Todos estamos de acuerdo en que no hablaremos de lo que pensamos o estamos haciendo a nadie ajeno a esta casa. ¿Conformes?

Todos asienten con su silencio y un ligero movimiento de cabeza. La televisión ha dejado de emitir las imágenes de escogidos fenómenos, que si no fuera por las explicaciones en *off* que las acompañan, nadie advertiría que se trataban de fenómenos extraños. En efecto, las imágenes habían mostrado diversos lugares del mundo, y como fenómenos, los ya pasados en otras ocasiones por la televisión

hasta la saciedad. Pero eso, que invariablemente se pasaba por las televisiones y todo el mundo conocía, no era todo. Los medios de comunicación venían refiriéndose en sus lugares preferentes a nuevos testimonios: unos curiosos, otros estremecedores. Personalidades relevantes de toda condición inundaban de coloquios, conferencias, charlas más o menos formales las emisoras de radio. No había periódico que a diario dejara de incluir un editorial, varios artículos de otras tantas personalidades. Ya comenzaban a aparecer llamadas tímidas de atención formuladas por colectivos ecologistas; hasta estos admitían que no era “eso” lo que ellos venían preconizando que sucedería de no modificarse los comportamientos humanos. Pero algo era común a todos: era como si la naturaleza toda se revelara a seguir unas pautas que venían siendo, salvo raras excepciones, previsibles y, sobre todo, explicables para el hombre.

\*\*\*

Clara era una mujer de su tiempo: su agenda era de lo más completa, aunque no exenta de monotonía. Se levantaba siempre la primera y preparaba el desayuno para toda la familia. No era un trabajo estatuido ni tácita ni expresamente; lo asumía con satisfacción, con la satisfacción de empezar el día todos reunidos. Ella suponía que durante el sueño de los miembros de su familia, incluida ella, habrían tenido vivencias en las que se habrían alejado de la órbita familiar, en otras órbitas del subconsciente profundo en las que la realidad no se manifiesta, y ese encuentro en torno a una mesa, un desayuno copioso, el mismo sol que se invitaba solo entrando por la ventana de la cocina, les devolvía a todos a la realidad de una célula con vida propia en el espacio y en el tiempo real de la vida. Todo funcionaría bien ese día. Su

lema era que «todo lo que empieza bien, termina bien». Los imponderables no se forjaban en aquella casa. Luego, alguien, sin que fuera necesario insinuarlo, recogía la mesa y devolvía la cocina al estado de orden y limpieza anterior. Mientras desayunaban, Diego, después de consultar su reloj, ponía el televisor. Era la hora del primer boletín de noticias. Los últimos días, ese acto se había convertido en un rito solemne, y todos cesaban, bien de hablar, bien de ingerir alimentos, y miraban expectantes al televisor, cada uno con un presentimiento. Aquella mañana, y después de aparecer la cabecera del informativo, el presentador de las noticias, con una lacónica frase, da paso al habitual portavoz del gobierno, un joven simpático que en esta ocasión parecía mostrar un semblante sombrío. «Buenos días, ciudadanos. El gobierno ha dispuesto que el ministro de Bienestar Social, actuando en esta ocasión como portavoz, se dirija todas las mañanas por todos los medios de información nacionales, y a esta hora, a todos los ciudadanos, para informar de los últimos acontecimientos y las medidas que el gobierno estima oportunas y necesarias, bien por las obligaciones que le son propias en la prosecución del bienestar general, bien, arbitrando las pautas de comportamiento que los ciudadanos deben observar para que aquellas no se dificulten o malogren. Habla el ministro de Bienestar Social»

« Buenos días. El gobierno no quiere ocultar la gravedad del momento. Hay motivos para la preocupación ante los últimos acontecimientos, y el gobierno es consciente de su responsabilidad. Una de sus mayores prioridades es lograr que los ciudadanos, dentro de su legítima preocupación, estén persuadidos de que el gobierno vela sin descanso y por todos los medios normales a su alcance, y los extraordinarios que en cada momento sean necesario arbitrar, en el seguimiento de los acontecimientos, su evaluación y las actuaciones más pertinentes. De los ciudadanos solicita su colaboración, que, por el

momento, se concreta en pedirles calma, confianza, y comportamientos cívicos. No obstante, para corregir las desviaciones que se pudieran producir en el uso de derechos constitucionales o por actuaciones que, en estos momentos, se consideren perniciosas para el mejor resultado de nuestros esfuerzos y los de los ciudadanos de buena voluntad, el Consejo de Ministros, en reunión extraordinaria que ha tenido lugar ayer noche, y de acuerdo con las atribuciones que la Constitución concede al gobierno para situaciones de emergencia, ha establecido, con rango de ley extraordinaria y temporal, las siguientes disposiciones: Primera. No se tolerarán manifestaciones; el derecho de manifestación ha quedado suspendido. Segunda. El pillaje será severamente perseguido y sus autores sometidos a un consejo de guerra sumarísimo, con la inclusión de la pena de muerte para los casos más graves. Tercera. Queda suspendido, de acuerdo con las atribuciones que le confiere la Constitución al gobierno y para situaciones de emergencia, el derecho de opinión, escrita o hablada, a través de los medios de comunicación, bien por particulares, bien por colectivos o instituciones independientes, y que se refiera, directa o indirectamente, a los hechos que motivan esta situación extraordinaria. Cuarta. Serán penalizadas e incluso intervenidas las empresas de servicios y suministros que reduzcan su actividad y encarezcan arbitrariamente los precios. Quinta. Se perseguirá y se sancionará el aprovisionamiento anormalmente excesivo de productos alimenticios, de vestido y energéticos, con la confiscación de los mismos por la autoridad...

Estas disposiciones y las complementarias dirigidas a todos los Cuerpos de Seguridad y el Ejército, han aparecido en el Boletín Oficial del día de hoy con rango de ley, sancionada por Asamblea General de Notables de la nación.

El desconocimiento de estas reglas, no eximirá a ningún ciudadano o colectivo de su estricto cumplimiento.

El gobierno, consciente de su responsabilidad para con todos los ciudadanos, cree firmemente que, con la colaboración de todos, esta situación, y cualquiera que se presente, podrá ser controlada o, al menos, paliada en sus efectos de la forma mas conveniente. Los casos de excepción referidos quedarán abolidos en el mismo instante en que la normalidad se haya instalado de nuevo en el mundo, o porque el gobierno, en coordinación con los demás gobiernos del mundo, objetivamente así lo considere. Si la situación lo requiere, se anunciarán nuevos boletines informativos en horas oportunas, de forma que no interrumpan la normal actividad del país. Gracias.»

El presentador vuelve a aparecer en pantalla con cara abatida. No se permite hacer ningún comentario. Como si todo hubiera estado preestablecido en el guión, anuncia otras informaciones de interés después del correspondiente sumario.

Diego apaga el televisor. Todos se quedan callados, interrogándose con la mirada, excepto el padre, que mira hacia abajo.

—¡Ya está! No me equivoqué. Estamos en estado de guerra. Estos cabrones del gobierno hacen lo único que saben hacer: llamarnos a todos a filas, ponernos firmes y ordenarnos lo que debemos hacer -dice exaltado Anselmo.

—También lo que no debemos hacer —dice la madre—. Hay gente de toda condición y a mi me parece bueno que anticipen las medidas.

—¡Y un cuerno! —vuelve a exclamar Anselmo—. Ni una palabra de lo que saben. Para ellos los ciudadanos somos menores de edad. Si vamos a morir, mejor que nos coja dormidos. Parto de la base de que, por lo que ellos conocen, no deducen otra cosa que una mínima esperanza de que las cosas se resuelvan por sí solas, y hacen lo que suelen hacer siempre: no quieren correr riesgos de que se les haga

responsables de no haber tomado medidas drásticas para corregir comportamientos aislados que den al traste con esa mínima esperanza.

—Estás simplificando este asunto que a mi me parece normal, Anselmo —interviene el padre—. En cualquier supuesto, el gobierno debe prevenir que a un mal se añada otro. Y si como tu dices, se callan información que sólo ellos tienen, creo que es oportuno que lo hagan así. Si el gobierno dijera que la situación es incontrolable por cualquier medio humano, ¿te imaginas lo que pasaría?

—Claro que sí. Surgiría del cielo el eco de millones de voces: ¡Sálvese quien pueda! Pero no olvides una cosa: ellos, el gobierno, no tienen derecho a dirigirnos en circunstancias como esta, y menos a ocultarnos la verdad. Admito que un gobierno humano, arbitre leyes y soluciones para circunstancias humanamente comprensibles, pero si, como supongo, estas ni son humanas ni son comprensibles, el gobierno está jugando al azar, y si toca toca, y si no, pues que lo cuente quien quede.

—¿Qué crees tú que debería hacer el gobierno? —pregunta el padre

—Da igual lo que yo crea. De la historia que recuerdo, los gobiernos en circunstancias extremas nunca consultaron al pueblo. ¿Para qué? Se producirían miles de opiniones, millones, tal vez. ¿Para qué consultar al pueblo? Mira, papá, yo no estoy juzgando al gobierno, lo que estoy queriendo decir es que el gobierno no nos sirve para nada, si, primero, somos por nosotros mismos conscientes de la situación y, segundo, sabemos cómo defendernos por nosotros mismos. Las cosas están sucediendo lenta, aunque progresivamente, y van de mal en peor. Si en lugar de ser así, fueran de una evidencia aplastante, tal como ocurriría si de pronto apareciera en el cielo un gran meteorito que se dirigiera a la Tierra, y las consecuencias del impacto fueran la destrucción de todo ser vivo, ni gobierno ni gaitas, la desbandada sería



total, ellos los primeros. Ahora, la diferencia está en que la catástrofe que parece avecinarse, con ser dramática, tal y como se van produciendo los acontecimientos, ellos aún esperan salvar los muebles, ¿me entendéis? Cuando las cosas se pongan del todo feas, cada cual se ocupará de sí mismo.

—Hijo, estás diciendo unas cosas horribles, como si tú supieras lo que va a suceder. Quizá estás exagerando —dice la madre, compungida—. No deberías hablar así delante de tus hermanos.

—¿Va a morir mucha gente? —pregunta Vicente, el hermano pequeño.

—No te preocupes, Vicente — dice el padre—. No tiene por qué morir. Lo que tu hermano quiere decir es que se avecinan tiempos difíciles y que debemos estar preparados. Anda, coge tus cosas y vete al colegio. No comentes con tus amigos lo que aquí hablamos, ¿comprendes?

—Sí, papá

—Sólo escucha lo que digan los chicos, sobre todo si dicen algo que hayan escuchado a sus papás. Y no salgas del recinto del colegio si no es para venir a casa.

—Comprendido, así lo haré —y Vicente, después de darle un beso a su madre y otro a su padre, coge la mochila y sale.

Bien...—dice de nuevo el padre, después de un pausa—. El caso es que todo me parece exagerado y no tengo un presentimiento fatalista, por el momento. Lo que ha dicho el portavoz del gobierno no me ha gustado nada, es verdad. Esa forma de actuar, como tú dices, Anselmo, que a todas luces es extrema, pero sin decirle a los ciudadanos ni una palabra sobre las causas objetivas que han inducido al gobierno a tomar una determinación así, me hace pensar que se trata de poner la venda antes de que se produzca la herida. Que conocen la gravedad de la

situación, sí, pero que están a la espera de cómo se vayan desarrollando los acontecimientos.

—Exacto —interrumpe Anselmo.

—Quizá podamos confirmar todo esto saliendo a la calle, yendo a nuestros quehaceres y escuchando lo que dice la gente. Habrá que tener mucho cuidado en discernir lo que son meras suposiciones de lo que sean noticias perfectamente contrastadas. En estos casos, el boca a boca suele ser el único sustituto de una información libre, de la que, al parecer, no podremos contar a partir de ahora. Seremos prudentes en lo que nosotros digamos, pues, en estas circunstancias, también funcionan los oídos que luego te delatan.

—Pues vaya rollo —dice Rosa-. Eso de escuchar y no decir nada. A mis compañeras y compañeros les va a amoscar. Tengo fama de parlanchina y me preguntarán qué me pasa, qué opino.

—¡Leches, Rosa! Eres lo suficientemente inteligente para saber lo que puedes decir y lo que no debes decir. Nadie te estará pidiendo que cuentes qué vas a hacer o qué va a hacer tu familia. De eso se trata.

—¿Y de lo que opino?

—Por cierto; tu opinión, si no recuerdo mal, ha brillado por su ausencia — dice Anselmo.

—No opino nada. Te escucho. Al parecer todos deberemos hacer lo que tu digas.

—¿Y estás de acuerdo?

—No lo sé. A veces me da la impresión de que te estás pasando un pelin. Eres un pesimista nato. Ya antes de que sucediera esto, tu pesimismo te llevaba a hacer afirmaciones arriesgadas.

—¿Me equivoqué alguna vez?

—No, no te equivocaste, pero eran coyunturas en las que todo era contingente. Ahora no das opción.

—Sí doy opción. Nuestra supervivencia es la opción. Si fuera enteramente pesimista no vería esa opción para nosotros.

—Pienso, como mamá, que los medios que nosotros pongamos serán siempre inferiores a los que ponga el gobierno a disposición de todos.

—¿Otra vez esa cantinela? —pregunta Anselmo con cara de enfado—. Está bien. ¿Queréis o no queréis hacer lo que propongo? Tú, papá, ¿tienes las cosas claras?

—Me gustaría que definieras con precisión en qué ha de consistir esta primera fase.

—Supongo que necesitáis más evidencias. De acuerdo. Esta primera fase se limitará a obtener información en la forma que habíamos expuesto. Del resultado de esas evidencias, adoptaremos por consenso lo que debamos hacer. Pero, no olvidéis una cosa: las evidencias que nosotros podremos obtener no serán concluyentes ni en un sentido ni en otro. Habrá cosas que nosotros nunca sabremos hasta que las tengamos que sufrir, bien porque sean imprevisibles para todos, bien porque unos pocos se las reserven, o la mezcla de las dos. Así, pues, en algún sentido deberemos tomar la iniciativa para anteponernos a lo peor. ¡Pues mira qué bien, si resulta que estábamos equivocados! ¿No os parece?

—¿Y si ante un acontecimiento no vemos el medio para evitar sus efectos? —pregunta Rosa.

—Ahora tu pregunta es la que destila pesimismo. La muerte es un acontecimiento inevitable. No pensaremos en la muerte, pensaremos en la vida a la que, razonablemente, tenemos derecho aún. Y pondremos los medios para que no ayudemos a la muerte a venir antes de que sea su turno.

—Vamos a llegar tarde a nuestras respectivas ocupaciones. Si os parece dejamos el asunto aquí. Esta noche haremos valance de lo que ha dado de sí el día y...ya veremos.

—De acuerdo, papá. Tampoco se trata de empezar la casa por el tejado —dice, finalmente, Anselmo.

Todos se levantan. Los utensilios utilizados para el desayuno permanecen en la mesa y nadie parece tomar la iniciativa acostumbrada de recogerlos, lavarlos y colocarlos en sus lugares respectivos.

Clara, supliendo, como siempre, una obligación que, en este caso, no le correspondía, comienza a recoger la mesa, mientras los demás se van a sus respectivas habitaciones para terminar de vestirse. Clara no puede menos de musitar algo más que un pensamiento: «Parece que también las cosas empiezan a cambiar aquí» Luego piensa en su trabajo: regenta una boutique de moda en el centro comercial de la ciudad. Allí se encontrará, como de costumbre, con mujeres de la sociedad más burguesa. Las mujeres, ese tipo de mujeres, de verbo altamente incontinente, si no han pactado en sus hogares como lo han hecho en el suyo, serán una buena fuente de información del pulso que se agite en otros lugares, especialmente muestras notables. Luego, al cerrar, tomará el té con las compañeras de siempre, todas ocupadas en diversos trabajos, y que han adquirido esa costumbre de verse, aunque por una hora tan sólo, para ponerse al corriente de los últimos chismes de los que sean exclusivas portadoras. Clara se pregunta qué contarán sus amigas y cómo fingir su comportamiento para no levantar suspicacias. El trabajo de ordenar la cocina le lleva poco tiempo. También ella se va a la habitación a ultimar su puesta a punto. Esta vez no se detendrá en detalles.

Diego trabaja de director en una sucursal bancaria de cierta importancia, también en el centro comercial de la ciudad. Es hombre de pocas palabras, así que no tendrá que esforzarse en parecer otra cosa. Sabe escuchar, gages del oficio. Escuchar mucho y hablar poco, no sólo es su condición, sino su mejor arma en el puesto que desempeña. Termina a las tres de la tarde, pero siempre le lleva un par de horas más

ordenar sus papeles y, sobre todo, sus ideas, obviamente siempre relacionadas con el banco. La mujer y el hombre de la limpieza llegan puntuales a las tres y suelen terminar antes o cuando el director se dispone a marcharse. Si en alguna ocasión se quedan solos, ellos cierran la puerta del banco y depositan la llave en el cajero exterior.

Diego, cuando se va del banco, antes de ir para casa, pasa por una cafetería cercana en la que siempre encuentra algún colega o algún cliente del banco de cierta entidad “preferencial”. No suele entretenerse mucho tiempo, media hora a lo sumo. Con su periódico bajo el brazo, —él prefiere el formato tradicional al *disket*— toma el autobús que le lleva a casa. Le gusta cocinar y siempre prepara algo complementario para la cena, la comida por excelencia del día. Luego se sienta, lee el periódico, y espera a su familia que, salvo raras excepciones, llega alrededor de las nueve. Es viernes y tiene por delante dos días de descanso, lo cual, y en las circunstancias que están viviendo, se le antoja que serán cualquier cosa menos de descanso.

Anselmo estudia el último curso de medicina. Es un buen estudiante, a curso por año, y tiene algunas aficiones: le gusta el tenis y es socio de un club importante de la ciudad. Sólo juega los fines de semana, el resto se entrega exclusivamente a sus estudios. También le gusta leer. Lee libros de ensayo, alguna novela de anticipación y revistas especializadas en forums interactivos por medios informáticos.

Rosa estudia el primer año de ingeniería química. No es mala estudiante, aunque está por ver si sus buenos resultados en la enseñanza media se continúan en los estudios universitarios que acaba de iniciar. No sabe por qué eligió esa carrera, se le daba bien la química y quizá ese fue el motivo. La verdad es que no hubiera estudiado más, si no fuera porque su novio era universitario y ella no toleraba la idea de ser miembro de un status intelectual inferior. Su única afición era encontrarse con su novio, ir al cine y esas cosas. Bueno, también iba de

lunes a viernes a un gimnasio, en el que, mientras su novio hacía musculos, ella hacía aerobio para mantenerse en forma.

Vicente comenzaba la enseñanza media dirigida, y era un chico algo introvertido. Fuera de sus estudios, sus escasos juegos con sus amigos durante los descansos en el colegio, lo que más le gustaba era “jugar” con el ordenador.

En la casa de Diego y Clara, cada uno disponía de su propio ordenador. El de Anselmo era el más potente y “rápido”, cosa, esta última, de la que Anselmo solía presumir.

## CAPITULO II

La familia Martín, que así se apellidaba Diego, poseía dos coches: un gran turismo de tracción eléctrica y un todo terreno, gran confort, que utilizaba a gasolina-plus como carburante. Utilizaban este para largas distancias y el primero para ir a los lugares de la ciudad a los que no llegaban los transportes públicos. Para ir a sus respectivas ocupaciones siempre utilizaban los servicios públicos. Eran más cómodos, mas baratos. El uso de la gasolina plus o cualquier derivado del petroleo era excesivamente caro, y más caro a medida que se aumentaba sus uso. Un aparato de instalación obligatoria en los vehículos medía el carburante que se introducía en su depósito. Además, un informe del carburante comprado, que cada estación de servicio introducía en el ordenador, conectado éste con la Oficina Central de Consumos Energéticos, establecía un doble control. La coincidencia

de ambas mediciones se verificaba obligatoriamente en las mismas estaciones de servicio, las cuales, en caso de diferencia, estaban obligadas a no suministrar carburante y dar parte de la anomalía. Los excesos que se producían del consumo base, que también fijaba el precio inmediato a abonar en la estaciones, se pagaba a la Hacienda Pública por la vía de exacción impositiva especial. Lo mismo sucedía con el agua y la electricidad, aunque el sistema de control seguía siendo el clásico contador. Estos medios coercitivos del consumo no se habían implantado porque los artículos referidos fueran escasos, que sí lo eran. Se había decidido así, por considerar más equitativo el progresivo gravamen que incidía en el consumo, al menos eso es lo que se decía, pero seguramente había otras razones. Cualquier medio de transporte colectivo o de mercancías estaba exento de ese gravamen, aunque se controlaba la correspondencia entre distancia rodada y consumo. Lo cierto es que las ciudades y las carreteras seguían atestadas, aunque bien es cierto que, el uso generalizado del automovil eléctrico dentro de la ciudad, al menos, había traído consigo una notable reducción de la polución que debieron soportar los mayores, según ellos mismos referían. Pero aparcar en la ciudad era un lujo que sólo se permitían los que podían pagar unos costosos aparcamientos subterráneos y feos edificios construidos a tal fin. Había aparcamientos para carga y descarga en lugares especiales, situados en las calles, absolutamente regulados en su tiempo de utilización. La forma de regularlos era expeditiva: se situaba el vehículo frente a la plaza de aparcamiento que estaba en situación de disponible, se introducía en el parquímetro las monedas correspondientes al tiempo que se estimaba permanecer, y una hilera de pinchos se plegaba contra el suelo. A continuación se introducía el vehículo en el rectángulo y nada más; con diez minutos de gracia más allá del tiempo abonado o el tiempo máximo permitido, los pinchos se levantaban hasta la vertical. Cuando esto sucedía se tenía que

llamar a un teléfono. Al final el infractor se llevaba su vehículo y juraba tanto, que hasta los astros temblaban. También había aparcamientos en zonas de la ciudad, a donde los servicios públicos de transporte no llegaban con estaciones de embarque y enlace en un radio de un kilómetro. En estos aparcamientos no había pinchos, pero sí parquímetros, a los que popularmente llamaban “tironeros”, quizá porque, a poco que se descuidara el usuario, se quedaban hasta con la tarjeta de crédito.

El uso de una buena red de transportes públicos se había generalizado para los que tenían claro su destino diario, no así para los que salían a la ciudad como si fueran de safari, y estos eran los que seguían atestando las calles y las carreteras. Aún los gobernantes no habían arbitrado normas eficaces que hicieran de las ciudades un lugar amable. Porque las muchas prohibiciones lo que suponían era una eficaz añagaza recaudatoria, por la ya vieja imposición de multas a las innumerables infracciones inevitables.

Las ciudades, aparentemente, decía, no habían cambiado mucho en los últimos cincuenta años, los primeros cincuenta años del siglo XXI. Pero consideradas individualmente en sus efectos para los individuos que en ella habitaban o visitaban por cualquier motivo, sí que había experimentado cambios. Como decía, la ciudad tenía una atmósfera más limpia, también era más silenciosa debido a la casi ausencia de vehículos con motor de explosión. De ello estaban orgullosas las autoridades, que presumían de ser los impulsores de la preservación ecológica del ambiente.

Sin embargo, en los medios de comunicación se empezaba a extender la pregunta —promovida por los hombres de ciencia— de si no se estaría ante una polución más sutil, invisible, y de efectos que aún no habían podido evaluar: las radiaciones electromagnéticas. Según las estadísticas más fiables, por cada millón de habitantes de una ciudad



había 7.200.000 aparatos, máquinas, artilugios varios, además de doscientos mil vehículos eléctricos de media en continuo movimiento, que producían radiaciones electromagnéticas de varias frecuencias, aparte las ya evaluadas hasta donde la ciencia había podido conocer y que se referían a las procedentes del Sol, las ionizantes y las corpusculares. La ionosfera tenía goteras y por ellas se colaban hasta la tierra preocupantes dosis de radiaciones, que ya se había demostrado hacían estragos en el equilibrio de la vida. Se hablaba de ventanas en la ionosfera que en otros tiempos permitían la dispersión de muchas de esas radiaciones electromagnéticas de baja intensidad hacia el espacio, pero que ahora se habían cerrado para ese tipo de radiaciones, sobre lo que los científicos aún no se habían puesto de acuerdo. Pero la sociedad estaba adormecida con las proclamas que desde los poderes públicos se hacían en el sentido de estar en ello, que el seguimiento era exhaustivo, y que ya se estaban adoptando las medidas correctoras oportunas. Todo esto estaba bien, hasta que surgieron los imprevisibles fenómenos, a los que el profesor muerto había hecho referencia antes de terminar su discurso.

## ANSELMO

Anselmo iba en el autobús, camino de su facultad, ensimismado en un pensamiento. ¿Estaba siendo consecuente consigo mismo? Él decía amar la medicina en una doble concepción: como ciencia y como medio que podía dar plenitud a su espíritu de servicio a la humanidad. ¿Cómo se se entendía, pues, que al menor atisbo —la verdad que no era tan menor— de peligro para él y los suyos, su instinto de supervivencia

fuera limitado a su exclusivo uso personal, todo lo más a su familia? Es cierto que no había terminado la carrera y, por tanto, si algo grave ocurriera, él no podría ejercer la medicina. Por ese mismo motivo, tampoco estaba obligado por un tácito o expreso juramento hipocrático, pero... „Anselmo se dijo a sí mismo: «ser médico no implica necesariamente ser héroe. Además, ¿qué puede hacer la medicina en una situación como ésta?»

Anselmo recordaba el ejemplo puesto a sus padres y hermanos. El hacía una extrapolación en su pensamiento: si un meteorito amenazara con destruir la Tierra, ¿cual sería el papel que un médico debería estar dispuesto a asumir? ¿Esperar en un hospital a que llegaran los heridos? Quizá, si tuviera la certeza o, incluso, la mínima esperanza de que quedaran heridos a quien curar. Pero Anselmo excluía la posibilidad de que esto sucediera para un caso así. Entonces, ¿qué le impulsaba ahora a procurarse su propia supervivencia? Si su extrapolación valía para esta situación, tampoco él quedaría para contarla, ni él ni los suyos, entonces, ¿para qué hacer nada? ¿No sería más consecuente hacer lo que los demás, esperar y ver, y quizá elaborar pensamientos que le inundaran de esperanza? A Anselmo le vino un pensamiento que creyó podía ser la clave para entender un comportamiento, el suyo, por ahora: todo ser vivo en situaciones de supervivencia límite, impone a su conducta los impulsos que nacen de su instinto. La razón se pone al servicio de ese instinto, lo mismo que la experiencia se pone al servicio del instinto de los animales inferiores. No obstante, en su pensamiento se dibujaba otro concepto: el heroísmo. ¿Y qué era el heroísmo? ¿Actitud de la persona que demuestra tener mucho valor ante una adversidad, mejor si es ajena, y se enfrenta a ella con peligro para su propia integridad, quizá su vida? Bueno, ¿y qué? En una situación como ésta, la adversidad era patente; enfrentarse a ella sacando pecho no era un acto de heroicidad, mejor llamarlo un suicidio. Porque se

confunde al héroe con el suicida. El héroe, para ser héroe, debe creer en una mínima y subjetiva posibilidad de quedar vivo después de su arrojado acto, de lo contrario no es un héroe, es un suicida. Además, ese título lo otorgan los demás. Anselmo no quería suicidarse y le importaba un bledo si le llamaban héroe a título póstumo. Pero otra grandilocuente palabra se travó en su mente: caridad. ¿Qué diablos significaba eso en un momento como éste? Anselmo pensó en una especie de oración que había leído en alguna parte y que la había asumido como propia: «Señor: estoy en la mejor de las disposiciones. Mis deseos son humildes: una humilde casa con un buen tejado, una buena cama, buena comida, algunas flores en mi ventana, algunos árboles frente a mi puerta; y si el buen Dios quiere hacerme completamente feliz, que me proporcione la alegría de ver seis o siete de mis enemigos colgando de esos árboles. Con mi corazón lleno de emoción, los perdonaré de todo el mal que me hicieron en el pasado antes de que mueran. He de tener caridad con mis enemigos, pero después de haber sido enviados a su ejecución.»<sup>1</sup> Ese era su credo y su santidad, evidentemente tomando exageradamente lo que, en un principio, le pareció una postura extrema, pero que no estaba lejos de reflejar una realidad bastante generalizada; todas las virtudes teologales que adornan a las llamadas buenas personas: humildad, fe, esperanza, caridad; no era tan malo. Ese último pensamiento le tranquilizó de algún escrúpulo que se había instalado en su conciencia.

Ya no pensó más en el asunto y volvió a considerar todas las posibilidades que era capaz de elaborar su mente enfebrecida. Iba al lado de una ventanilla y miró a los transeúntes intentando leer sus pensamientos. No notó nada especial, que pareciera huían de algo en dirección a ninguna parte. Iban algo más deprisa, le pareció advertir.

---

<sup>1</sup> H. HEINE

También notó menos tráfico del habitual, pero no vio vehículos cargados de familia y de enseres, como cuando se inician los períodos de vacaciones tradicionales o, incluso, los fines de semana, por lo que excluyó que el pánico hubiese hecho su aparición. ¿Por qué la gente parecía entregada a la rutina diaria, sin dar muestras de nerviosismo y, mucho menos, de histeria individual o colectiva? ¿Estarían todos y cada uno diseñando sus propios métodos de supervivencia insolidaria y así cubrían las apariencias? ¿Les harían manifestar esa aparente normalidad las últimas “recomendaciones” del gobierno? Estos pensamientos se desdibujaron en su mente de repente: puede que ellos piensen lo mismo de él, de su normalidad para tomar un autobús, unos libros en la mano, un destino previsible. ¿Se estaba ante un pacto tácito de silencio: no me preguntes, no te pregunto, no me importa lo que tú hagas, no te importe lo que yo vaya a hacer?

Anselmo abrigaba dudas de que esa hipótesis del silencio, de compartimentos estanco, fuera la tónica general. ¿Sería la universidad y, más concretamente, su facultad, un compartimento estanco, o el foco de luz que irradia su saber, o simplemente su pensamiento, sin barreras que se la puedan interponer, como había dado muestras en otras ocasiones? Pronto lo comprobaría. Quizá se había convertido en un exponente más de pequeños compartimentos estanco nucleados en torno a cada uno de sus miembros. ¿Cuál iba a ser su comportamiento? Ya lo había diseñado con su familia: oír, ver y callar. Si sus compañeros se comportaban como él, la cosa estaba clara; si eran locuaces, se formaban corrillos, se convocaban asambleas, se anunciaban coloquios o disertaciones especiales con algún profesor, entonces él estaba adoptando una actitud, cuanto menos, histérica. Esta posibilidad le preocupó y le hizo ruborizarse ligeramente. Estaba deseando llegar y comprobarlo.

El autobús se paró: era la parada que le correspondía tomar a Anselmo. Antes de levantarse de su asiento, miró fuera: los estudiantes

iban deprisa y silenciosos, en contraste con las alegres actitudes que mostraban otras veces. Se dirigían a tomar el trasbordo que les conducía directamente al campus.

Anselmo se bajó y recorrió el espacio que le separaba de la parada del autobús-universidad, a unos cincuenta metros y en la acera opuesta. Divisó a unos compañeros de curso en la parada y ya no apartó la vista de ellos hasta que se acercó lo suficiente como para que todos cruzaran sus miradas. Uno de ellos, de espaldas a la parada, hizo señas a Anselmo con el dedo pulgar y un ligero movimiento de cabeza. Anselmo, instintivamente, miró hacia el lado que su compañero le indicaba. Anselmo comprendió al instante: un hombre de unos cuarenta años, con bigote con gafas oscuras, con las manos cogidas detrás de su espalda, observaba sin descanso ni distracción a todos los que llegaban. Un poco más adelante de la parada había un coche perfectamente identificable: “Policia”. Dentro, otro hombre hablaba por la radio del coche. Anselmo se acercó a sus compañeros y les saludó sin efusividad.

—¡Hola! ¿Lleváis esperando mucho tiempo?

—Hola, Anselmo. No, sólo unos cinco minutos —contestó uno.

—Entonces está al llegar.

—Sí, creo que ya viene por allí —añadió otro.

Luego el silencio. Unos miraban para el suelo, otros a lo lejos, como queriendo manifestar impaciencia por la llegada del autobús, otros parecían ojear un libro. Pero, en realidad, todos disimulaban la tensión que les producía su actitud forzada. Parecía una parada cualquiera, desde luego no la parada de un autobús que lleva jóvenes a la universidad.

Anselmo se inquietó, más que por la evidente presencia de la policía, por la aceptación de todos a seguir hasta el ridículo las pautas que había fijado el gobierno. ¿Es que las bromas de otras ocasiones habían quedado inhibidas por el temor a las represalias? Eso era una

estupidez. Que él recordara no habían prohibido hablar y seguir alegres, si de hablar de otras cosas se trataba, y menos de manifestar una espontánea alegría juvenil. ¿A qué venían aquellas caras? ¿Dónde estaba la rebeldía propia de la juventud estudiantil a las imposiciones del gobierno, cualesquiera que fueran las razones de éste? Podían abuchear a los policías, ¿por qué ese miedo? Para Anselmo estas reflexiones le llevaron a una sola conclusión: cada uno de aquellos estudiantes, compañeros o no, era un exponente de un núcleo perteneciente a una célula cerrada: su propia existencia y quizá, como en su caso, con algún otro miembro dentro. Esta consideración le aliviaba, definitivamente, de algunos prejuicios que le habían hecho sentir mal y hasta ridículo.

El autobús llegó vacío, sólo el conductor y otro hombre de mediana edad. Los estudiantes, ordenadamente, subieron y fueron tomando los asientos. Algunas palabras entrecortadas entre ellos o simplemente expresiones, ninguna conversación de más de tres palabras. Todos, con mayor o menor insistencia, miraron a aquel hombre que desde el fondo del pasillo permanecía hierático, mirando a los que con él cruzaban su mirada: era un policía, a nadie la cabía la menor duda. El autobús, completo de pasajeros, se puso en marcha, sólo el ligero zumbido de su motor eléctrico se escuchaba dentro.

Anselmo esperaba llegar al campus, a su facultad, y comprobar el ambiente. Confiaba que en aquel ámbito las cosas estuvieran más relajadas. Dentro del recinto de la universidad, ya era historia de sus abuelos el que la policía hiciera acto de presencia como elemento disuasorio de los potenciales descontentos estudiantiles para con las disposiciones gubernamentales u otro tipo de gérmenes desestabilizadores que allí solían engendrar revueltas mayores.

Anselmo se equivocaba. La entrada al campus estaba custodiada por dos tanquetas antidisturbios y un autobús celular. Significaba que el gobierno hacía su presentación ante los estudiantes de forma que no

diera lugar a dudas: las cosas estaban serias, muy serias, debieron pensar todos. ¿Que sucedería dentro de los edificios? Anselmo lo sabría pronto.

Ya por el camino que le conducía a su facultad pudo comprobar que algunas personas no eran estudiantes, tampoco profesores. Casi, de forma invariable, caminaban o estaban parados a la vera de los caminos que transitaban los jóvenes. Mientras miraban a éstos, fumaban o tenían las manos cogidas a sus espaldas. Eran policías, no cabía la menor duda. ¿Estarían también dentro de los edificios? Anselmo ya no se lo preguntaba, estaba seguro de que así sería. «¡Dios, mio, vaya panorama!», musitó Anselmo, acelerando el paso que le conducía a la entrada de su facultad. No vio nada extraño, y sintió cierto alivio. En el gran vestíbulo de la facultad, pocos estudiantes, en contraste con otras ocasiones, miraban silenciosos los tablones de anuncios o se dirigían sin detenerse a la escalera por donde se accedía a las aulas situadas en las plantas superiores. Anselmo echó una mirada panorámica a todo el vestíbulo, y allí había otro par de intrusos que no justificaban su presencia, si no fuera porque ya su presencia se había convertido en inevitable en cualquier escenario imaginable.

Anselmo subió la escalera hasta la primera planta. Con él, alguno más, compañero o compañera, de otros cursos, también un profesor que había tenido en el curso anterior. Subían todos, como si se tratara de los clientes que toman las escaleras de un gran almacén. Miraban a un lado y al otro, ojeaban brevemente un libro abierto y luego al escalón para no tropezar. El silencio era la tónica general y sorprendente para un lugar como aquel.

Anselmo se dirigió a su aula. Sus compañeros se adelantaban o se retrasaban, según el ritmo de sus pasos, nadie parecía querer caminar a la par, nadie facilitaba el intercambio de unas palabras, por breves que fueran. Anselmo no era una excepción.

Anselmo esperaba pronto encontrarse con su íntimo amigo, Óscar. ¿Cuál sería la actitud de Oscar? ¿Qué actitud debería tener él para con su amigo? Anselmo no tuvo respuestas y prefirió esperar y ver. En definitiva, se dijo Anselmo, «yo no tengo la exclusiva...», y se quedó balanceando su pensamiento en lo que procedía decir a continuación. Esperar y ver, parecía ser el lema adoptado por todos .

Anselmo penetró en el aula. Allí se impartía la asignatura de patología. Aún no había llegado el profesor. Tomas miró en una rápida mirada, queriendo ver a alguien. Su amigo Óscar estaba sentado donde solía hacerlo, el asiento a su lado derecho permanecía vacío: era el que ocupaba él en otras ocasiones. Pero no vio a nadie que él intentaba encontrar, no había ningún policia. Este hecho le produjo un gran alivio.

Anselmo se dirigió a su asiento, al lado de Óscar. Ya había muchos compañeros sentados. El aula era una caja de murmullos en voz baja, y no es una redundancia. Era como los prolegómenos de una misa que no ha comenzado. Anselmo no pudo entender una palabra de lo que se decía.

—Hola, Óscar — dijo Anselmo, con el mismo tono general que imperaba en el aula.

—Hola, Anselmo —contestó Oscar con voz casi imperceptible.

—¿Qué cojones pasa? ¿Estamos vivos o estamos muertos?

—Estamos en estado de coma.

—¿Tú crees que es para tanto? —pregunta Anselmo en un tono más alto.

—Habla bajo. ¿Te has enterado que se han llevado a un montón de gente?

—No. ¿Quién se los ha llevado?

—Los “polis”. Antes de la primera hora de clase, un grupo se puso a gritar: «Queremos saber la verdad, ¿qué pasó con el doctor X?», y otras frases. No se hicieron esperar. Los cercaron inmediatamente y se



los llevaron. ¿Cómo no lo sabes? Todo el mundo habla de eso. Hay miedo, Anselmo.

—No lo podía saber. He visto mucho policía por todas partes, pero nadie me ha dicho nada hasta ahora. En realidad, no veo que la gente hable mucho.

—Todo el mundo está acojonado. Entre lo que está sucediendo y ese mensaje del gobierno, todo el mundo está acojonado. ¿Cómo estás tú?

—También acojonado, pero por lo primero, la policía no nos dio miedo nunca hasta este extremo.

—Utilizaron gases paralizantes; eso nunca lo habían hecho con nosotros, y sólo por decir algunas frases.

—¿Gases paralizantes, dices? Eso sólo lo utilizan con los delincuentes.

—Así es. Ya somos delincuentes en potencia. Nos quieren calladitos, eso es lo que pasa.

—La cosa debe ser más grave de lo que suponemos.

—Así debe ser.

—¿Qué opinas tú?

—No opino nada. Anselmo. Habla de otra cosa; las paredes oyen.

—Tú estás más acojonado que yo.

—De acuerdo, estoy más acojonado.

—Ya entra el profesor. Espero que él no esté lo mismo y nos hable de lo que pasa y de lo que puede pasar.

El profesor de patología se dirige a su mesa. Todos los presentes -algunos huecos permanecen vacíos— cesan en sus murmullos y miran anhelantes al profesor. Este se sienta, mira a sus alumnos y dice con voz grave:

«La situación que padecemos es excepcional. He recibido instrucciones del rectorado de impartir la clase con la normalidad acostumbrada. Os puedo asegurar que en estas condiciones me siento incapaz de dar la clase con normalidad. Quiero suponer que hoy habéis venido aquí, no para recibir la lección correspondiente, sino para recibir la luz que le es propio a la universidad impartir a sus estudiantes, iluminándolos con la ciencia de la que es depositaria. En estos momentos en los que nadie parece querer decir nada, la universidad estaría obligada a hablar.

Pues bien: con humildad, todo lo que podemos decir al respecto es que la universidad ha sufrido un apagón y todos estamos en tinieblas. Los fenómenos son tan extraordinarios, que a todos nos iguala en el nivel de ignorancia. Si yo tengo una hipótesis o participo de la convicción de otros, esto no es más que eso: una hipótesis. Transmitir una hipótesis desde esta cátedra, y sobre esta cuestión, os puede llevar a la confusión más completa, ya que esta hipótesis carece de la más mínima base empírica para sustentarla. No obstante, sería cobarde por mi parte llevar el pacto de silencio que nos impone el gobierno también a este aula. Cuando se tiene algo que decir, hay que decirlo hasta que te callen por la fuerza. Y por el momento, este estado policiaco que nos ha sido impuesto, incluso a este sagrado recinto, puede por derecho propio formar parte del catálogo de fenómenos extraordinarios que están sucediendo en la Tierra, y no menos preocupante.

Dejaremos, por las razones que al principio os daba, la clase que correspondía dar hoy, y dedicaremos la hora a pensar en alto. No me siento superior a vosotros en la capacidad de análisis, por lo tanto, cualquier opinión, por extravagante que parezca, puede, desde este momento, ser expuesta. Yo asumo toda la responsabilidad. ¿Quiere alguien hacer alguna pregunta o dar su opinión?

El silencio fue total entre los alumnos y parecía que nadie se decidía a romperlo. El profesor esperó pacientemente, mientras recorría con su mirada las furtivas miradas de sus alumnos.

Anselmo le dio un golpe con su rodilla a Óscar. Óscar ni se movió. Después de un breve instante, Anselmo carraspeó y, dirigiéndose al profesor, preguntó:

—Sí...Además de los fenómenos conocidos y ya divulgados, ¿se conocen otros que hayan sido sustraídos al conocimiento de los ciudadanos de a pie?

—Me gustaría contestar a esa pregunta. Si ustedes escucharon al profesor X, sabrán que él se disponía a contestar a esa pregunta...pero... , y, que yo sepa, nadie de la comisión retomó después la exposición que se prometía al mundo. En ese sentido, dispongo de la misma información que vosotros.

—De los fenómenos conocidos, ¿existe una evaluación de sus consecuencias, aunque sea por extrapolación? —pregunta otro

—Los fenómenos que conocemos, desgraciadamente son desconocidos.No se puede hacer extrapolación de fenómenos desconocidos y, por tanto, no se pueden conocer sus efectos por extrapolación. Sabemos de alguno de esos fenómenos y sobre ellos se está trabajando tanto a nivel individual como colectivo. Quiero suponer que el informe de la Comisión es exhaustivo, y si ellos, el colectivo más cualificado que se pueda reunir en la actualidad en este mundo, declaran su incapacidad para un mínimo análisis sobre las causas, principio científico esencial para abordar la búsqueda de los remedios, me temo que ninguno de nosotros pueda aportar nada novedoso al respecto.

A Anselmo las palabras del profesor le parecen una tomadura de pelo. Parece como si tuviera preparadas las repuestas evasivas a cualquier pregunta esperada, así que no insiste en seguir preguntando.

Otro compañero levanta la mano. Quiere preguntar o decir algo. El profesor le indica que pregunte.

—¿Parecería estúpido especular que las causas de todo lo que está sucediendo se deben a que se ha superado el umbral de las condiciones físicas bajo el cual la Tierra mantenía su equilibrio, y que en ese equilibrio los fenómenos físicos, de comportamiento de los seres vivos y otros fenómenos biológicos eran previsibles, y al superarse ese umbral, los nuevos fenómenos, por ser imprevisibles, no existe el medio de comprenderlos?

—La pregunta es interesante. Esa puede ser una buena hipótesis, si partimos de una postura de humildad, de que creíamos tener las claves sobre cuál podía ser ese umbral. Desgraciadamente, en estos momentos, hemos de admitir con la misma humildad que podíamos estar equivocados. Los hombres de ciencia no especulan más allá de los postulados que elaboran. Lo otro es ciencia ficción.

Anselmo se revuelve inquieto en su silla. Le ha parecido percibir en las palabras del profesor un mensaje que éste no se atreve a explicar con claridad. El profesor había empezado a hablar mencionando la palabra hipótesis, sin decir cual era la suya ni la que compartía con otros colegas. Ahora admitía como buena una hipótesis que, en principio, a todos los demás les pareció estúpida. ¿Era esa la clave? Anselmo quiere conocer la opinión del profesor sobre algo que él mismo ha venido intentando profundizar por simple interés científico. Y se decide a preguntar.

—Si en ese impreciso umbral a que se refería mi compañero, uno de los factores, entre otros a tener en cuenta, fueran las radiaciones electromagnéticas las que lo hubiesen rebasado, ¿sería demasiado especular qué muchos de los fenómenos que hoy nos preocupan se podrían explicar partiendo de esa causa?

—Se podrían, pero los fenómenos que son producidos por esa causa ya los hemos estudiado, conocido y evaluado. Las radiaciones electromagnéticas ionizantes y corpusculares producen efectos físicos, químicos y biológicos o bioquímicos de diversa naturaleza que todos vosotros conocéis, o deberíais. Pero lo estudiado bajo el epígrafe general de “Radiobiología”, son los efectos producidos por las radiaciones de alta energía; también por los rayos X, de ahí, por ejemplo, la protección extrema que estamos observando en este caso en su uso cotidiano. También otras. La pregunta me da pie a hacerlos una por mi parte: ¿y las otras radiaciones electromagnéticas, las radiaciones de longitud de onda superiores a las de la luz visible, pero de baja energía? Todos sabemos que convivimos con millones de fuentes que producen continuamente radiaciones electromagnéticas de baja intensidad. Hasta ahora, en general, se ha especulado sobre sus efectos, algunos ya se ha establecido, sin dejar lugar a la duda, que tienen origen en ese tipo de radiaciones, que van ligadas al bienestar alcanzado por la humanidad, y que se admiten como mal menor o el peaje que tenemos que pagar. Lo que se plantea, lo que os planteo, es si ese masivo y continuo flujo de radiaciones ha podido, por acumulación, dar lugar a alguno de estos fenómenos. Yo no lo sé y, al parecer, no se especula con esa posibilidad. Pero nada se pierde que, ante unos fenómenos extraños e imprevisibles, partamos de hipótesis extrañas, aunque con ello rocesemos la ciencia ficción. No tenemos otra cosa, por el momento, y en tales circunstancias, todas las hipótesis tienen validez relativa, pero, al menos, tampoco podemos afirmar que sea nula.

Anseldo no ha pestañado. Cada palabra del profesor le parece una clave y un mensaje subliminal que les está transmitiendo. ¿Por qué no habla más claro? ¿Por qué no les dice con franqueza que él, el profesor, y seguramente un amplio entorno de hombres de ciencia están sobre el tema, aunque aún no hayan pasado de un nivel especulativo?

Nadie parece decidirse a plantear alguna pregunta. Anselmo, tampoco. Susurrando, sin mirar a su amigo, pregunta:

—¿Qué te parece, Oscar? ¿Crees verosímil eso de las otras radiaciones electromagnéticas?

—Eso es desestabilizador, total.

—¿El qué es desestabilizador?

—Seguir hablando de eso. Ya hablaremos.

—¿Quiéren decir algo? —pregunta el profesor, que ha advertido que los dos estudiantes están hablando.—A todos nos gustaría saber lo que dicen, si se relaciona con lo que estamos tratando.

—Díselo - le dice Anselmo a Oscar.

Oscar vacila, pero ya todos le miran y esperan que diga algo. Al fin, se decide.

—Le decía a mi compañero, que la hipótesis que se plantea tiene algo de especulativa.

—No. Dile lo que me has querido decir —le susurra Anselmo.

—¡Calla! —exclama firme y a media voz Oscar

Es el profesor el que toma la palabra.

—Ciertamente. Pero cuando se descubrió la fisión del átomo, a nadie se le ocurrió de forma inmediata especular sobre las consecuencias negativas de ese tipo de manipulaciones. Los efectos ya los conocemos. Aún así, se sigue en ello, aunque paralelamente se arbitran las protecciones y se difunden las consecuencias sin ningún tipo de ocultación. Pero no habría sido malo si se hubiese especulado en aquel momento sobre los posibles efectos de aquel descubrimiento. Si por mor de una imprevisión, miedo a desestabilizar el adormecedor y placentero bienestar, debemos quedarnos inermes al albur de los acontecimientos, para que no nos tachen de catastrofistas o especuladores, las generaciones que superen estos fenómenos nos tacharán de pusilánimes, o algo peor, cobardes. Si no aceptamos las consecuencias de ser llamados

catastrofistas, si no queremos que nos llamen cobardes, pero mantenemos nuestro derecho a la libertad de pensamiento, no vayáis por calles y plazas pregonando la buena nueva, el nuevo evangelio redentor, a no ser que deseéis que os crucifiquen. Trabajad en el silencio de vuestra mente. Porque, fijaros bien, si poneis vallas a vuestros pensamientos, ese será el peor de los fenómenos que sufriría el ser humano.

El profesor pronunció sus últimas palabras con el énfasis de un profeta que anuncia el apocalipsis. Su cara mostraba la transformación del iluminado que no confía sólo en su palabra y la enmarca con la más convincente de la exaltación que nace de sus sentimientos. Quizá porque era consciente de no haber dicho nada y eran sus sentimientos los que no encontraron barreras.

El profesor no parece esperar más preguntas. Se levanta y se aleja a paso rápido hacia la puerta de salida. El aula queda en silencio. Poco a poco, los estudiantes se van levantando y tomando los pasillos. Nadie osa herir aquel silencio, el silencio de los pensamientos libres, porque la palabra ya estaba secuestrada, y todos estaban conscientes o temerosos de que hablar más allá de lo que el profesor se había atrevido a decir, ya no era una heroicidad, era un suicidio.

A la salida del aula, un intruso intenta, vanamente, leer en los rostros de los que salen, si el pensamiento común a todos ellos se traducirá más tarde en algún plan expresamente prohibido. Observa que los estudiantes, lejos de agruparse, se dispersan en unidades que parecen repelerse. Es un buen síntoma; esa es la dispersión que los intrusos tiene orden estricta de forzar por cualquier medio, si, como en este caso, no se producía espontáneamente.

Anselmo camina detrás de Óscar. Cuando se han alejado suficientemente del intruso y no ven la presencia del siguiente, Anselmo acelera el paso y se pone a la altura de Óscar. Le mira. Óscar sigue con la

vista puesta en el fondo del pasillo, como si esperara la fatalidad del destino al final del mismo. Anselmo le dice:

—Vaya cara que se te ha puesto.

—Todavía no he visto la tuya; no creo que sea mejor.

—Bueno, ¿hablamos o no hablamos?

—¿De qué quieres que hablemos?

—Vaya pregunta. ¡Joder, de todo ésto que pasa! ¿O piensas que me paga el gobierno para hacer de sus orejas?

—Vaya médico. Se dice oídos - dice Oscar, sin sonreír la gracia.

—¡Que te den por el culo! Pareces un zombi. ¿No quieres que intercambiamos impresiones?

—¿Dónde?

—¡Dónde, dónde! ¿No podemos hablar mientras caminamos? No creo que dos personas que hablan lo vayan a considerar una manifestación.

—Yo tampoco lo creo.

—Mira, Oscar, si no quieres hablar ni escucharme, mejor me lo dices claramente, y cada uno a lo suyo.

—¿Qué tienes que decirme?

—Lo primero recordarte que somos amigos. Lo segundo, que hay motivos suficientes para que, desde la amistad, intercambiamos esos pensamientos de los que nos ha hablado el profesor y sobre los que, al parecer, tú tenías algo que decir. ¿Que desconfianza hay entre nosotros? ¿Tienes alguna prevención contra mí? Yo no tengo ninguna contra ti.

—Calla ahora. Allí hay otro.

—De acuerdo, allí hay otro. Pero dime, antes que te oiga: ¿quieres o no hablar conmigo? Sólo necesitas decir sí o no, ¡maldita sea!.

Óscar no aparta la vista del intruso que repasa las caras de los que van desfilando delante de él. Óscar no contesta a Anselmo; intenta ensayar una melodía silbada, que articula a duras penas con sus labios



rígidos y secos. Anselmo ya no espera más. Imprime mayor velocidad a sus pasos y deja atrás a Óscar, mientras pronuncia inaudible un «¡que te jodan, amigo!»

Anselmo baja la escalera. Baja rápido, mirando los escalones para no caerse. Cuando llega al vestíbulo, después de observar algún rostro y persuadirse de que allí ya no va a obtener nada nuevo, se dirige al exterior, acompañado únicamente de sus pensamientos.

## DIEGO

Diego dejó su casa con el semblante de un inculpado que asiste a la vista de un juicio. Cuando el ascensor se paró en la planta baja del edificio en el que habitaba, se dio cuenta de que no había cogido su portafolio. Repasó mentalmente si podía prescindir de él y apretó el botón que le llevaría de nuevo a la planta de su piso. Abrió la puerta y se dirigió al salón, donde acostumbraba a dejar el portafolios y el periódico. En el pasillo se encontró con Clara, que salía en dirección a la puerta principal. Clara interroga a su marido.

—Pensé que te habías ido, ¿Se te ha olvidado algo?

—El portafolios. No sé dónde tengo la cabeza. Espera y salimos juntos.

—Te espero. ¿Estás preocupado, Diego?

—Ya no sé qué me preocupa más, si la situación propiamente, o el planteamiento que hace Anselmo. Vengo enseguida.

Clara se queda pensativa. Anselmo los ha puesto ante una disyuntiva en la que será difícil decidir. Y no ha hecho más que empezar. ¿Qué tendrá su hijo en la cabeza? Diego vuelve.

—Esta noche hablaremos —dice Clara, con la intención de tranquilizarlo.

—No podemos dejarnos llevar de sus fantasías.

—Anselmo no suele ser fantasioso. El está más preparado que nosotros para comprender ciertas cosas.

—No tanto para buscar los remedios. Hay que ser prudentes y no anticiparse demasiado a los acontecimientos.

—Anda, vamos, que se hace tarde.

Clara y Diego salen, cierra Diego la puerta y ambos se dirigen al ascensor. Allí está un vecino de planta que espera su llegada. Mira la fila de indicadores luminosos que van señalando la situación del ascensor. Clara y Diego llegan a su lado y es Clara la que saluda.

—Buenos días, Antonio.

—Buenos días, Clara. Hola, Diego.

—¿Qué hay, Antonio?

—¿Es un saludo o una pregunta?

El ascensor se ha detenido en la planta y Antonio abre la puerta. Diego le responde.

—Las dos cosas.

—¿Habéis oído la radio?

—No, sólo la televisión. ¿Que han dicho en la radio?

—Que no hay pescado fresco.

—¿Estás de broma?

—No, no estoy de broma. Hoy no hay pescado fresco en el mercado.

—¿También han prohibido comer pescado fresco? —interviene Clara.

—No es eso, Clara.

El ascensor llega a la planta baja y los tres salen. No hay nadie en el hall y se paran. Antonio continúa.

—No había pescado en la lonja. No han sido muy explícitos, pero han dicho que los pesqueros habían regresado vacíos a puerto.

—¿Se han declarado en huelga? —pregunta Diego.

—No han dicho por qué, pero no creo que sea por eso. Aunque traten de silenciar cualquier movimiento de protesta que se produzca, ¿no os parece extraño que digan que los pesqueros habían regresado vacíos? Si fuera una huelga, tendrían que haber dicho que los pesqueros no habían salido a fanear. ¿Qué sentido tiene que salgan para regresar vacíos? ¿Es una forma nueva de hacer huelga?

—No tanto. Los obreros de una fábrica pueden entrar al trabajo y luego declarar una huelga de brazos caídos.

—En eso no había pensado. Pero ya empiezan a escasear algunos alimentos; los huevos, por ejemplo. También la leche esa que nos vendían como fresca o del día. Por eso yo he pensado en otra cosa.

—¿En qué has pensado? —pregunta Clara.

—No os riáis, pero yo tengo un presentimiento: que los pescadores no han encontrado peces que pescar.

—Eso es una tontería, Antonio —dice Diego.—Podrán traer más o menos, pero de eso, a que no traigan nada...Quizá el mar estaba revuelto.

—El mar lleva revuelto sin explicación varios días, pero los pescadores han salido y han traído pescado en los días pasados.

—Eso es cierto —dice Diego.

—Y si fuera por eso, pues lo habrían dicho lisa y llanamente. Lo extraño de la noticia es la forma escueta en la que la han dado. Es como querer decir algo sin decir nada.

—En eso sí que tienes razón. ¿Y por qué no habrán encontrado peces?

—¡Ah! Buena pregunta. Tampoco nos han dicho por qué no hay leche fresca y los huevos empiezan a escasear, lo que significa que no tienen huevos para reponer en las estanterías, ni nueva leche para vender fresca.

—¿Se habrán declarado en huelga los animales? —pregunta Diego, sin reír su gracia.

—Eso, que parece un chiste, deberíamos tomarlo como una incógnita que nos aproxima a la realidad. Bueno, voy un poco tarde. Ya hablaremos en otra ocasión.

—Pues nos dejas hechos polvo, Antonio. Como todas las noticias que corran por ahí sean parecidas, casi es mejor quedarse en casa.

—O meterse en el ataúd directamente y esperar.

—No exajeres, hombre. Todo debe tener una explicación.

—Pero de momento no hay ninguna. Hasta luego.

—Adiós, adiós —se despide Diego, mientras su mente se se embarulla de pensamientos contradictorios. Clara piensa.

Antonio se aleja hacia la calle. Diego y Clara reanudan su caminar después de un pequeña vacilación.

—¿Te parece verosímil lo que ha sugerido Antonio? —pregunta Clara.

—He disimulado todo lo que he podido, pero desde el primer momento yo pensaba lo mismo.

—Todo parece que se está trastornando. ¿Qué nos espera?

—No lo sé. ¿Cómo está el congelador?

—Casí vacío. Estamos utilizando los congelados que llevan demasiado tiempo hasta acabarlos, luego limpiaré el congelador y lo llenaremos de nuevo con otros frescos.

—Hoy no voy en el autobús. Cogeré el coche y cuando cierre el banco me ire al hiper y compraré todo lo que pueda.

—Tendría que ir contigo, pero, ¿qué hago? Yo no estoy libre hasta las nueve.

—No te preocupes. Yo puedo hacerlo. ¿Qué es lo que más se necesita?

—Carne, pescado, verduras...

—Bien. Traeré de todo eso tanto como pueda.

—Tanto como puedas, no; el congelador no es un almacén.

—Calcularé.

—Lláname, si hay algo nuevo.

—Y tú, igual.

Diego da un beso en la mejilla a su esposa y regresa al ascensor que le lleva al aparcamiento, en el sótano del edificio. Clara sale y se dirige a la parada del autobús.

\*\*\*

Diego siempre lleva consigo copias de las llaves de los dos coches. Ya en el sótano, y según se va acercando a sus plazas de aparcamiento, le surge la duda sobre qué vehículo tomar. El eléctrico está conectado a la toma de corriente que cada propietario posee, con su contador individual que lee mensualmente un empleado del gestor de la comunidad, pagándose el consumo con la cuota comunitaria. Diego, vacila y al fin se decide por el de gasolina plus; es más grande y no es mala idea llenar su depósito a tope, por las posibles contingencias que se pudieran producir, piensa Diego.

Diego sale del aparcamiento del edificio, y, al mismo tiempo que rueda por las calles, observa la ciudad. «Parece que todo está en su sitio», piensa Diego. La estación de servicio no queda lejos. Cuando se acerca, observa que hay más coches que de costumbre esperando, pero eso a Diego no le sorprende; algunos se preparan con anticipación para salir de la ciudad el fin de semana; por la tarde o en la mañana del sábado las colas son interminables. Ya en muchos oficios no trabajan el viernes. La planificación del trabajo ha permitido el pleno empleo. La juventud está escolarizada hasta los veintiún años obligatoriamente, bien hasta terminar carreras clásicas y sus especializaciones, o formación profesional, formación social o administrativa. El estado es el patrono que más empleos proporciona, superior a la suma de los de las empresas privadas. Se ha planificado la familia de forma que se mantenga constante la relación entre los jóvenes hasta terminar la formación, hombres y mujeres en edad productiva y hombres y mujeres subvencionados dependientes del estado. Cada año, y según las ratios de población y las circunstancias económicas de la familia, el estado establece los máximos de natalidad permitida a las parejas, previa solicitud de las mismas. Cada año, el estado establece las correcciones a las desviaciones que se produzcan según los fallecimientos habidos. Diego y su mujer, por ejemplo, no podrán tener más hijos, ya que han alcanzado el límite de natalidad permitido para sus edades. En todo caso, el límite para el año en curso ha sido establecido en tres descendientes por pareja, el máximo en muchos años en los que el gobierno ha venido estableciendo correcciones drásticas a las estadísticas de población. Las correcciones en la natalidad permiten al gobierno confiscar un hijo al nacer y ser entregado a una pareja estéril que lo solicita. Los dramas que esto comporta ya empiezan cuando una pareja descubre que va a tener un hijo que no podrá ser suyo. La alternativa, entonces, es seguir con el embarazo o abortar. La esperanza de vida está, en el momento que esto

se relata, en noventa y cinco años para el hombre y noventa y ocho para la mujer. Existen otras regiones en la Tierra en las que aún no se ha llegado a estos ratios, pero las organizaciones supranacionales mueven todos sus recursos para alcanzarlos lo antes posible y evitar de ese modo las corrientes migratorias forzadas y clandestinas que desequilibran los asentamientos planificados. La migración humana la controlan y deciden esas organizaciones supranacionales que la han establecido por consenso universal. La interpretación de este consenso y el seguimiento del mismo por algunos gobiernos, es el mayor problema de entendimiento entre los humanos que pueblan la Tierra.

A Diego ya le toca utilizar un surtidor que ha quedado libre. Se baja del coche, y en un panel incorporado al surtidor, teclea la matrícula de su coche. Selecciona “lleno” e introduce la manguera en la boca del depósito. La gasolina comienza a fluir, mientras Diego observa la pantalla digital que indica los litros que están entrando en el depósito. Cuando aparece el número veinte, el surtidor se para inexplicablemente. El depósito del coche tiene una capacidad de ochenta litros y en el control digital del interior del vehículo sólo marcaba doce litros disponibles. Diego se queda un momento pensando y luego vuelve a mirar la pantalla del surtidor. Ya no marca la cantidad expendida; en su lugar, una frase: “Por orden gubernativa, solo se suministran como máximo veinte litros por vehículo y día”. A Diego, la frase le produce un malestar que le llena de zozobra. «Están yendo demasiado lejos», balbucea, mientras mira al conductor del vehículo que espera a que él termine. Como queriendo compartir con éste su sorpresa y disgusto, le señala con la mano la pantalla, mientras le mira. El otro conductor le interroga con un gesto. Diego se acerca a la ventanilla y le dice:

—Sólo podemos disponer de veinte litros por vehículo y día.

—Sí, ya lo sabía —contesta el conductor.

—¿Qué pretenden?

—¿Quién?

—Los del gobierno.

—No tengo idea. Por favor, tengo prisa.

—Perdone. Ya me voy.

Diego se sube a su coche y parte pronunciando palabras ininteligibles.

Inevitablemente, Diego acumula preocupación sobre preocupación.

Diego siempre solía ser el primero en llegar al banco. Aquel día, las conversaciones con unos y con otros, la marcha, habitualmente lenta por la ciudad, el aparcamiento del vehículo, aunque no quedara lejos el “El Parcódromo Centro”, como le llamaban popularmente, le habían retrasado. No obstante, la apertura al público tardaría en producirse aún un cuarto de hora. Cuando Diego llegó al banco, se sorprendió al ver una más que considerable cola de personas que esperaban la apertura. Diego entró en el banco por una puerta especial para los empleados. Ya en la gran sala de trabajo y atención al público los diversos puestos y mesas estaban ocupados por sus respectivos titulares. Notó un silencio inhabitual para ese momento previo a la apertura. Los empleados, aunque debían ordenar el trabajo que a cada uno le esperaba, —en otras ocasiones se comportaban informalmente—, no era infrecuente que formaran corrillos de hasta cuatro personas, o se hablaran de mesa a mesa. No ocurría así aquella mañana. Todos parecían sumidos en sus respectivos asuntos, sin levantar la vista, sin hablarse, aunque fuera en voz baja. Alguno levantaba la vista para cruzarla con el director; luego, casi de inmediato, la bajaba. Diego se fue a su despacho y llamó, nada más sentarse, a uno de los interventores del banco. No tardó en presentarse.

—Buenos días, Diego —saludó el interventor.



—Ya no sé si corresponde decir buenos días. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa al personal? ¿Y esa cola que hay esperando?

—Muchas preguntas. Lo que sucede tú ya lo debes saber. El personal debe estar asustado, yo estoy asustado. Y en cuanto a esa cola, ¿no te lo imaginas? Vienen a sacar dinero, ¿qué otra cosa? Parece normal, ¿no?

—¿Has hablado con la O.P.? Si es como dices, no podremos atender a toda esa gente y la que se presente.

—Ellos nos han llamado. Han recibido una circular con instrucciones de obligado cumplimiento. Los del gobierno. Nadie puede sacar más de un millón de pesetas, salvo que justifique para qué quiere una cantidad mayor. En ese caso deberá pedir autorización vía teleproceso.

—Pero eso es una miseria. ¿Que van a hacer con un millón? Esa cantidad no dá para los gastos de un mes de una familia media.

—Y eso no es todo. Un mismo cliente no puede sacar más hasta nueva orden.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. El gobierno va a repartir una especie de cupones a los ciudadanos que sustituirán el dinero. Supongo que se trata de un prodecimiento de pago limitado a estrictos consumos de supervivencia.

—¡No fastidies! ¿Es cierto eso, o es una inocentada? No estoy para bromas.

—¡Ojalá fuera una broma! No creo que alguien esté para bromas.

—¿Y eso lo sabe la gente de ahí fuera?

—No lo creo. Temo que se arme cuando se enteren.

—¿Los de seguridad están en su sitio?

—Sí, ya están en la sala.

—¿Los empleados lo saben?

—Sí, ya se lo he comunicado.

—¿Y en cuanto a los ingresos?

—Normal. Esas instrucciones de que te hablo van más allá. Mañana tendremos aquí esos cupones. El banco queda constituido en gestor de los mismos.

—Esto es kafquiano total. ¿Y a quién le tenemos que entregar esos cupones?

—Mañana darán las instrucciones.

—Bien. ¿Qué opinas de todo esto?

—¿Tú crees que se puede tener opinión? Yo no la tengo, ¿y tú?

—Tienes razón. Esto excede toda posibilidad de comprensión.

—Pues así están las cosas. El personal pregunta si ellos pueden disponer de ese millón sobre sus cuentas, y algunos, que no cubren esa cantidad, piden un anticipo sobre sus sueldos.

—¿Eso lo has consultado con la O.P.?

—No concretamente sobre eso. Pero ellos se han anticipado diciendo que se dé ese dinero exclusivamente a los que lo cubran con los saldos de sus cuentas. Supongo que eso va para todos.

—Bueno. Habrá pocos que no tengan un saldo superior al millón.

—No creas. Hay muchos que ya habían sacado cantidades importantes en estos últimos días. El pasivo del banco, tú lo sabes, ha venido disminuyendo alarmantemente en los últimos días.

—Sí, sí, es cierto. Y a eso nosotros lo llamábamos alarma infundada.

—Pues ya ves.

—¿Los de la O.P. han pedido que me ponga en contacto con ellos?

—Sólo para consultar sobre circunstancias especiales. Han sido claros: «estas instrucciones no son susceptibles de otra interpretación que la literal; no llamen para modificarlas en ningún caso».

—¿Quién llamó?

—Bueno, en realidad sólo han llamado para confirmar si habíamos recibido el tele-fax. No quisieron hacer ningún comentario. Deberás tú mandar otro en el que expreses únicamente “Mensaje número tal, recibido y conforme, y el código identificativo de la sucursal. Y tu nombre y firma”. Lo tienes que hacer antes de abrir las puertas al público. Yo lo tenía preparado para mandarlo yo, en tu ausencia, pero ya que has llegado a tiempo...

—Bien. Cambia el remitente. Me doy por enterado. ¿Hay dinero en la

caja para atender esta contingencia?

—Depende. No se puede saber cuántos clinetes van a venir.

—¿La entrega de ese millón como máximo sólo es operable hoy?

—Eso no lo aclara. Supongo que también en los sucesivos días para los que no hayan venido hoy. No tendría sentido de otra forma.

—Pero ¿es que algo tiene sentido o lo debe tener?

—Tienes razón. Nada tiene sentido. Si las cosas van a seguir en esta escalada de despropósitos, me temo que debemos ir pensando en lo peor.

—¿Qué se puede hacer? Las personas ante acontecimientos explicables o previsibles, se podían hacer esa pregunta y unos tener un tipo de respuesta y otros otra, pero, ¿habrá alguien que pueda elaborar una respuesta medianamente lógica ante esto?

—No, no es fácil. Ya es hora de abrir.

—Tráeme el fax recibido y la copia del que mandes para firmarla. Dile al personal que no discuta con los clientes y que se limite a decir que son órdenes del gobierno; también que esperen y que no se vayan al final de la jornada; que no pidan dinero para ellos durante el tiempo de apertura al público; debemos atender a los clientes primero.

—Así lo haré.

— Que los de seguridad estén muy atentos y llamen a la comisaría ante el menor altercado.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Que me despiertes; creo estar soñando.

—Así estamos todos.

El interventor sale y pronto vuelve con el fax recibido y el texto de conformidad para que el director lo firme y remitirlo a la O.P. Diego lo firma después de una rápida mirada. El interventor lo recoge y sale del despacho. No se cruzan más palabras entre ellos.

Diego se queda ensimismado en pensamientos incoherentes, de tantos como piden vez para fijar ideas. Suena el teléfono. Es su mujer. El diálogo por teléfono es el siguiente:

«Hola, Diego. Soy yo, Clara.»

«¿Qué hay, Clara? ¿Algo importante? No puedes imaginar la que tengo aquí, así que dime pronto lo que sea»

«¿Qué ocurre?»

«No sé si puedo decirtelo por teléfono. Nada que se refiera a mí. Órdenes recibidas en el banco. Ya hablaremos en casa. ¿Tú está bien?»

«Sí, sí. Sólo decirte una cosa curiosa que me acabo de enterar. El gobierno ha decidido suspender la limitación de nacimientos hasta nueva orden.»

«Menos mal que no restringen algo. Pensarán que peligran los índices establecidos; ¿quién va a querer follar con el estado de ánimo que tenemos todos?»

«Tienes razón. Bueno. Sólo era eso y saber si estabas bien.»

«Estoy bien, no te preocupes. Llámame si ocurre algo especial. Un beso.»

Diego colgó y, ahora sí, el pensamiento era nítido: ¿qué diablos quería decir que ya se podían engendrar libremente hijos? Diego no halló la respuesta ante incoherencia semejante. ¿Acaso el mundo se preparaba

para un mayor y más amplio bienestar que permitiría un mayor número de habitantes en condiciones aceptables y desprogramadas? Esta hipótesis era de locos. A excepción de este dato optimista, todo lo demás apuntaba a lo contrario. Este pensamiento se convirtió en recurrente durante toda la mañana para Diego. Se levantó y salió a la sala para observar la reacción de los clientes ante la noticia.

Diego salió a tiempo de ver cómo las puertas se abrían y los clientes entraban en tropel dirigiéndose a las ventanillas. Pronto la cola exterior se convirtió en tres colas frente a las tres ventanillas de “Caja” de que disponía la oficina bancaria. Las colas se prolongaban fuera, en la calle. Al parecer, más clientes preocupados habían acudido en los últimos minutos.

Diego, desde su posición, observó las primeras reacciones de los clientes. Al parecer todos venían con el propósito de retirar sus fondos. La perplejidad se dibujaba en sus rostros, y la noticia fue corriendo como un reguero de adelante hacia atrás. Nadie pareció incomodarse hasta el extremo de manifestar su descontento de forma expresiva y violenta. Diego pensó entonces cómo el miedo a un previsible desconocido deja a las personas inermes ante un destino que ya no saben ni pueden convertirlo en contingente. Luego de las primeras expresiones, casi todas en voz baja, las colas se convirtieron en un sin fin de pensamientos silentes y alguna que otra mirada furtiva entre los que las componían. Y nada más. Cada uno daba un paso al frente, por cada cliente que abandonaba la ventanilla y salía rápido del banco, protegiendo su dinero con la mano metida en el bolsillo.

Diego hizo un recorrido entre las mesas, caminando despacio y observando a los empleados que, como robots, manejaban los ordenadores; tal era su impenetrable actitud ante los teclados y las pantallas. Volvió pronto a su despacho y conectó su ordenador.

Seleccionó el icono “O.P.” y esperó unos segundos mirando a la pantalla. Sólo, como una foto fija, el texto del fax que ya conocía.

La jornada fué transcurriendo sin incidentes dignos de mención. La afluencia de público había sido continua y las colas se fueron terminando a medida que se acercaba la hora de cierre. Una información recibida concretaba la respuesta a una duda: en días sucesivos los clientes que no lo hubiesen hecho ya podrían retirar fondos hasta el límite establecido. El gobierno, por todos los medios de comunicación, daría a partir de las ocho de la tarde y en boletines periódicos, las instrucciones precisas para la retirada de los cupones, lugares habilitados para ello, y forma de canjeo por productos básicos. Imprescindible presentar el D.I. Esta información había permanecido fija desde media mañana en la pantalla de información al público, conectada por orden expresa con el C.I.G. (Centro de Información del Gobierno). También se anunciaba que el gobierno establecería otro tipo de limitaciones que se anunciarían oportunamente y se “rogaba” a los ciudadanos en general, que estuviesen atentos a las instrucciones gubernamentales que fueran apareciendo en todos los medios de comunicación públicos y privados.

Cuando el banco cerró sus puertas al público, los empleados pidieron reintegrarse del millón autorizado sobre sus cuentas. Sólo a tres de los quince que trabajaban en la oficina bancaria, incluido el director y los dos vigilantes, sus cuentas no cubrían ese importe. Todos se solidarizaron con estos tres, que mostraban un gran nerviosismo. No se pudo hacer nada por ellos, pues las ordenes de transferencia habían sido bloqueadas desde el primer momento en que el banco se hizo operativo. Se podía haber equilibrado la disponibilidad de todos con el reintegro total de todos, pero en eso no se pensó... Cada cual hizo caso omiso a las llamadas de solidaridad que golpeaban sus conciencias. Esos tres, relativamente desafortunados, apelaron a su orgullo para agradecer una solidaridad teórica.

Diego no se entretuvo en esta ocasión como solía. Una idea estaba fija en su mente: ir cuanto antes al centro comercial y verificar o no su sospecha.

No era hora punta en el centro comercial en el que la familia solía hacer su compra regular, como la alimentación. El aparcamiento del centro estaba completo. Tuvo que guardar cola por media hora hasta que el goteo de entradas, que se correspondía con el goteo de salidas de vehículos, le permitió entrar.

Diego dudó en coger dos carros. Uno estaba disponible. Para el segundo tendría que esperar a que un cliente saliera y lo desocupara; no había más. No quiso esperar. También pensó en el espectáculo que daría arrastrando dos carros. El no podía ponerse a la vanguardia de los desesperados. Entró, pues, en el departamento de alimentación, y con dificultad, sorteando el mucho público que allí frenéticamente iba de un lado para otro, se fue directamente al expositor de carnes empaquetadas. No faltaban artículos, a pesar de estar casi tomado por los clientes. Un letrero advertía a los clientes: “Orden gubernativa: cada cliente sólo podrá sacar en su carro tres bandejas de productos cárnicos”. Diego sintió desolación. Los clientes elegían en silencio y se marchaban. Diego no se fijó demasiado en lo que compraba. Tomó tres de las bandejas que le pareció tenían más contenido y buscó con la vista la sección de pescado. El mostrador de fresco estaba vacío y ni siquiera atendido. Enfrente estaba el expositor de congelados y a él se dirigió. Otro letrero advertía de la compra máxima que por orden del gobierno se permitía por cliente y carro: cinco bandejas o bolsas de los diversos productos. Diego, resignado, identificó las que su mujer solía comprar y metió en el carro cinco bolsas entre pescado y verduras, uniéndose al frenético coger y salir en busca de otras cosas. Compró huevos: una docena por cliente; leche: una caja de diez paquetes de un litro por cliente; agua mineral: máximo diez litros. Diego, preso de un nerviosismo creciente, recorrió

las estanterías de no perecederos. Las conservas. No había letrero que limitara la compra de esos productos. Como un autómatas desajustado fue introduciendo en el carro botes y botes. El carro ya rebosaba y aún no había comprado fruta, patatas, hortalizas frescas. Diego pensó si no sería más conveniente salir, descargar el carro en el coche y volver a cargarlo, y encontró buena la idea. No tenía prisa y podía hacer esa operación varias veces. Se puso en una de las colas de las atestadas cajas y esperó paciente, pensando. Faltaban tres clientes para su turno y la desesperanza le hizo desfallecer: La cajera pedía el D..I. a los clientes que pasaban frente a ella y lo introducía en un periférico que habían instalado; no podría volver a cargar el carro, eso es lo que significaba tan atípico requisito. Diego preguntó si aceptaban tarjetas de crédito. «No, sólo efectivo. ¿Cree tener suficiente para lo que lleva?», preguntó la cajera sudorosa y con la cara desencajada por el esfuerzo continuo a que estaba sometida. Diego indicó que sí con un gesto de su cabeza.

Diego salió, y luego de comprar tres periódicos distintos en la librería que estaba fuera del recinto, se puso a caminar empujando su carro sin dirección alguna que fijara su mente. Tardó en ordenar su pensamiento para orientarse en dirección a donde había aparcado su coche. Al fin lo encontró y comenzó a colocar las bolsas.

Una mujer se le acercó con su carro y le preguntó en voz baja:

—¿Me podría ceder alguno de sus artículos? Le pago lo que pida.

—¿Perdón? —pregunta Diego, que cree no haber entendido bien.

—Nada. Disculpe —y la mujer se aleja sollozando.

A Diego se le atenaza la garganta. Sí que había entendido a aquella mujer. Era una manifestación de desesperación que se traducían en aquel ridículo y no meditado comportamiento. ¿Qué faltaría por ver, oír, sufrir? Diego puso en marcha su vehículo y partió en dirección a su casa.



## CLARA

Clara tomó el autobús que la llevaba al centro de la ciudad. Puestos a especular con los extraños fenómenos que, sin que se pudiese evitar el ir siendo de dominio público aquellos que si eran reales y verdaderamente extraños, Clara, bajo los efectos de las sugestión que debía ser común al resto de los seres humanos, creía percibir fenómenos inexplicables en cosas tan simples como la forma en que la gente tomaba

el autobús —se apelonaban ante la puerta de entrada, sin guardar el otrora orden cívico del turno de llegada—. Ya durante el trayecto observó que todos los viajeros miraban por las ventanillas con ansiosa curiosidad, como queriendo descubrir a alguien conocido entre los viandantes y al cual estuvieran buscando —Antes hablaban entre ellos por la obligada y múltiple coincidencia del ir y venir cada día, o leían, o miraban hacia adelante—. Clara, movida por el mimetismo que le producía aquel proceder de sus acompañantes, hacía lo mismo, miraba por las ventanillas con espasmódico enfoque de su vista en cualquier cosa que se divisaba a través del cristal. Esta actitud no le impedía razonar que quizá todo se debía a un histerismo colectivo que se estaba larvando en las personas y que pronto, de seguir así las cosas, explotaría ya en sus formas más patéticas de exteriorización.

Cuando Clara bajó del autobús, aún tenía que caminar durante unos cinco minutos hasta su lugar de trabajo. Observó a la gentes, y no era obsesión la percepción de que sus gestos eran sombríos, que caminaban más rápidos que de costumbre, casi como si tuvieran prisa por llegar a algún destino que temían perder. Eso hizo Clara en los primeros instantes, por mimetismo o porque comenzara a preocuparse, ella hacía lo mismo: se le ensombreció el semblante e imprimió mayor velocidad a su caminar.

Llego frente a la tienda y ya otras empleadas esperaban que llegara su encargada; era ella quien debía abrir la puerta. Saludó.

—Un poco tarde, ¿no? Buenos días a todas.

—Buenos días, Clara —contestó una de las chicas y como si lo hiciese en nombre de las demás, que permanecieron calladas.

—Espero que aquí dentro los vestidos no hayan cambiado de color —dijo Clara, sin una intención premeditada de hacer una gracia.

Nadie le siguió la ocurrencia, y todas se fueron a sus puestos de forma mecánica, a paso rápido, evitando establecer el animado

intercambio de chismes que ya era costumbre antes de comenzar la jornada de trabajo.

Clara no se sintió animada a ser una excepción y ya no dijo nada más por un largo tiempo.

El interior de la tienda parecía un lugar fantasmal, mezcla de unas figuras estáticas y otras en movimiento, sin comunicación posible. ¿Fenómenos por inducción sugestiva? ¿Estados de preocupación individual que nadie esperaba aliviar compartiéndolos? Probablemente alguien estaría buscando explicación a todo ésto y otras cosas parecidas, pero, ¿qué importaba que, finalmente, esos comportamientos tuvieran un nombre, una palabra fácilmente localizable en cualquier diccionario? A buen seguro, ese alguien, no hallaría el remedio en esta ocasión. Probablemente ese alguien tendría que comenzar por especular sobre su propio comportamiento.

Aquella mañana parecía que iba a transcurrir “en blanco”. Ya llevaba la tienda una hora abierta y ningún cliente o curioso había hecho aparición.

Clara, presa de la tensión que le producía aquel ambiente, dominando su propia inercia a un aislamiento en el que se complacía, se acercó a una de las empleadas, a la que tenía especial afecto por su competencia y porque tenía pocos años menos que ella, y le preguntó:

—Tere, ¿nos estamos trastornando? Ya no sé qué esperar, qué pensar, qué...

—Clara. Aprovecho para decirte que hoy es mi último día de trabajo. Me voy. Lo siento.

—¿Has encontrado mejor trabajo?

—No. No se trata de eso. Mi marido y mis hijos hemos decidido marcharnos.

—¿Puedo preguntar a dónde os vais?

— Al pueblo de mis padres. No soportamos la tensión que se respira en esta ciudad.

—Pero aquí trabajáis los dos; tenéis dos hijos estudiando. ¿No es mucha precipitación? ¿Crees que en el pueblo las cosas son diferentes?

—Mi marido trabaja en la construcción y algo podrá hacer allí. Yo misma estoy pensando en abrir una pequeña tienda, si las cosas mejoran. Los chicos es el mayor problema, pero están en formación profesional y allí hay un centro. Necesitamos todos un sosiego que aquí, cada día que pasa, se está convirtiendo en una continua y cada vez mayor pesadilla. Yo llego a casa y no hago más que llorar. Y lo del gobierno esta mañana...Pronto aquí no se va a poder salir a la calle, así que, al menos, en el pueblo estaremos toda la familia reunida y nos ayudaremos entre todos. El piso que ahora ocupamos es en alquiler, así que no es difícil levantar la casa en ese aspecto.

—Bueno, bueno. La verdad es que no me atrevo a darte ningún consejo para que desistas. Todo lo que tú piensas lo pensamos todos más o menos, y si crees que yéndote vas encontrar la paz que aquí no tienes, no seré yo quien intente hacerte desistir. Al final de la jornada te tendré preparado el finiquito.

—Siento dejaros, de veras. No se lo digas a mis compañeras.

—Sí, sí. No te preocupes más de lo que estás. Lo comprendo —y Clara se aleja sin saber qué pensar, ante tan inesperada explicación de Tere. Pronto, ya calmada de la impresión, le surge la duda de si alguien más estará pensando lo mismo y no se atreve, así, de pronto, a decirlo. A la duda le sigue la preocupación y necesita despejarla. Clara, levantando la voz para que todas las empleadas la puedan escuchar, pregunta:

—¡Chicas, escuchadme! ¿Alguna de vosotras tiene algo que decirme? ¿Algo personal?

Todas miran a Clara. Nadie muestra ningún signo de querer exponer ningún tema personal. Pasan unos segundos en los que Clara espera que alguien rompa el silencio. Algunas se miran interrogantes, luego vuelven a mirar a Clara, que va recorriendo las caras de todas ellas, como si la pregunta se individualizara, y cada una de ellas, por separado, se debiera sentir interrogada. Todo lo más, alguna negativa con un vaivén de cabeza; las más, bajando la vista. Clara cree que debe decir algo que, al menos, sea un intento de comunicación. Y lo hace en interés propio. Necesita saber qué piensan los demás, aunque no infiere que las demás estén interesadas en saber lo que piensa ella misma. Y se decide.

Aprovecho que no hay ningún cliente para decirles que comprendo el estado de ánimo que se deja ver en vuestras caras y comportamientos. No me veo a mí misma, pero no debe ser muy diferente. Quiero que sepáis que también comprenderé cualquier situación personal que me queréis plantear. Si lo preferís, estaré en mi despacho, y la que quiera exponerme algo, puede venir a verme —y Clara, luego de decir esto y mantener la mirada sobre las chicas que han estado escuchando, se vuelve y se dirige a su despacho.

Sobre la mesa tiene un montón de papeles que debería ordenar, clasificar o despachar. Intenta concentrarse en ellos y comenzar su tarea diaria, pero no consigue otra cosa que crear más confusión en la mesa. Su mente vuela a lomos de una fantasía de la que no es capaz de desprenderse, aunque lo intenta.

Tiene en la mesa una radio que algunas veces conecta mientras trabaja. Nunca la distrae; al contrario, el dial está en una emisora que sólo emite música y unos cortos boletines de noticias cada hora. Prefiere la radio por estas noticias, preferiblemente, y la trajo de casa desde que la vida comenzó a cambiar para todos. El canal musical de la megafonía de la tienda hace días que lo ha desconectado. Era reiterativo y ya tenía impreso en su memoria todas las melodías que se sucedían una detrás de

otra. Clara conecta la radio después de consultar su reloj: van a dar las noticias. Pasan unos segundos y las noticias, después de la señal horaria, comienzan con un comunicado del gobierno. En ese comunicado se hace saber a los ciudadanos que la planificación de la natalidad individual de las parejas ha quedado suspendida por tiempo no definido. Los embarazos que se produzcan a partir de ese comunicado, deberán, no obstante, ser comunicados con la misma obligatoriedad que ha venido siéndolo hasta ahora.

Aquella noticia le pareció a Clara un buen augurio, aunque... luego pensó que un comunicado así bien merecía una explicación previa por parte del gobierno. Últimamente, todos los comunicados del gobierno en el sentido de instruir a los ciudadanos sobre lo que consideraba necesario se debía observar adolecían, precisamente, de una explicación, por sencilla que fuera, que los ciudadanos demandaban mentalmente, luego de escuchar aquellos mensajes, casi telegráficos, que el gobierno venía prodigando en los últimos días. Cada cual debería buscar su propia explicación, si persistía en preguntarse por qué. Y Clara persistió en preguntarse a qué se debería aquel cambio sin explicación. Como no encontraba respuesta medianamente coherente, decidió llamar a su marido. De paso le preguntaría cómo estaba y cómo estaban las cosas por el banco. Clara marcó el teléfono. La ocurrencia de su marido no le pareció convincente. Ellos habían hecho el amor, aunque sí que era cierto que últimamente con menor frecuencia y menor satisfacción de ambas partes, casi por una disposición mecánica para no perder la única ocasión de una comunicación íntimamente exclusiva. Pero eso no era un fenómeno extraño. Es sabido que las preocupaciones inhiben la libido, aunque Clara inmediatamente pensó que eso que a ellos les sucedía, no tenía por qué ser extrapolable a todas las parejas y, con seguridad, no a las jóvenes parejas y, con seguridad, no a las muchas que desearían tener un descendiente más, sin las limitaciones o el temor a

tener que abortar o dar en adopción a su hijo. La noticia, después de crear en Clara un cierto optimismo, dejó paso a la perplejidad, y de la perplejidad a la preocupación. Una preocupación más, perfectamente acumulable a las preocupaciones verdaderamente importantes que últimamente venían instalándose en las mentes de las gentes. Estuvo tentada de comunicar la noticia a las chicas, pero desistió. Temía que sus reacciones fueran de indiferencia y prefería no aumentar la preocupación añadida que esa posibilidad le iba a causar.

La jornada fue atípica en todos los sentidos. Apenas si aparecieron clientas por la tienda, y las que entraron se marcharon sin comprar después de un breve mirar, sin probarse ninguna prenda, cosa extraña, ya que días de poca venta no eran extraños, pero lo que sí resultaba extraño era que no se probaran por el exclusivo placer que las mujeres sienten al mirarse al espejo, aunque fuera por breves instantes, con aquellas prendas deseadas. Ese placer era gratis y eran muchas las que se entregaban a él con síndrome de adicción. Aquel fenómeno, que era totalmente normal y asumido por las tiendas de ropa femenina, se convertía ahora en el fenómeno contrario y sorprendente, y este ya no era asumido por las dependientas con muestras de satisfacción, precisamente. Clara pensó en ello, naturalmente, y tampoco encontró una respuesta válida. Todo el mundo estaba extraño, fu la única idea que pudo elaborar su mente.

Clara se despidió de Teresa con alguna lágrima y una gran emoción que atenazó su garganta. No hablaron mucho. Se desearon suerte y la esperanza de una pronta normalidad para todos. Teresa prometió escribirle para contarle cómo le iban las cosas. Clara le hizo la misma promesa. Las demás chicas, cuando el reloj marcó la hora de cierre salieron lo más pronto posible. Alguna dijo «hasta el lunes», las más no dijeron nada.

Clara dejó la mesa como estaba cuando llegó por la mañana. No pudo concentrarse ni un solo momento, y se hizo la promesa de que el lunes haría todo lo posible por ponerse al día. Estaba deseando llegar a casa, y ni se le pasó por la mente la idea de ir a verse con sus amigas como era su costumbre.

## ROSA

Rosa iba en el autobús, y su mente sólo se ocupaba de dar forma a una incipiente idea que, ya desde el momento en que abandonó el hogar, se podía decir que era su única preocupación: tenía que ver a su novio, ese era un deseo inmediato. Pero la pregunta que inmediatamente



se hacía era lo que, verdaderamente, le preocupaba. Tenía dudas en seguir al cien por cien el pacto de silencio que había propuesto su hermano Anselmo, y que todos, con mayor o menor convicción, habían aceptado. Su novio, el primer chico del que se sentía verdaderamente enamorada, era para ella tan importante como cualquier miembro de su familia y, si le hubiesen dado a elegir entre ellos y él, Rosa no lo hubiese dudado. ¿Era, acaso, ese pacto familiar, una forma implícita de ponerla ante tal disyuntiva? Rosa no comprendía muchas de las cosas que su hermano había expuesto sobre lo que él consideraba “estado de emergencia , situación de supervivencia o peligro inmediato”. Rosa no tenía claro qué pasaba, en realidad. Aparte del suceso del profesor y la conclusión sobre el mismo de su hermano y el comunicado del gobierno escuchado en la televisión, los fenómenos que eran de dominio público, ella, su novio, sus amigos y amigas los habían relativizado dándoles explicaciones pintorescas, que la mayoría de las veces terminaban en risas entre ellos por las peregrinas ocurrencias de algunos. Transcendentalizar aquello de repente, hasta extremos de un dramatismo de características apocalípticas, le seguía pareciendo una exageración. Por otra parte, ella tenía un concepto de la solidaridad que la había hecho militar simultáneamente en movimientos muy activos y críticos, no beligerantes, contra las desigualdades estructurales nacidas del nuevo orden mundial. A sus edad, muchas de las cosas que los “mayores” disponían para ordenar lo que ellos llamaban “Recursos humanos y su distribución solidaria” le parecían subterfugios para impulsar sus ambiciones políticas, cuando no un despotismo subyacente. Bajo esa bandera se revestían con piel de cordero; con ese pretexto, los ideales democráticos que se imponían hacia medio siglo, se habían ido diluyendo en planificaciones y planificaciones desde arriba, la cúspide en la que los políticos se instalaban ante el resto de los ciudadanos. Seguían llamándose políticos; el pueblo llano los llamaba despectivamente

“pastores”. La evolución del concepto “al servicio de los ciudadanos”, después del histórico cataclismo económico de principios de siglo, permitió a los planificadores revestirse de autoridad para ordenar el futuro de una humanidad que había estado a punto de sucumbir. Los ciudadanos, desarmados ante la tragedia, aceptaron las reglas de los nuevos gurús, con la amenaza de que sin sus recetas, la humanidad podía volver a sufrir otra y quizá definitiva sacudida que la borrara de la faz de la Tierra.

Los jóvenes hasta los veinte años eran los portadores de la bandera de la crítica y del inconformismo ( se consideraba simpático por sus mayores). De los veinte años hasta los veinticinco, portadores de la bandera descolorida del escepticismo (un positivo y prometedor estado anímico) . A partir de los veinticinco años ya no eran jóvenes: eran hombres y mujeres, y su bandera, absolutamente plegada, la de la resignación constructiva y base principal del orden establecido. A partir de los cincuenta y cinco años, los seres humanos se limitaban a esperar que amaneciera de nuevo, ante la indiferencia de de las generaciones activas. En algunos casos esas barreras se anticipaban o se alejaban de sus edades biológicas y daban fenotipos con peculiaridades propias. Así, un joven de dieciocho o diecinueve años que se manifestara escéptico, era una especie de superdotado y se decía que iba para artista o escritor; si otro de veintitrés o veinticuatro años ya daba síntomas de resignación, era considerado toda una promesa, y su curriculum subía en muchos puntos ante al expectativa de una próxima o inmediata incorporación al mundo productivo; si rondaba los cuarenta y ocho y se mostraba abúlico, La Sociedad le mejoraba de su “dolencia” poniendo a su disposición toda suerte de pastillitas que le levantaban el ánimo. Todos estos casos de anticipación biológica eran así definidos o tratados. Los casos de retraso biológico, que también se producían, eran

todos clasificados como estados patológicos asintomáticos leves y, por tanto, ignorados por La Sociedad.

Rosa estaba en su edad biológica. Toda su familia lo estaba igualmente. Pero desde cada una de estas edades, la asunción de las manifestaciones que correspondían a otras eran en general no admitidas. Y Rosa no era una excepción, tampoco en esta situación que todos estaban viviendo, y que para los de su edad era considerada, en principio, curiosa; para los que estaban en la edad de su hermano Anselmo, escéptica; para sus padres, resignada.

Rosa, con todos sus genes en estado biológico normal, tomó la decisión que correspondía a su edad y, en lugar de ir a su facultad cuando bajó del autobús del campus, tomó el camino de la escuela superior de ingeniería aéreo espacial, esperando ver allí a su novio.

La actitud extraña de los estudiantes, ella se la explicó con el razonamiento de que estarían pasando por algún estado de indefinición parecido al que ella misma sentía. Miró a aquellos intrusos, que nunca había visto por allí, como los cancerberos del gobierno para hacer cumplir sus órdenes. No se encontró con ningún compañero o compañera, amigo o amiga con quien intercambiar sentimientos, o simplemente impresiones, y ella prefirió que así fuera.

Con la idea fija de verse con su novio, ella era una más que no desentonaba de los demás. Cualesquiera que fueran los pensamientos, las preocupaciones, los deseos inmediatos, hacían que el semblante y la actitud general los unificara, aunque cada uno extrajera diferentes conclusiones al observar a los demás. Ya sabemos cual era el de Rosa.

Rosa entró en la Escuela y miró a un lado y a otro. No vio a su novio pero sí a un amigo y compañero de su novio y también amigo de ella. Y a él se dirigió.

—¡Hola, Luis!

—¡Hola, Rosa! ¿Qué haces por aquí?

—Quiero ver a Carlos. ¿Sabes dónde está?

—Creo que en la clase de Dinámica —contesta Luis, mientras mira su reloj—. Por la hora, está al salir, si está allí, claro.

—Esperaré. ¿Cómo estás, Luis? Vaya movida que tenemos.

—No hables muy alto, Rosa; aquel tipo nos mira.

—¿No se puede hablar?

—Depende de qué cosas.

—¿Ni entre dos personas?

—Mejor que no se fije en nosotros.

—Ya veo. O estás “cagao” o no quieres hablar y buscas ese pretexto. Pues muy bien: ahí te quedas con tu pretexto o con tu mierda.

—No te pongas así, Rosa. Lo digo por tu bien...

—¿Por mi bien? ¿Sabes lo que te digo? Que os jodan a todos los “cagaos” como tú.

El intruso, un hombre de unos veintisiete o veintiocho años, se acerca a la pareja, al observar la excitación de Rosa y escuchar su última frase, percible por todos los que se encuentran en el hall de la Escuela.

—¿Sucedo algo? —pregunta el intruso, dirigiéndose a la pareja cuando llega a su proximidad.

—Nada, agente —dice Luis—. Somos amigos. Discutíamos de nuestras cosas.

—¿Y usted quién es? —pregunta Rosa, dirigiéndose al hombre que se interesa por ellos.

—Inspector de policía, joven —y el agente le muestra la placa que lo acredita—. Su carné. ¿Es usted estudiante?

—Soy estudianta, como ahora se dice.

—Su carné, por favor.

—¿Qué carné? Tengo media docena.

—Su carné de estudiante.

Rosa, algo excitada, busca en su bolso.

—Aquí lo tiene.

—Este carné dice que usted no pertenece a esta escuela. ¿Qué hace aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí! ¿Tengo que decírselo?

—Por favor. Está prohibido que estudiantes de otros centros visiten los que no les corresponden sin causa justificada.

—¿Y si no se lo digo?

El intruso vuelve a mirar el carné de Rosa y luego la mira sonriente.

—La invitaría amablemente a marcharse. Y eso porque me está cayendo usted simpática, si no...

—Vengo a buscar a mi novio, si eso es una causa justificada para usted.

—Este joven ha dicho que son amigos...

—Este no es mi novio. Somos amigos, efectivamente.

—A los amigos no se les dice eso que usted le dijo.

—¿Sabe usted lo que le digo?

—Cuidado con lo que dice, joven.

—Lo tengo bien pensado. Que esto, la gente, usted incluido, todos huelen mal y deberían cambiarse los pañales.

Luis se ha ido discretamente alejando del grupo que forman, intentando que no se le involucre en la airada posición que Rosa mantiene con el intruso.

—Desde luego ese no puede ser su novio —dice el intruso, que observa la retirada del otro joven.

—Porque es un “cagao”, por eso no puede ser mi novio.

—Está bien, joven. Le voy a permitir que busque a su novio como causa justificada. Su novio debe ser todo un hombre, como corresponde a una gran mujer. Es usted muy joven y muy guapa...

—¿Ahora intenta ligar conmigo?

—No, no. Estoy de servicio. En otra ocasión no digo que no lo intentara.

—No me gustan los “cagaos”.

—Yo no soy un “cagao”, como usted dice. Ya le dije que me cae usted simpática, pero no me lo ponga difícil. Este es mi trabajo y trato de cumplirlo lo mejor que puedo, como usted hará con el suyo cuando se incorpore al mundo productivo. Y ¿sabe lo que le digo?, que me gustaría tener una hija como usted; sí, me gustaría. Busque a su novio y si lo encuentra y tienen que hablar, le ruego salgan de la escuela. ¿Me ha comprendido todo lo que le he dicho?

Rosa cambia de semblante. Lo dulcifica. Mira a aquel hombre que ahora le empieza a caer bien.

—Le he comprendido. No le daré más problemas. Y perdone algunas expresiones.

—Perdonada. Puede irse —y le entrega el carné, que Rosa toma sin dejar de mirarle a los ojos.

El intruso, algo turbado, se vuelve y camina hacia un rincón del hall.

Rosa se arrepiente de haber ofendido en su orgullo personal a aquel hombre que sólo cumple con su obligación. A continuación busca con la vista a Luis y ya no lo encuentra. Lo prefiere.

Rosa ya no se para con nadie y se limita a saludar a algún estudiante con el que se cruza y que conoce por ser compañero de su novio. Su esquema global de considerar a los otros unos “cagaos” ha cambiado, y se promete a sí misma, en el futuro, atemperar sus juicios sobre los demás.

Rosa ha esperado unos minutos frente a la puerta del aula donde supone está su novio y que pronto tendría que salir. Efectivamente, la puerta se abre y los estudiantes comienzan a salir. Poco después sale Carlos, que queda sorprendido al ver a Rosa.

—¡Rosa! ¿Qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—No pasada nada, Carlos. Quería verte.

—Vamos —y la coge del brazo, mientras caminan por el pasillo en dirección a la escalera que les lleva al hall.

—¿Tienes alguna clase ahora?

—No. Tengo una hora libre. Pero, ¿a qué se debe esta prisa? Habíamos quedado en vernos en el comedor.

—Tenía que verte lo antes posible, eso es todo. Después de todo lo que ha pasado, no podía ni un momento más esperar hasta mediodía. Necesito hablar contigo de todo esto. ¿Tú no?

—Sí, sí, claro que sí; yo también, pero no de forma tan urgente. ¿Has faltado a clase?

—Tengo clase a las doce, pero me he saltado una. Pensé que esto era más importante.

—Tú me dirás. No acierto a comprender lo importante que es.

Cuando Carlos y Rosa alcanzan el Hall, Rosa mira al rincón donde supone está el intruso. Allí está, y su vista se cruza con la de Rosa. El intruso sonríe, luego se pone serio y fija su mirada en el joven que lleva de la mano a Rosa.

Carlos ha percibido aquel cruce de miradas entre Rosa y el intruso y, sobre todo, la sonrisa de este último.

—¿Por qué se sonríe ese mamón?

—No te preocupes; somos conocidos.

—¿Que tú conoces a ese tío?

—Vamos fuera y te lo contaré.

Carlos lanza una última mirada a aquel hombre y arrastra a Rosa tirando de su mano. Ya están fuera de la escuela. Los dos se paran un instante.

—¿A dónde vamos, Carlos? ¿Se puede ir a la cafetería? No, quizá será mejor que paseemos.

—Paseemos. La cafetería está cerrada.

—¿Cerrada? ¿Por qué?

—Por orden del rector. No quieren acumulaciones de estudiantes, salvo en las aulas.

—Sí que se lo están tomando en serio.

—¿De que conoces a ese tío?

Rosa le cuenta a Carlos lo sucedido. Carlos mide sus palabras al dirigirse a Rosa después de lo que ha escuchado.

—Te pasaste un pelín, Rosa. No todo el mundo está “cagao”, como tú dices.

—De acuerdo. Ya le pedí disculpas. ¿Cómo estás tú?

—Mujer, las tripas me dan vueltas, pero no estoy “cagao”, todavía. ¿Tú pasas de todo esto, después de lo de esta mañana? Tampoco hay que ser tan inconsciente. Las cosas están serias, raras, y a poco que se piense, el que más y el que menos tiene un poco de canguis metido en el cuerpo.

—Yo también pienso y no soy ninguna inconsciente. Pero aún no han fusilado a nadie por manifestar lo que piensa.

—No han fusilado a nadie, pero por decir lo que piensan, esta mañana, a primera hora, se han llevado a un grupo de estudiantes en un furgón celular. Y utilizaron gases paralizantes, ¿te imaginas? Eso no lo habían hecho antes con los estudiantes.

—¡Jo! Vaya formas. Eso no lo sabía. ¿Y que harán con ellos?

—Esa es la duda. Por eso todo el mundo intenta guardar las formas que ellos han impuesto. Es el instinto de supervivencia el que hace que la gente se comporte así. Pienso que el gobierno prefiere hacerlo así, a lo bruto, para que la gente se lo tome en serio desde el primer momento. Si se desmanda, luego lo tiene más difícil. Prevenir antes que curar, ese debe ser el motivo.



—Voy comprendiendo. Has mencionado la palabra supervivencia, ¿tu crees que esa palabra cuadra con la situación? ¿Esto que pasa nos ha de obligar a pensar en cuestiones como supervivencia? A mi me parece excesivo.

—Yo no sé qué pensar. En mi casa, esta mañana con el recuerdo de lo que sucedió con ese profesor y luego el comunicado del gobierno, la verdad que no nos lo tomamos en serio. Mi padre pensó que era un experimento del gobierno para evaluar el comportamiento de los ciudadanos, por si en alguna ocasión se veía necesitado a adoptar en serio medidas de esa naturaleza. A mi no me convenció del todo, pero tampoco tengo la certeza de que no sea algo grave.

—¿Y si fuera que las cosas van en serio y no fuera eso que tú dices de un experimento?

—Pues habrá que esperar y hacer lo que dicen.

—¿Esperar? ¿Tú te conformas con esperar?

—¿Qué se puede hacer? Se puede llorar, rezar, meterte en la cama y taparte hasta que todo pase.

—Mi hermano Anselmo no piensa como tú. Él cree que debemos pasar de inmediato a la acción.

—¿Qué acción?

—Pensar en la supervivencia. Pensé, cuando mencionaste esa palabra, que tú opinabas lo mismo.

—No es una tontería, pero yo no tengo idea de cómo se hace eso, no en estas circunstancias. Si conociera por dónde va a venir el peligro, quizá mi instinto encontraría la forma para sobrevivir ante la situación concreta. ¿Qué más dice Anselmo en relación con esto? ¿El sabe lo que hay que hacer?

—No, no la sabe aún. Él dice que debemos creer menos en lo que nos dice el gobierno y pensar por nosotros mismos.

—¿Y en qué pensamos?

—En adelantarnos a los acontecimientos previsibles. Supongamos que el gobierno sabe más de lo que nos dice. Supongamos que el gobierno tiene una empanada mental que no sabe exactamente qué hacer ante lo que nos espera, pero confía que alguien le encuentre solución o se resuelva por sí mismo. Si esto fuera así, parece lógico lo que está haciendo. No nos va a decir: «No sabemos qué hacer, que cada cual haga lo que quiera y pueda» ¿No te parece?

—Claro, eso no nos lo diría, pero ellos son personas normales, no héroes. Si así fuera, nosotros podríamos hacer lo mismo: confiar que alguien lo solucione o esperar que se solucione por sí mismo? ¿Qué podemos hacer individualmente, repito?

—Yo no sé lo que Anselmo tiene en la cabeza, pero por la forma como habla, parece que él sí encontraría qué hacer, y mejor si se intenta individualmente que colectivamente. No confía que el gobierno pueda arbitrar medios para todos.

—No me atrevería a decir que exagera, y te confieso que no había pensado en ello. ¿Qué quiere decir cuando habla de individualmente, que cada uno debe buscárselas por su cuenta?

—No. Él quiere decir que la familia, todo lo más las personas muy afines. Quiere decir que cualquier actuación en este sentido, para ser eficaz, debe quedar en ese ámbito reducido.

—¿Y yo, por ejemplo, qué soy, de la familia, una persona muy afín?

—Tu eres como yo. A donde yo vaya desearía que tú vinieras.

—¿Y tú vendrías a donde yo fuera?

—Naturalmente.

—¿Y si tuvieses que elegir entre a donde quiera ir tu familia y a donde quisiera ir yo?

—En este momento te respondo que iría a donde tú me llevases.

—Creo que te quiero besar —y Carlos atrae hacia sí a Rosa y la besa con apasionada fuerza y persistencia.

—¿Lo dudabas? —pregunta Rosa, después de reponerse.

—La pregunta era obvia, pero no sabía lo que ibas a responder. No obstante...has dicho en este momento, ¿quieres decir con eso que depende de...?

—Hombre, si me pides que me suicide contigo, a lo mejor me lo pensaba. Pero no te veo con esa intención ¿No harías tú lo mismo?

—Más vale que no hagamos metafísica de nuestro amor. Por ese camino nos encontraríamos con sorpresas que no buscamos.

—No hagamos metafísica. No quiero que pierdas clase por mí.

—¿Qué es una clase comparada contigo?

—Vuelves a la metafísica. En serio, Carlos: quiero que vayas a clase. Por cierto, ¿Qué se dice por ahí dentro?

—La gente no es muy explícita, más bien evasiva. Alguien preguntó al profesor de dinámica si se podía explicar la continua alteración que está sufriendo el mar y contestó con un rollo que nadie ha entendido. Todo para venir a decir que al no conocer las causas que producen ese movimiento continuo de las aguas, eso debería ser estudiado desde el punto de vista de la cinemática, pero que él y sus colegas de la Escuela, y por lo que se había publicado en las publicaciones especializadas, etc., esta parte de la mecánica tampoco explica el fenómeno, ya que se salta todas las leyes establecidas. En fin, nada. Como si se lo hubieses preguntado a un taxista. Eso sí, él se enrolló en la pizarra y quedó muy bien.

—Pues vaya. Bueno. Te dejo, no vayas a llegar tarde. Nos vemos en el comedor, ¿te parece?

—De acuerdo. Y no te metas en líos.

—Te lo prometo —y Rosa besa a su novio, alejándose de él, mientras se miran cogidos de la mano, hasta que ya sus brazos

extendidos no permiten seguir el contacto de sus dedos. Aún Rosa y Carlos se volvieron varias veces para mirar atrás, hasta que desaparecieron de sus vistas respectivas.

## VICENTE

Vicente, a pesar de su carácter introvertido, es un chico listo, aunque esta cualidad no la suele explicitar con hechos para demostrar ante los demás que él también está en el mundo y sabe de lo que habla. Él prefiere escuchar y, sólo alguna vez, cuando la estupidez de los demás es muy gorda, se atreve a decir: «eso es una tontería», y rara es la vez que explica por qué le parece una tontería.

Cuando Vicente llegó al colegio, aún no había sonado el timbrazo que anunciaba el comienzo de las clases. Los chicos estaban en el patio, unos jugaban con una pelota, otros intercambiaban revistas de informática o hablaban de nuevas adquisiciones para sus ordenadores. Los más pequeños simplemente esperaban en pequeños grupos o solos.

Vicente tenía más amistad con unos que con otros de su mismo curso. Entró en el patio, miró el ambiente y se dirigió a un grupo de tres en el que estaba su mejor amigo.

—Vicente —dijo uno de ellos, al advertir su llegada—, ¿has traído el juego que te presté?

—No. No me he acordado.

—Me has “fastidiado”. Iba a cambiárselo a Toni por otro.

—Te lo traigo mañana. Con esto de la tele no me he acordado.

—¿Tú has visto todo? —pregunta otro.

—Sí, con mis padres y hermanos.

—¡Vaya un follón! ¿Viste cómo se caía el profesor? —pregunta el mismo chico.

—Sí que lo vi. Yo creo que está muerto.

—¿Muerto? —pregunta Toni.

—Mi hermano dice que se lo han “cargao”.

—Yo creo que se desmayó. Yo no vi cómo lo mataban—dice el tercero de los chicos del grupo.

—Ni yo tampoco. ¿Por qué lo mataron? —pregunta Toni.

—¿Que dicen vuestros padres? —pregunta intencionadamente Vicente, que recuerda lo hablado por sus mayores.

—Los míos se quedaron hablando. A mí me mandaron que me fuera al colegio —dice uno de los chicos.

—Mi padre me dijo que me alejara de cualquier jaleo que hubiera en la calle —dice el otro chico.

—El mío dice que se está preparando algo gordo. Peor que eso que pasó hace bastantes años, que todo el mundo se quedó sin trabajo y murió mucha gente. Mis padres han llamado a mis abuelos al pueblo para que compren jamones, chorizo, harina y más cosas, y que las guarden en la bodega, por si acaso. ¿Y los tuyos? —es Toni el que habla y pregunta.

—¿Mis padres?...No. No dicen nada. Bueno, sí, que hagamos como si no pasara nada.

El timbre para entrar a clase suena en el patio. Los chicos se encaminan a la puerta de entrada. Vicente y Toni se retrasan unos pasos de los otros dos. Toni, andando al lado de Vicente, pregunta a éste:

—¿Tus padres no van a hacer nada?

—Eso es lo que han dicho.

—¿Y si pasa algo?

—No sé. Harán lo mismo que los tuyos. A lo mejor otras cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Y yo qué sé! Cosas para que no nos pase nada.

—¿Tú crees que va a haber otra gran catástrofe?

—Puede que sí, pero el gobierno hará algo.

—¿Y qué hará el gobierno?

—Hacer refugios para salvar a las personas...No tengo ni idea. Anda, date prisa.

—Yo voy a preguntarle al profesor de ciencias naturales. El tiene que saber lo que va a pasar.

—Pregunta.

Los dos chicos se incorporan a la corriente que ya sube las escaleras para entrar en sus aulas respectivas.

Vicente y Toní vuelven a pararse antes de entrar en el aula. Vicente dice a Toni:

—Mejor que le preguntes qué debemos hacer.

—De acuerdo.

Toni hizo la pregunta al profesor tal y como le había sugerido su amigo Vicente. El profesor contestó que debían hacer únicamente lo que sus padres les dijeran que hicieran. Y que no se preocuparan, que todo se arreglaría. Pero el profesor no explicó a los chicos lo que era una curiosidad general en ellos y que sus mentes elaboraban de mil formas. Los chicos no preguntaron más. El profesor, probablemente, no sabía decir más.

Vicente, cuando la jornada terminó, no se detuvo en el patio y cogió el primer autobús que le devolvía a casa.

### CAPITULO III

La escena  
(Primer acto)

Son las ocho de la tarde. En la casa ya están Diego y su hijo Vicente. Diego, después de colocar los artículos que ha comprado en sus lugares apropiados, prepara una enorme ensalada. Lo hace con esmero y le incorpora todos aquellos ingredientes que considera hacen de ella casi un plato completo. Si alguien no lo considera suficiente, tendrá que apañárselas con lo que encuentre por la despensa o el frigorífico. Lo importante es que no habrá que esperar a que llegue Clara o Rosa para que sugieran algo diferente o complementario. Tienen mucho de qué hablar. Diego piensa en su hijo Anselmo, y ya casi acepta que él será el que marque las pautas a seguir. Su confusión mental no le permite, esta vez, tomar la iniciativa en lo que concierne a la marcha de la familia, entendida ésta como célula con vida propia. Mientras tanto, en la radio suena música.

Vicente se ha ido, como siempre, a su habitación y juega con su ordenador. Sale y va a la cocina; quiere pedirle algo a su padre.

—Papá, ¿puedo conectarme con la “Mundinet”?

—¿Para qué?

—Quiero mandar un mensaje al mundo.

—¿Un mensaje? —pregunta el padre, volviéndose—. ¿Qué mensaje?



—No lo tengo pensado todavía.

—Pero sí sabrás ya sobre qué tema, ¿no?

—Claro. Quiero preguntar qué opinan de todo esto, qué se puede hacer, qué va a hacer el que conteste y su familia. Yo no he podido sacar mucho en el colegio y quiero ayudar.

—Parece buena la idea, pero mejor que esperes a tu hermano. El te dirá si se debe hacer o no.

—¿Tú no lo sabes?

—Así, de pronto, no estoy seguro. Depende de lo que hayamos podido saber entre todos. Entretanto, mientras tanto, en preparar unos cuantos mensajes. Luego lo decidiremos.

—Bueno —y Vicente vuelve a su habitación dispuesto a hacer lo que le ha dicho su padre.

Inevitablemente, Diego piensa en lo que acaba de proponerle su hijo. Piensa en los riesgos que puede entrañar mandar al mundo un mensaje de esa naturaleza, pero no encuentra ninguno concreto por el que preocuparse. Puede que muchas personas, en la intimidad de sus hogares, estén viviendo la misma o parecida experiencia que vive el suyo. Querrán compartir pensamientos, inquietudes con otros seres de remotos lugares, quizá para comprobar que no están solos ante el infortunio que se dibuja en torno a sus lugares de residencia, sus hogares o sus individuales soledades. Diego apoyará la iniciativa de su hijo Vicente.

Alguien entra en casa. Es Rosa. Desde el hall pregunta si hay alguien en casa. Su padre contesta. Vicente está ocupadísimo en escribir en un folio de papel mensajes diferentes y no contesta. Rosa pasa primero a su habitación, deja su bolso y se dirige a la cocina, donde sabe que está su padre.

—¡Hola, papá! ¿Ya has hecho la cena? ¿Cómo ha ido el día? —se acerca y le da un beso.

—¿El día? Mejor decir la noche. Todavía pienso si no habrá sido un sueño.

—¿Qué ha pasado?

—Un montón de cosas, a cual más sorprendente. ¿Quieres saberlo ya o tienes paciencia hasta que estemos todos?

—¿Pero te ha pasado algo malo a ti?

—A mi concretamente, no. Nos atañe a todos. Y tú, ¿todo ha sido normal para ti?

—Casi normal. Estuve en la facultad. El campus está tomado por la policía. Tuve algún problema con uno de ellos que estaba en la escuela de Carlos, pero era un tipo muy comprensivo y no pasó nada.

—Ten cuidado, Rosa.

—Bueno, ¿qué tienes tú que contar?

—Te lo contaré secuencialmente. Salimos juntos tu madre y yo y nos encontramos en el hall a Antonio. Acababa de escuchar que los pesqueros habían regresado de vacío a los puertos. Vamos, que no habían pescado nada. (Pon la mesa, mientras te lo cuento). Decidí tomar el coche de gasolina con la intención de llenar el depósito por lo que pudiera pasar, y me encuentro con que no se puede disponer de más de veinte litros por vehículo y día. Llego al banco y hay una enorme cola de gente esperando que se abran las puertas. Dentro me informan que sólo se puede entregar un millón por cuenta...

—No sabía nada de eso. He estado todo el tiempo en la universidad.

—Espera, aún no he terminado. También me informan de que el gobierno ha dispuesto entregar a cada ciudadano una especie de cupones para comprar los productos básicos a partir de mañana. Luego, en el centro comercial, resulta que la compra de algunos productos está restringida a una cierta cantidad, más bien escasa. Yo pensaba cargar el coche de algunos alimentos para llenar el congelador. Se me olvidaba que

tu madre me llamó al banco y ella me dio otra noticia: han levantado las restricciones sobre la natalidad planificada...

—Para, para. No soy capaz de asimilar todo lo que estás diciendo. ¿Qué diablos pasa? No acabo de comprender. Si las cosas se están poniendo tan mal, ¿qué significa eso de la libertad de engendrar? ¿No parece una contradicción?

—Así es, pero quizá no sea una contradicción, aunque no sabría a qué se debe una disposición de esa naturaleza, así, de repente.

—Lo de las restricciones sí que podría explicarse. Quizá el gobierno ha pensado que se podía generar una psicosis de pánico y todos harían lo que tú tenías intención de hacer: acaparar alimentos. ¿Cómo se te ocurrió tal cosa?

—Cuando oí lo que dijo Antonio del pescado. Fue un acto reflejo. Tu madre estuvo de acuerdo. Pero no debía ser yo sólo el que pensé en tal cosa, pues la sección de alimentación del centro estaba atestada de público, y no era hora punta las cuatro de la tarde. No sé lo que estará pasando a estas horas, máxime que es viernes.

—Pues eso debe ser.

—Sí, pero no olvides que en los últimos días ya no se puede encontrar leche del día y los huevos escasean. Puede que no sea por lo que tú dices y sí por alguna otra razón que se me escapa. Como no dan explicaciones de nada...

—Pues con media docena de cosas curiosas que nos traigan mamá y Anselmo, ya tenemos en qué pensar toda la noche. ¿Y Vicente?

—Está en su habitación.

—¿Qué ha contado él?

—Nada. Creo que ha tenido una buena idea, pero vamos a esperar a que lleguen mamá y Anselmo.

—¿De qué se trata?

—De mandar un mensaje al mundo, vía “Mundinet”, preguntando cómo anda la gente por ahí y qué hacen.

—Sí que es buena idea. Pero como la gente esté tan asustada como por aquí, me temo que no haya respuestas. Se puede intentar. Mamá y Anselmo deben estar a punto de llegar.

—Eso espero.

Padre e hija siguen terminando de preparar la mesa. Antes de que den las nueve, se oye que la puerta de entrada principal se abre, y Clara y Anselmo entran. Casualmente se han encontrado en el autobús que les deja cerca de casa. Clara, después de comprobar que el resto de su familia ha llegado y decirles que se va a cambiar, se va a la habitación conyugal. Anselmo se va directamente a la suya.

Pronto se reúnen todos, excepto Anselmo, en la amplia cocina-comedor. Diego ha encendido la televisión. Acaban de dar las nueve y espera las noticias. Todas las cadenas muestran el mismo anuncio: “Se informa a todos los ciudadanos de que el jefe del gobierno va a dirigirse al país en breves momentos. Permanezcan a la escucha. Gracias” Y como fondo, una música tan lenta, que hay espacios de silencio entre nota y nota. Desde luego no inspiraba nada y menos levantaba el ánimo. Los cuatro miembros de la familia presentes, miran en silencio a la pantalla, atraídos por aquel anuncio. Hasta Vicente es ya consciente de la importancia que tiene lo que el gobierno quiera decir a los ciudadanos. El anuncio se mantiene sin que, al parecer, las emisoras se atrevan a intercalar un *clip* de espera. Rosa rompe el silencio.

—Esos mamones han obligado hasta a mantener el anuncio.

—No querrán que nadie se lo pierda; me refiero a los que lleguen con retraso —dice la madre.

—Tiene que ser muy importante. Las cosas que han sucedido hoy deben ser explicadas para comprenderlas y asumirlas con buena voluntad. ¿Y Anselmo, por qué no viene? Debe ver esto —dice el padre.

—Anselmo está raro -dice la madre—. Hemos venido juntos y apenas me ha hablado. Le he preguntado qué tal y por toda respuesta me ha contestado: «mal». Creo que él tiene más información que nosotros.

— O más pesimismo —dice Rosa—. Es lo suyo.

—Vicente: vete a decirle a Anselmo que venga—dice el padre.

—Voy.

Anselmo llega a la cocina poco después, siguiendo a su hermano Vicente. Anselmo mira la pantalla, y con encolerizada voz que sorprende a todos, exclama:

—¡Apagad esa televisión, maldita sea!

—¿Qué pasa, Anselmo? —pregunta la madre, con preocupación reflejada en su rostro y expresión verbal.

—¿Por qué hemos de apagar la televisión? —pregunta el padre inquisitivo.

—Cuanto más mensajes del gobierno recibáis, más desarmados quedaréis. ¿Qué esperáis que os digan? — y Anselmo coge el mando que está encima de la mesa, pulsa un botón y la televisión se paga.

—Eso no es una justificación —dice el padre—. Somos adultos, y sólo después de saber lo que nos quieren decir, podremos juzgarlo —y el padre toma de nuevo el mando que Anselmo ha dejado sobre la mesa.

—Si enciendes esa maldita televisión, yo me voy a mi habitación —dice Anselmo, enérgico.

—Está bien. Será mejor que por lo que digas, podamos deducir que, efectivamente, tenías razón. Supongo que lo repetirán en otra ocasión. Venga, te escuchamos —dice el padre algo enfadado.

—Tenéis la mesa puesta. Será mejor que cenemos. No he probado bocado desde el desayuno, y la noche va a ser larga.

—¿Tan grave es que no podemos hablar mientras cenamos? —pregunta Rosa, que se dispone a cenar.

—Eso lo juzgaréis vosotros mismos —dice Anselmo, que se sienta y toma los cubiertos de servir.

—Dame eso —dice la madre—. Serviré yo —y lo hace a continuación.

—Me da la impresión que lo que vosotros tenéis que decir se va a quedar en lo anecdótico, ¿me equivoco?

—Las experiencias que yo he vivido no son anecdóticas, precisamente —dice el padre.

—La gravedad, aunque os parezca extraño, no está ahora en los efectos, sino en las causas. ¿Conocéis las causas?

—No, no conocemos las causas. Por eso esperábamos que el gobierno nos las explicara —dice el padre.

—Los gobiernos sólo hablan de soluciones. Es lo que ellos creen que interesa a los ciudadanos.

—Tampoco está mal, si las soluciones son buenas.

—Pero tendríamos que esperar a ver si son buenas. Según tengo entendido, en el año dos mil cinco ya hablaron de soluciones y no de las causas, porque las causas eran ellos mismos. Sus soluciones, ya lo sabemos todos, fueron tremendas. Tú y mamá lo podéis contar y habría que haberles preguntado a los abuelos qué hicieron en aquella ocasión o por qué extraña razón vosotros os salvasteis. ¿Qué contestarían, si pudiesen, esos millones de seres, pueblos enteros, etnias enteras que desaparecieron con aquellas soluciones? Que ellos eran la solución. Que fue su desaparición la solución. Pues algo así puede suceder ahora. En medicina sabemos que una recidiva es siempre más difícil de curar que la enfermedad original. Hay que cortar por lo sano, se suele decir en algunos casos y de forma coloquial. Pues si partimos de que todo esto que sucede no es otra cosa que una recidiva de un cuerpo enfermo que es la Tierra, el gobierno, aun sin saberlo, ya tiene la solución: se extirpará la zona gangrenada cortando por lo sano.

—¿La Tierra? ¿Quieres decir el planeta Tierra? —pregunta sorprendida Rosa.

—Bien. Ya hablaremos de eso. Cenemos, pero no porque debamos tener los estómagos llenos antes del fin del mundo —dice Anselmo, que comienza a comer—. Contadme vuestras experiencias, si queréis.

Un poco sorprendidos y en algunos con sobrecogimiento, se ponen a cenar lentamente, mientras rememoran las experiencias vividas. Clara, como si saltara un resorte en su mente, mira a su hijo Vicente y le dice:

—Tú, Vicente, luego que terminemos de cenar, te vas a tu habitación. Si quieres te quedas jugando un rato con el ordenador.

—¡Mamá! Yo quiero quedarme.

—Ya está dicho —dice la madre, más enérgica.

—Puedes mandar ese mensaje de que me hablaste y mirar si hay alguno que interese —dice el padre, intentando desviar el interés por quedarse de su hijo menor.

—¿De qué mensaje habláis? —pregunta Anselmo.

El padre explica la idea que ha tenido Vicente y pregunta a su hijo Anselmo qué le parece.

—Bueno. No es mala idea, Vicente. Si algo recibimos en respuesta, seguro que será más interesante que todo lo que nos pueda decir el gobierno. Pero no pongas en el *subject* S.O.S, por favor —dice Anselmo con una leve y forzada sonrisa.

—Ya tengo algunos mensajes escritos en un folio —dice Vicente, animado de que su hermano también encuentre buena la idea. En realidad a él le cuesta percibir la verdadera trascendencia de las palabras y muchos significados se le escapan.

—Está bien. Luego me los enseñas para ver cuál mandas —dice Anselmo, quien no ha tenido nada que decir a lo que ha dispuesto su madre. Él ni siquiera lo había pensado.

—No debes, a priori, subestimar nuestra opinión. Puede que tengamos algo que decir y tan bueno como lo que tu digas —dice Rosa, que se siente cada vez más marginada de aquel conciábulo familiar.

—No te preocupes, Rosa. Tendrás tu ocasión, pero te pido por favor que razones lo que digas, no te limites a criticar.

—¡Vaya! A ver si resulta que yo no suelo razonar cuando hablo.

—A tu edad, criticar es la categoría; razonar, la anécdota.

—Gracias, hombre. Parece que tienes bien asumido eso de los roles biológicos. Pues los escépticos como tú, cuanto razonan lo convierten en categoría que no les sale del culo.

—¡Basta, Rosa! No empecéis. Y cuida tus expresiones —dice el padre, que se siente en la obligación, más que por convicción, por atajar aquel enfrentamiento dialéctico.

—Tiene razón Rosa —dice Anselmo—. Y eso es lo triste de los tiempos que vivimos. A esos roles se reduce todo lo que la evolución de la humanidad ha podido alcanzar. Estamos compuestos de ingenuos, que no cuentan; críticos, a los que con un tirón de orejas, si se ponen pesados, se les calla; escépticos, que como tu dices, nos lo dejamos dentro a la espera de que los hechos nos den la razón; conformistas, que trabajan y punto, y, por último, la basura de la que aún no hemos sabido cómo desprendernos. Así es la realidad, Rosa, y no le des más vueltas. Bonitos aquellos tiempos en que los críticos y los escépticos se unían, se les llamaba utópicos y de ellos surgían las revoluciones creadoras. Eso ya es historia, Rosa.

Todos se quedan en silencio cuando Anselmo ha terminado de hablar. Mastican despacio, como si sus mentes estuvieran muy ocupadas en digerir el pensamiento en voz alta de Anselmo, y el acto de



comer se hubiese quedado sólo en un acto reflejo. Allí había una coincidencia de pensamientos, con diferentes efectos dolorosos en cada uno de ellos.

—Antes hablabas, creo haber entendido, de que la Tierra estaba enferma. Dime una cosa, porque no puedo aguantar hasta que termines de cenar: ¿Tiene cura su enfermedad? Incluso los escépticos no tienen por qué ser apocalípticos, siempre.

—Así es, hermana. Pero alguna vez lo son. Lo que sucede en estos casos es que esperamos que los hechos no nos den la razón; una debilidad humana, como cualquier otra.

—Luego vas de apocalíptico y esperas que no llegue a tanto, ¿no? ¿Cómo se come eso?

—Tú lo has dicho. Con una precisión que me permite digerirlo: que no lo sea para mí.

Los padres comen. De vez en cuando, una frase le hace levantar la vista del plato, pero escuchan y no encuentran argumentos propios. Vicente no entiende nada. Ha terminado de comer y está pensando en irse a su ordenador. Es éste el que rompe el ya largo silencio.

—Yo me voy a mandar el mensaje.

—Tráeme las muestras que has escrito —le dice Anselmo.

—Supongo que cuando has dicho “para tí”, también nos incluyes a nosotros —dice Rosa.

—Claro. ¿Qué habías entendido?

—No había entendido, por eso lo pregunto.

—No lo has preguntado; lo has supuesto y lo has supuesto bien.

—Quizá me faltó la entonación.

—Eres una cínica y me estoy cansando.

—Pues tírame de las orejas y me callaré, como tú dices.

—Repito, por última vez, que no os peleéis —dice el padre, sin ser enérgico, ya que su expresión obedece más a la necesidad de intervenir.

—No nos peleamos, papá; son nuestros respectivos papeles en esta escena. Y bien, ¿qué habéis visto u oído por ahí?

Cada uno cuenta sus experiencias. Es el padre el primero. Anselmo escucha sin aparentar ninguna sorpresa. Cuando todos han terminado, el padre dice le dice a su hijo:

—No pareces sorprendido. ¿Conocías todo lo que hemos contado?

—Unas cosas sí y otras no. Lo de los cupones, por ejemplo, no lo conocía. Tú, Rosa, no parece que hayas estado muy espabilada.

—Para eso tengo un hermano tan listo.

—Bueno, bueno —interrumpe el padre—. Estamos esperando tu opinión de la situación.

—¿Por qué no nos vamos al salón? —sugiere la madre—; estaremos más cómodos.

—Hablar de comodidad me parece una ironía, pero, sí, vamos —dice Anselmo.

—¿No recogemos la mesa? —pregunta Rosa.

—Deja todo eso, mañana es sábado y hay tiempo —indica la madre—. Con lo que has contado tú, Diego, ya no sé en dónde estoy, qué hago y qué pensar. Y encima faltas tú, Anselmo. Espero que nos des algo más de esperanza.

—Bonita palabra, esperanza. No, no creo que yo os pueda dar esperanza. La esperanza es algo a lo que se aferran las personas ante el infortunio. De mí no esperéis eso. No seré yo el gobierno o el dios chiquitito de esta familia en la que depositéis vuestra esperanza, porque no quiero cargar con la cruel responsabilidad de veros inermes, mientras yo muero. Bien, vamos ya.

Todos se levantan en silencio después de las últimas palabras de Tomas, que golpean sus mentes como ante una mala sentencia esperada.

Diego se lleva consigo los periódicos que compró en el centro comercial. Quizá valga la pena echarles un vistazo, aunque ve tanta firmeza en su hijo Anselmo, que ya ni se acuerda de que ha quedado algo pendiente: el mensaje del gobierno abortado por decisión de su hijo. Camina delante sumido en una preocupación sin alternativas. Pero, admitiendo que es así, está persuadido que él tendrá que tomar las decisiones últimas, como padre de familia.

Clara se muestra más nerviosa, y no se le ocurre otra cosa que coger una caja de bombones y llevarla para el salón; quizá espera que el placer de comerlos haga que las cosas se vean de otra manera.

Rosa piensa que allí falta alguien: su novio, y no admite mentalmente que él no participe de algo que tenga que ver con su propia vida.

Vicente llega cuando todos se dirigen al salón y muestra a su hermano el folio con cuatro o cinco mensajes. Anselmo los lee en silencio, se sonríe y dice a su hermano pequeño.

—Muy buenos todos. Este es el que más me gusta.

—¿Qué ha puesto? — pregunta Rosa.

—«Somos una familia. Estamos preocupados con lo que está sucediendo en la Tierra. ¿Lo estáis igualmente vosotros? ¿Qué pensáis hacer? Nosotros lo estamos pensando, pero aún no hemos decidido nada» —lee en voz alta Anselmo—. No creo que nadie conteste, pero por intentarlo... Mira si hay algo en “Mundinet y busca por las otras redes. Si ves que algo se refiere a este asunto, imprímelo y nos lo pasas.

Vicente se siente satisfecho de la misión que le encomienda su hermano mayor y se va dispuesto a escudriñar tantos *forums* como le sea posible.

El resto de la familia toma asiento en los sillones del salón. Todos miran a Anselmo, invitándole con sus miradas expectantes a que diga de una vez lo que tenga que decir. Es el padre el que, ante el silencio de Anselmo, le urge a que hable.

—¿Quieres decir algo, Anselmo? Te escuchamos.

—Muy bien —dice Anselmo, que ha estado abstraído mirando uno de los cuadros del salón y ahora se vuelve y mira a su familia—. Antes quiero hacerte unas preguntas, papá.

—¿Qué preguntas?

—Supongamos que no sólo mantengo mi opinión de que lo que hay que hacer es buscar por nuestros propios medios nuestra propia supervivencia, sino que, ahora que conozco otros hechos, me reafirmo y exijo que así sea, ¿qué dirías a ello?

—Tú no puedes exigirnos nada, Anselmo. Soy tu padre y has comenzado mal, muy mal, tus planteamientos. Seré yo el que, finalmente, juzgue si tus conclusiones y las soluciones que te parezcan convenientes son las más acertadas y procede ponerlas en práctica. Así se ha hecho siempre en esta casa.

—Es que ahora no es siempre, papá. No puedo dejar que mi oportunidad se malogre por una cuestión de competencias paterno filiales. Ante una situación así, no es cuestión de criterios jerárquicos. Si así fuese, todos deberíamos escuchar a esos sumos sacerdotes del gobierno y hacer lo que nos piden. Mamá, yo, Rosa, Javier menos pero también, estamos haciendo siempre cosas para las que no te pedimos tu previa aprobación y consentimiento. Son cosas que pertenecen a nuestro derecho como individuos. Si en esta ocasión, muy especialmente, todos y cada uno de nosotros tiene el derecho como individuo a tomar una decisión libre, no puede renunciar por cuestiones previas de procedimiento a que su decisión sea la que finalmente se tome.

—¿Y por qué vamos nosotros a estar obligados a secundar tus soluciones? —pregunta Rosa.

—Un momento, Rosa —interrumpe el padre—. Si no te he entendido mal, lo que intentas decir es que tú expones tu idea y a continuación pretendes preguntarnos si la tomamos o la dejamos, ¿es así?

—Así es. Y ya quiero responder a Rosa, con lo cual mi posición quedará completamente aclarada. No, no estaréis obligados a tomarla.

—¿Tú sabes bien lo que estás diciendo? —pregunta la madre con estupor reflejado en su rostro.

El padre mira al suelo con los dedos de sus manos entrelazados que en rítmicos impulsos se aprietan y aflojan.

—Claro que sí, mamá. Voy a ponerlos unos ejemplos para que veáis que mi postura no es nada peculiar. Tú, Rosa: ¿qué harías si todos los demás te planteamos que tenemos que dejar la ciudad cuanto antes e irnos muy lejos y quizá por mucho tiempo?

—¿Y Carlos?

—¿Qué quieres decir con Carlos?

—Que si vendría él.

—Eso tendrías que preguntárselo a él, en primer lugar. En segundo lugar, tendríamos que evaluar si nos conviene o no que venga. En tercer lugar, creo que él forma parte de otra célula familiar con la que, supuestamente, tiene compromisos. Supón lo contrario, que es su familia la que toma otro tipo de iniciativa y Carlos, supongamos también, te pide que vayas con él y su familia, ¿qué harías?

—Eres un liante —responde Rosa con enojo—. Di lo que tengas que decir y déjate de palabrerías. Somos mayorcitos para juzgar por nosotros mismos.

—¡Exacto! Tú lo has dicho, joven. Eso es en síntesis lo que quería decir. Y si no sabes qué contestar, déjate de poses.

—Entonces no tenemos otra alternativa que seguirte o nos dejas, ¿es así.? —dice el padre con voz grave, a punto de ahogarse.

La madre se pasa una mano por las mejillas para llevarse con ella una primera lágrima.

—Sería así, papá —dice Anselmo con el tono de voz firme.

—Te quiero comprender, pero me cuesta. Porque, y tienes razón, ninguno de nosotros sabemos lo que haríamos, finalmente. Yo sí sé que moriría por vosotros ante una adversidad que me diera esa oportunidad. Pero no alcanzo a valorar esa adversidad y, aunque tu nos cuentes algo terrible, no te puedo garantizar que acepte tus soluciones. Sí te puedo prometer mi mejor disposición a pensar todos juntos y llegar a un consenso, pero no me pidas más. Sé cuál es mi situación biológica y puede que el conformismo no sea la mejor de las disposiciones para enfrentarse con una realidad como la que parece pretendes presentarnos, pero cuento con la experiencia que me dan los años y quizá sea el único bagaje positivo que puedo invocar. Es a esa experiencia a la que apelo, y no a ningún tipo de jerarquía.

—Lamentablemente, papá, tampoco vale la experiencia en esta situación. De nada sirve la experiencia de todos los mayores como tú, ni de los sabios u hombres de ciencia en general. Ya sabes lo que han dicho. Ellos, por creer en algo, creen en la solidaridad, y apelan a ella lavándose las manos. Estoy seguro de que cada uno de ellos tiene su estrategia pensada para salvarse y salvar a sus seres queridos. La solidaridad no se pide, es espontánea y surge del individuo como un sentimiento. El gobierno habla y seguirá hablando de solidaridad, pidiéndola o imponiéndola, pero nadie pensará qué eso es lo que debe hacer. Cuando la adversidad se cebe en los hombres, surgirán solidarios, héroes, suicidas, pero habrá que esperar a que se dé esa situación para comprobar qué clase de sentimientos surgen de nosotros. Yo no siento la solidaridad más que con vosotros, porque soy consciente del peligro que

corremos, pero no me siento héroe todavía para poner en riesgo mi vida protegiendo las vuestras con mi cuerpo. Si esa situación llegase, no sé si sería un héroe, por eso las palabras grandilocuentes carecen de significado y valor. Yo os digo: esto es en lo que creo; esto es lo que quiero hacer por mí y por vosotros. Pero también digo que no haré otra cosa en razón, y a priori, de una postura basada en cualquiera de esas palabras grandilocuentes.

—¿Por qué nos dices ya lo que piensas, hijo? —pregunta la madre, a punto de romper en sollozos.

—Sí, ¿por qué no hablas claro de una maldita vez? —añade Rosa.

—No, no. Creo que debemos intentar llegar a un acuerdo previo con Anselmo —dice el padre—. Si no estamos seguros todos, y digo todos, de estar dispuestos a hacer lo que Anselmo nos proponga, es mejor que no nos diga nada.

—Pues yo no estoy de acuerdo en dar mi conformidad así como así —dice Rosa—. Quiero saber, y ya, si cuenta con Carlos. Por cierto, ¿cuál es la disposición de Sandra? ¿Cuál es la tuya para con ella? Eso si nos lo puedes decir, al margen de nuestra situación familiar.

—Eso es lo que me ha hecho plantearos la situación de esta forma. Yo contaba con ella; ella no cuenta conmigo.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar Rosa.

—Por la misma razón por la que vosotros os resistís. Quiere tener su propio criterio y no se olvida de su familia.

—Y...¿la has dejado?

—Ella tenía que elegir y yo también.

—Es a eso a lo que tu llamas solidaridad, solidaridad con nosotros, y al amor que lo borren del diccionario.

—Ahora eres tu la palabarrera, Rosa. Dime tú qué hubieses hecho.

Rosa calla. Parece pensar. Mira a sus padres que están pendientes de ella y contesta.

—No lo sé...Tendría que tenerlo muy claro.

—¿Te refieres a las circunstancias?

—Sí.

—Me das la razón, entonces. Sin las circunstancias, nadie puede estar seguro de cuál de esas grandilocuentes palabras es un exponente que señale y fuerce su comportamiento.

—Lo que tu llamas circunstancias, puede que no sean otra cosa que elucubraciones. ¿Por qué tenemos que aceptar tus reflexiones?

—Ya dije que no tenéis que aceptarlas.

—¿Y qué harías si no las aceptamos?

—Hermana. Mis reflexiones finales no las conoceréis, salvo que confiéis en mi.

—No entiendo. ¿Cuál es la razón que nos impide conocerlas? Temes que te copiemos la patente?

—No digas tonteras, Rosa. Si lo hago así, es para forzaros a que las aceptéis. Si os las expongo y luego cada uno opina una cosa, como, a buen seguro, vas a opinar tú, seréis vosotros los que me abandonaréis y no yo a vosotros. Y eso no quiero que ocurra. Y lo digo especialmente por ti, que, de todos, es a la que más temo. Tú, y sólo tú, puedes dar al traste con mi proyecto y, consiguientemente, con el de todos.

—Claro, yo soy la oveja negra de la familia.

—No es eso,Rosa. Lo que pasa contigo es que, a tu edad y siendo consecuente, el amor supone para ti una fuerza que te impulsa, mientras que para nosotros ya es un plácido remanso, una palabra grandilocuente.

—Entonces, ¿qué esperabas? Ya tenías la respuesta de antemano.

—No, no la tenía. Tú me la has dado.



Rosa baja la cabeza y su larga cabellera cae como un telón sobre su cara. No se le ven los ojos, pero, probablemente, está llorando.

El salón se queda mudo. Ya nadie tiene preguntas que hacer, a nadie le importa romper el silencio.

Qué difícil resulta al pensamiento hacerse palabra cuando todo el ser se ahoga en el sentimiento que no encuentra fácil acomodo en el ambiente...

Es el padre que se ahoga porque ha de decidir ante sus dos hijos el ser o no ser de uno de ellos. Es la madre que se ahoga ante el infortunio que sólo una madre es capaz de intuir para todos. Y son dos hermanos que se ahogan de nobleza, porque sólo hay lugar para el instinto.

Vicente entra en el salón y observa el abatimiento de su familia. Él pone voz a una escena que pide se baje el telón.

—¿Qué os pasa? Ya tengo un mensaje...

—¿Un mensaje? —pregunta la madre, al tiempo que se pasa las dos manos con furia por las mejillas—. ¿Qué mensaje, hijo?

—¿Por qué estáis todos así? —vuelve a preguntar Vicente.

—No te preocupes, hijo. Es que tenemos que decidir algo importante y estábamos pensando.

—Mamá, tú estabas llorando.

—No. Sólo emocionada.

—¿Qué dice el mensaje? —pregunta Anselmo—. ¿Es importante?

—No lo entiendo muy bien. Toma.

Anselmo coge el folio que le ofrece Vicente.

—Está en inglés. Un momento que le coja el sentido —y Anselmo lee para él. Su cara se ensombrece y sus ojos se quedan perdidos en aquel folio.

—¿Qué dice? —pregunta el padre.

Anselmo arruga con sus manos el folio de papel y pide a toda su capacidad de actuación una respuesta de fingimiento.

—Nada importante. Alguien que también está preocupado.

—¿Pero qué dice, exactamente? —pregunta la madre, interesada en compartir su preocupación con ese ser desconocido.

Anselmo estira el papel arrugado y lo mira de nuevo. Después de unos segundos con la vista fija en el folio, dice.

— Dice que... los animales en su país se están comportando de forma extraña y que si en otros lugares pasa lo mismo —y Anselmo vuelve a arrugar el papel.

—¿Sólo eso? —pregunta el padre, que reacciona finalmente y se incorpora al interés de su esposa—. ¿No dice en qué consiste ese extraño comportamiento?

—No. No lo dice —responde Anselmo.

—Dice más cosas —interviene Vicente, que no comprende por qué su hermano es tan lacónico—. El mensaje dice algo sobre lo que hacen los animales, eso sí lo he entendido yo.

—Dame ese papel —dice Rosa, que ha creído comprender la razón por la que su hermano ha sido tan poco explícito—Yo lo leeré.

—Mejor que no lo hagas, Rosa —dice Anselmo, que rehusa entregarle el papel.

—Escucha, hermano: tú nos puedes negar tu información por vete a saber qué motivos, que yo, desde luego, no entiendo, pero no puedes impedir que podamos enterarnos por otros medios. Así que, o me das el papel, o me voy a mi ordenador y saco otra copia.

—Tengo el mensaje en el *filing cabinet*, — dice inocentemente Vicente.

—¿Qué dices? —pregunta Rosa, impaciente.

—Como quieras. Toma, pero léelo antes para ti misma.

—¿Puedo saber por qué tanto misterio? —pregunta el padre, un tanto enérgico y con expresión severa —. ¿Qué significa eso de leerlo antes para ti misma?

—Papa, no te enfades. Quiero comprobar la reacción de Rosa, cuando ella misma descubre algo importante. Después lo sabréis vosotros.

Rosa está leyendo con sus ojos anormalmente abiertos y acompañados del vaivén de su cabeza, atada a los renglones del mensaje. Termina de leer, retira el folio de su campo de visión y se queda con la mirada perdida en el suelo por unos instantes, luego, levanta la vista lentamente y mira a su hermano Anselmo como si, de repente, toda la luz que le faltaba la estuviese recibiendo de su hermano.

El padre, impaciente, requiere a Rosa.

—Vamos, Rosa, dínos de una vez qué dice el mensaje.

—Es tan extraordinario que... que me parece un cuento chino. ¡Cómo van a estar haciendo eso los animales de aquel país! Este tío está de guasa...

—¿Quieres leer de una maldita vez? —pregunta el padre, levantándose de su asiento.

—Tranquilo, papa. Ya leo. Dice...Nuestros animales: mamíferos, aves, peces...que viven en estado de libertad...parecen haber perdido el sentido de la orientación y...hacen cosas extrañas....Los domésticos están...inquietos y... no parecen querer la convivencia con los seres humanos...

—¿Eso es todo? —pregunta la madre.

Anselmo se muestra relajado. Mira a su hermano Vicente y este capta el mensaje que le envía su hermano con la mirada. Su inglés es lo suficiente bueno como para deducir que sus hermanos, por alguna razón, no dicen todo lo que pone el mensaje, y opta por no intervenir.

—Y que sus pescadores no encuentran pescado. Eso más o menos. Como el papel está muy arrugado, cuesta algo leer algunas palabras —termina Rosa, que vuelve a interrogar con su mirada a Anselmo.

Anselmo está satisfecho. Se ha establecido un primer atisbo de complicidad entre su hermana y él. Pero, ahora, a Anselmo le impacienta el no saber si su hermana adoptará una postura diferente y en qué sentido.

—¿Sabías todo eso, Anselmo? —pregunta el padre, a medias satisfecho de lo que ha contado su hija—. Ya sabíamos lo del pescado, pero lo otro...

—Yo ya lo sabía —contesta Anselmo, y busca la mirada de su hermana, luego se vuelve hacia su hermano pequeño—. Vicente: has hecho un buen trabajo, sigue así y mira si contestan a tu mensaje.

Vicente, mira a su hermana como esperando que ella ratifique la petición de Anselmo. Rosa asiente con la cabeza, y Vicente se va de nuevo a su habitación.

—¿Qué significado tiene todo esto, Anselmo? ¿Has podido averiguar a qué se debe ese comportamiento y si pasa lo mismo aquí?

—Los hombres de ciencia están desconcertados, pero están investigando. Sí, también aquí se ha empezado a detectar el mismo fenómeno.

—¿Y qué consecuencias trae para nosotros esa forma de comportarse los animales? —sigue preguntando el padre, que cree haber abierto un camino para que su hijo les dé las claves de lo que conoce, sin que éste se sienta traicionado a sí mismo.

—No se han evaluado todavía. La falta de algunos alimentos, como leche, huevos, el mismo pescado y otros, parece que tienen que ver con eso. Los animales cuando están irritados se sabe que producen menos.

—Una cosa es menos y otra nada — dice el padre, al que le viene a la memoria la falta de leche fresca, huevos, pescado.

—Eso habría que preguntárselo al gobierno. Y lo de los cupones, y lo del dinero...

—Quizá lo han explicado en el mensaje que no quisiste que viéramos.

—Ya tendrás ocasión, papá.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta la madre, que cree que la atmosfera se ha vuelto propicia para hablar distendida y francamente.

—Eso es volver a donde estábamos. ¿Qué crees que podemos hacer, hermana? —pregunta Anselmo, dirigiéndose a esta y mirándola a los ojos.

—No lo tengo muy claro...

—¿Y tú, papá?

—No sé... Ese mensaje...¿Podrán escasear los alimentos hasta el punto de que pasemos hambre? Pero el gobierno ha dado vía libre a la natalidad, ¿no sería eso un contrasentido?.

—Quizá no piensen en la escasez de los alimentos y sí en una gran mortandad por otras causas. Cuando la última gran depresión, entre la limitación voluntaria de la natalidad y los muertos que causó la hambruna, la humanidad envejeció tanto, que luego costó mucho tiempo equilibrarla —es Rosa la que aporta este análisis.

—Puede que tengas razón —dice Anselmo, que quiere dar confianza a su hermana y provocar su espíritu participativo.

—¿Y cuáles pueden ser las causas de esa gran mortandad esperada? —pregunta la madre con sentido positivo a su pregunta.

—¿Lo sabes tú? —pregunta el padre dirigiéndose a su hijo Anselmo.

—Creo que sí, aunque...

—Y...¿nos lo vas a decir?

—Por qué no. Os enteraríais, de todas formas. He estado en muchos sitios; uno de ellos ha sido en el Hospital Clínico Universitario. Allí me encontré a un amigo que terminó medicina el año pasado y está en prácticas. Me comentó algo que bien pudiera explicar esa disposición del gobierno. Resulta que están observando en los últimos días, ya desde hace un par de meses, pero más notablemente los últimos días, un descenso inexplicable en las gestaciones. No se trata de una actitud voluntaria, ya que, precisamente, son muchas las consultas de parejas sobre el porqué de no quedarse embarazada la mujer. Son parejas normales y, en principio, no debería presentar dificultad alguna. De lo que se ha podido conocer sobre las causas, sólo, e inexplicablemente, han deducido que el espermatozoide no encuentra el camino del óvulo, como sería de esperar en la fecundación natural. Se está forzando la insimulación artificial, pero esta técnica encuentra parecido obstáculo y no puede paliar la escasez de fecundaciones naturales.

—Como si el espermatozoide hubiese perdido el sentido de la orientación... —susurra la madre, algo traspuesta y pensando en el mensaje.

—Algo así.

—Y si en la fecundación artificial el espermatozoide se comporta lo mismo, ¿quiere decir que estamos ante una generación sin niños?

—De momento se producen algo así como un tercio de las fecundaciones espontáneas de las que venían siendo normales antes de todo esto y muy pocas de las artificiales, por una nueva y especial dificultad, pero se está consiguiendo aumentar esa relación con una nueva técnica de forzar la aproximación del espermatozoide, además de la habitual clonación, que ahora se ha intensificado. Para que lo entendáis, es como si se cogiera al espermatozoide y se le pusiera en contacto con el óvulo y se le dijera: por aquí, chico despistado.

En cualquier ocasión, una explicación así habría provocado las risas de alguien, o, como mínimo, alguna sonrisa. No fue así en este momento en que Anselmo se permitió una explicación cercana al buen humor. Cada cual relacionaba en sus mentes aquellas palabras llenas de significado trágico; lejos, muy lejos de provocar regocijo.

—Entonces no se trata de mortandad, sino de regeneración de la especie, o, mejor dicho, de falta de regeneración —dice Rosa, que ha estado ausente hasta este instante.

—Sí, eso sería en concreto el efecto de ese fenómeno.

—No nos afectaría gravemente, de momento —dice la madre, que no pierde esa ocasión de tomarla como asidero de esperanza.

—Dices...¿que no nos afectaría, mamá? Comprendo lo que quieres decir, pero las cosas no son tan simples; todo tiene necesariamente que estar relacionado. ¿No encontráis cierto paralelismo entre el despiste del espermatozoide y el de los animales esos del mensaje?

—Así parece, Tomas —dice el padre—. ¿Y qué consecuencias tiene todo eso como fenómeno general?

—Si se confirma, se generaliza y persiste, eso significa la destrucción del mundo de los seres vivos sobre la Tierra —dice Anselmo, con la seguridad que le da la convicción profunda surgida del análisis de todo lo que que conoce. Pero... Anselmo se da cuenta que nunca debió pronunciar esa última frase. Tendría que seguir explicando en qué basaba una afirmación de esa naturaleza, y eso no era su propósito. Cuando pretende remediarlo, su padre le interrumpe.

—Bueno —dice el padre—. Eso llevaría mucho tiempo y el hombre ha sabido encontrar las soluciones.

—No digas eso papá —interviene Rosa—. Aparca tu egoísmo personal por un momento y date cuenta de lo que has dicho. Crees estar al margen de esa contingencia, pero ¿has tenido en cuenta la inmediata y

cruel situación que les plantea a muchos seres humanos? Hambre y muerte. Frustración como seres vivos; seremos como máquinas puestas en la Tierra con un destino final en forma de chatarra, ni siquiera reciclable. La vida en la Tierra habrá de ser considerada un fenómeno finito, de una duración que las matemáticas pueden fijar sin necesidad de fórmulas complejas.

—No he querido trivializar el problema —dice el padre avergonzado—. Pero estábamos preocupados por esta familia, y si eso es todo, si somos sinceros, creo que debemos partir de la convicción de que nuestra situación no es dramática y podremos hacer frente a ella sin arbitrar eso que tu hermano llamaba, creo, técnicas de supervivencia. Creo que el gobierno lo tiene más claro que nosotros y lo que intenta decirnos es que si nos deja caer en el pesimismo apocalíptico, nos convertiríamos poco menos que en fieras sanguinarias, todos contra todos con un solo objetivo: salvarnos por nuestra propia cuenta. Yo mismo ya he reaccionado en esa dirección, cuando esta tarde quise acaparar alimentos, sin preocuparme de los que no tuvieran tan feliz idea o no pudieran hacerlo por falta de medios. Y eso para empezar. Con esa dinámica, mañana, pasado mañana, sin los métodos correctores del comportamiento humano que está imponiendo el gobierno, no puedo asegurar que no saliera a la calle pisando por encima de mis semejantes.

Todos callan. Tratan de asimilar el significado de tantos conceptos como el sentido común quiera admitir. Pero Anselmo lo tiene más claro ahora. La valoración que le merecen las palabras de su padre es absolutamente negativa, determinante para él. Ya no espera alcanzar ningún tipo de consenso en torno a sus inéditas propuestas. Y Anselmo toma una decisión irreversible.

—Supongo que esa es la posición que vais a seguir y que, a partir de ahora, vuestras decisiones serán en todo consecuentes con vuestra forma de ver las cosas. Ya no vale la pena que yo diga que no



estoy de acuerdo, ni que os dé mis razones de por qué lo creo así; ¿es así, papá? ¿Es así, mamá? ¿Es así, Rosa?

—Si, creo que es lo más razonable —dice el padre.

—Nos arreglaremos —dice la madre.

—Deberías admitir que lo que dice papá nos permite a todos una convivencia solidaria con todo lo que es importante para cada uno de nosotros, sin exclusiones, sin ultimátum para nadie.

—No voy a persistir. Todos habéis elegido libremente. Yo ya he elegido libremente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el padre, inquieto.

—Que me voy. Yo y mis circunstancias. Solo. No seré un obstáculo para vuestra postura ante la situación.

—¿Adónde vas a ir, hijo? —pregunta la madre, que no ha entendido bien el verdadero significado de las palabras de su hijo.

—No importa a dónde, mamá. Será muy lejos de vosotros. Pero no os preocupéis más que mi propia preocupación al dejaros. Tomarlo como una despedida natural y necesaria a mi edad. Nunca debí ponerme ante el dilema de seguirme; debí marcharme, seguro como estaba de que era imposible que aceptarais mi propuesta. A mi no me pasará nada, creo, salvo que sucediera alguna cosa de las que llamamos naturales, o un accidente. Ya no estoy tan seguro de que vosotros tengáis la misma suerte que yo espero para mí. Podéis estar seguros que lo deseo. Podéis estar seguros de que os quiero.

Padres y hermana están perplejos. Aún no han pedido paso las emociones.

—¿Quieres decir... que nos dejas? —pregunta el padre con la voz entrecortada.

—Tengo veinticuatro años. El año próximo debería dejaros, de todos modos. Sólo me adelanto unos meses.

—Pero, ¿cuando te vas? —pregunta la madre, que sigue sin comprender.

—Mañana.

—¿Mañana? —vuelve a preguntar la madre, ya alarmada.

—Debe ser mañana, mamá. Necesitaré un poco de ayuda vuestra; algo de dinero.

—Pero ¿por qué no nos dices cuáles son tus proyectos? —pregunta el padre—. ¿Vas a dejar tu carrera sin terminar?

Rosa mira al suelo. Dos pensamientos se mezclan en su mente: ¿Tendrá razón su hermano? ¿Qué debe hacer ella? El mensaje de Vicente la aproximó a las tesis de su hermano, pero nunca vislumbró lo que propondría Anselmo, finalmente. ¿Irse? Y, además, ¿muy lejos? Su hermano estaba chiflado, fue la única respuesta que encontró.

La madre está en silencio. Cabecea con la mirada puesta en el infinito, allá donde no se ve nada.

—¿Podremos estar en contacto? —pregunta Rosa muy entera y seria.

—Será difícil, pero lo intentaré. Papá, es difícil tener proyectos completamente elaborados. Dependerá mucho de las circunstancias, pero una cosa ya tengo completamente clara: me tengo que ir de aquí, de la ciudad, del país, de esta parte del mundo. Y no me preguntéis por qué. No os quiero confundir. Sé que vosotros no lo haríais y a mi no me convenceríais de lo contrario. Es mejor que lo dejemos así. Y en cuanto a mi carrera, poco importa terminarla o no en estas circunstancias. Los profesores no se sienten motivados y dudo si acabará el curso.

—¿Cuánto dinero necesitas? —pregunta el padre, rendido ante la firmeza de su hijo.

—Con tres millones tendré suficiente.

—Con ese dinero no irás muy lejos —dice el padre.

—Sólo necesito para el viaje y algún equipamiento.

—¿Estás seguro de que no nos quieres decir más?

—De verás que no. Será mejor para todos.

—No tengo ese dinero aquí. Tendré que hacer algo que no querría en el banco, pero lo haré, no te preocupes. ¿Podrás esperar a que vuelva del banco o pasarte tú por allí?

—No quiero que hagas nada en contra de tus principios. ¿Con cuánto cuentas sin necesidad de hacer nada especial?

—Unos dos millones y medio, con el millón que saqué hoy.

—¿Podrás sacar los cupones que me corresponden?

—Creo que sí. Necesitaré tu documento de identidad. Todo funciona con ese requisito.

—Bien. Te daré mi documento y utilizaréis mis cupones; yo no los voy a necesitar. Me arreglaré con dos millones; quedaos vosotros con el otro medio. Y eso porque espero que en caso de necesidad tengas menos escrúpulos y aproveches tu posición en el banco. Es tu dinero y a nadie se lo robas. No cumplir con las reglas que nos imponen no significa faltar a la ética, sólo significa no aceptar ciertas reglas.

—Yo tengo algo ahorrado —dice Rosa—. Te lo puedes llevar; ya me lo devolverás.

—Gracias, hermana. Y ahora, si no os importa, desearía irme a mi habitación; tengo que hacer algunas cosas. Dejadme el dinero en la cómoda. Puede que salga temprano.

Todos miran a Anselmo, que se levanta de su asiento y da un beso a su padre, profundamente emocionado, luego a su madre bañado su rostro en lágrimas, finalmente a su hermana, a la que se abraza, y se vuelve hacia el pasillo que le conduce muy lejos de su familia. Todos le siguen con la mirada hasta que desaparece.

Padres e hija se quedan en el salón prisioneros de su desaliento. Los desgajamientos que se producían en las familias ocasionaban a veces traumas, pero que, como el sarampión, se aceptaban como algo que

antes o después se tenía que sufrir. La propia dinámica de la vida daba lugar a esas situaciones, pero...ahora...ahora era la dinámica de la muerte la que provocaba un desgajamiento contra natura. La actitud de Anselmo no fue bien comprendida por sus padres, que hubiesen necesitado del más asimilable y, en definitiva, aceptable “ley de vida”, que se invocaba en estos casos. Anselmo iba a dar un salto en el vacío; un vacío de argumentos, vacío de razones, vacío de urgencias, vacío de significado, en suma. Pero con ser muchas las carencias de significado, a ninguno se le pasó por la mente una posible razón: el instinto de supervivencia. Anselmo, en efecto, había valorado hasta el límite sus posibilidades arrastrar a su familia a su propia suerte. Nunca abrigó la menor esperanza. Sus padres ya vivían la etapa del conformismo, de un conformismo rutinario, con base en la comodidad de una vida estable y razonablemente buena, y para las contingencias extrafamiliares, papá estado proveería. Rosa era incapaz a su edad de ser escéptica, y se movía bajo los impulsos de su propia biología: el amor, la rebeldía, un sentido crítico compulsivo y a veces histérico, eran algunos de los aspectos de su patrimonio característico. No se trataba, pues, de que ella demostrara ser más solidaria con la célula familiar, quedándose al lado de sus padres y hermano pequeño, que la que demostraba Anselmo yéndose. Desde los dos polos que se habían formado, la percepción era la misma: la familia que se quedaba, pensaba que Anselmo se equivocaba, y más concretamente, los padres temían por su hijo; Anselmo pensaba que su familia se equivocaba y su afecto le hacía temer por ellos, ¿quién podría encontrar equilibrio en esas dos percepciones, que, como fuerzas de signo opuesto, se repelen? Pero dejemos para las fuerzas esta última palabra y dispongamos que, para los seres humanos, se llame destinos opuestos que un día se ponen a caminar.

## CAPITULO IV

La escena  
(acto segundo)

Anselmo se sienta frente a su escritorio, enciende la lámpara articulada, piensa un instante y se levanta y apaga la luz de su habitación. Ya tiene la zona de trabajo perfectamente iluminada, despejada de libros. Desde su asiento está a su alcance parte de las estantería lateral que tiene a su izquierda. Anselmo mira uno de los estantes, lo enfoca con la lámpara y, después de unos segundos, extrae de él una carpeta de plástico negro. La deposita con calma frente a él y la abre. Su contenido es de cien folios aproximadamente, que Anselmo

comienza a ojear uno por uno. Contienen las copias impresas con contenidos de su interés, sacadas de su ordenador y remitidos por diversos foros a través de Mundinet y otros servicios interactivos de información mundial. No se detiene excesivamente en los folios, que van pasando como si de fotografías se tratase. Anselmo busca uno concreto, que no sabe exactamente dónde estará entre todos ellos, aunque supone que está entre los primeros, que son los recibidos recientemente. Al fin lo encuentra, lo separa del resto, cierra la carpeta y coloca el elegido encima de ella. Luego, y de otro estante, saca un libro estrecho y de gran formato y lo coloca al lado derecho de la mesa. Anselmo se queda un momento pensativo. Unos golpes tímidos en la puerta de su habitación le sacan de sus pensamientos indefinidos. Luego contesta a lo que parece una llamada.

—¡Pasa!

La puerta se abre y entra Rosa.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro, Rosa. ¿Qué quieres?

—Comentar el mensaje de Vicente.

—Lo suponía.

—¿Qué suponías?

—Que querrías hablar de ese mensaje. Tu traducción a papá y mamá me hizo pensar que te había impresionado más de lo que demostraste. Tú, especialmente, debiste decirles cuál era el verdadero contenido.

—Es que no me lo podía creer y no quise alarmar más a nuestros padres.

—No, si yo estoy de acuerdo, y eso fue lo que hice yo. Pero tú estás más con ellos que conmigo y era tu deber informarles de lo que conoces.

—Repito que no me lo creí del todo.

—Bueno, entonces ¿qué más quieres que yo te diga?  
—Tu estás convencido de que es cierto, ¿no?  
—Absolutamente convencido. Viene a confirmar otros rumores más imprecisos que he escuchado por ahí.  
—Si eso sucede por aquí, lo vamos a pasar muy mal.  
—Papá sabrá qué hacer; no os dejará sin recursos. Trabaja de director en un banco y si él no encuentra soluciones será porque no quiere. Pero, repito: él antepone su familia a cualquier otra consideración.  
—¿No me puedes decir a dónde te vas?  
—No es que no pueda, es que no quiero.  
—Eres un egoísta.  
—No digas sandeces, hermana. Sé que no me seguirías y lo tuyo es sólo curiosidad. En cuanto a papá y mamá, les causaría una preocupación añadida. Lo que yo voy a hacer os resultaría a todos muy extraño, una locura, quizá. Para hacer esto que yo voy a hacer hay que estar muy convencido, y los que me sigan, ciegos de confianza en mí.  
—¿Por qué no esperas y nos lo explicas a Carlos y a mí? Quizá estuviésemos dispuestos a seguirte.  
—¡Qué dices, Rosa! ¿Estás de broma? De modo que vosotros no habéis confiado en mí y piensas que Carlos va a estar en mejor disposición que nuestros padres y tú misma. ¿Piensas que Carlos va a decir que está de acuerdo antes de saber de qué se trata? No. No voy a prestarme a ese juego tuyo.  
—Se lo explicas antes. A ti no te importa que por saberlo Carlos y yo nos cause mayor preocupación.  
—Sí que me importa. Lo único que puedo decirte es que esa información no me puedo arriesgar a que se quede aquí.  
—Cada vez lo estás poniendo más fácil. Parece como si estuvieses escribiendo un libro de misterio.

—Sí, algo así. Como el misterio del nacimiento del hombre en la Tierra.

—Mira. No estoy para que me tomes el pelo —y Rosa hace ademán de marcharse, se vuelve cuando su hermano le dice:

—Rosa: quiero que sepas que no me resulta fácil hacer lo que hago y que he estado muchas veces pensando en dejarlo y unirme a vuestro destino, pero hay ocasiones en que crees percibir que tu destino no te pertenece ni pertenece a nadie en concreto; es como esa fuerza invisible que te arrastra hacia el abismo, sin que tu puedas disponer otra cosa que dejarte arrastrar. Y tampoco estoy cien por cien seguro de que funcionará en mi caso y no funcionará en el vuestro, pero, por alguna razón que mi razón no acaba de comprender, el porcentaje, muy superior, se inclina por lo que yo voy a hacer.

—Yo sólo espero que nos vaya bien a todos.

—Estás en tu papel, hermana. Anda, no le des más vueltas. Ahora tengo algunas cosas que hacer.

—¿Te veré mañana?

—No creo. Saldré muy pronto, y no me gustan las despedidas.

—Entonces...adiós —pronuncia Rosa, emocionada y volviéndose hacia la puerta de salida.

—Adiós...hermana —contesta Anselmo con la voz cortada.

Anselmo se queda de nuevo solo y tarda casi un minuto en salir de un ensimismamiento profundo. Poco a poco, aquel folio que tiene sobre la mesa atrae su atención y comienza a leerlo despacio. En un momento, interrumpe su lectura y abre el libro de formato grande y busca en el índice una palabra. El libro es un atlas geográfico. Hallada la palabra y su localización en el mapa correspondiente, Anselmo se queda un buen rato mirando aquel lugar señalado con un punto. Trata de poner su imaginación al servicio de un deseo: un lugar que no puede dibujar, en un lugar que imagina, eso sí, muy verde, muy frondoso, selvático. Cierra



el libro y pone a funcionar su ordenador. Elige con la vista un icono en la pantalla y con un puntero del tamaño de un bolígrafo, lo activa. Luego otro menú y otro hasta que todo está dispuesto para escribir. Según escribe, lee en la pantalla, corrige, borra frases y pone otras. Cuando cree haber terminado, relea el texto y ya no espera más: señala un lugar en la barra de menús, “*Send mesage*”, y el ordenador ejecuta la orden. Tenía la opción de ordenar todas esas funciones con su propia voz, pero Tomas prefiere el silencio que le proporciona el otro método. Es él, su íntima reflexión, y la voz sólo se utiliza para agitar el aire en ondas que llegan a los oídos a que van dirigidas; allí no había ningún oído, sólo un deseo, una voluntad y una decisión.

Cuando la orden fue ejecutada, Anselmo eligió otra palabra de la barra: *Filing Cabinet*. Una vez activado, borró todos los mensajes enviados de los que el ordenador guardaba memoria. Hizo igual con los mensajes recibidos y, después de unos segundos en los que estuvo pensando, apagó el ordenador. Volvió a releer el folio que tenía delante, lo redujo en cuatro dobleces y lo dejó encima de la mesa. Luego, con paciencia, fue partiendo en pequeños pedazos todos los demás folios que contenía la carpeta y los fue depositando en la papelera. Mientras ejecutaba esta acción mecánica, su mente se dedicaba a elaborar pensamientos en el límite donde empieza la fantasía. Anselmo se acostó como estaba, y al poco rato, su mente cansada, pidió el reposo del sueño.

Eran las seis de la mañana cuando Anselmo se despertó. Intentó dormirse de nuevo, pero no lo consiguió. Decidió, después de mirar el reloj de su mesilla, que quizá fuera mejor marcharse ya. Su familia estaría profundamente dormida. Pensó en Vicente, a quien no había visto más después de llevarles el mensaje. Quizá sus padres le había dicho que se acostara y así evitar darle explicaciones que, por otra parte, no entendería, como ellos mismos. Anselmo pensó en pasarse por su

habitación antes de marcharse y mirarlo por última vez, quizá darle un beso.

Anselmo cogió una pequeña maleta flexible y la llenó de prendas de vestido, y tal y como se había acostado, se dirigió a la puerta de salida. La abrió sigilosamente, volvió su cara atrás y recorrió con la vista todo lo que en ella había y que había constituido su pequeño e íntimo mundo. El folio doblado permanecía encima de su escritorio y esa visión le puso nervioso. Habría sido un olvido imperdonable si no se hubiese apercibido a tiempo. Este preocupante incidente le hizo quedarse más de un minuto repasando con la mente todo lo que había hecho y lo que debía hacer antes de dejar aquella habitación. Estuvo seguro de que todo, ahora, estaba correcto.

Pasó por el cuarto de baño y se lavó y peinó ligeramente, luego se dirigió de puntillas al salón. Allí, encima de la mesa, había un sobre abultado. Lo cogió sin mirar el contenido, lo metió en un bolso de su cazadora y se dirigió a la puerta de salida. Ya había cerrado tras él, cuando se acordó de su hermano Vicente. Ya era tarde. Podía despertar a otros miembros de su familia. A su hermano lo veía Anselmo sin necesidad de mirarlo. Le dijo «adiós, Vicente» con el pensamiento y se dirigió hacia el ascensor.

Anselmo se puso a andar por la ciudad con un primer objetivo: alejarse de su casa, de su familia. Había comprobado cómo la distancia con las cosas que nos atan de afecto, se van desdibujado en nuestra mente hasta convertirse en pensamientos intermitentes de afecto, pero liberándonos de sus ataduras. Y no fue especialmente diferente esta vez, aunque Anselmo, en alguna ocasión y a medida que se alejaba, se sintió atenazado por la congoja de una distancia sin retorno. La superó y siguió su marcha. La ciudad empezaba a despertarse. Las calles estaban oscuras. Las autoridades habían reducido la intensidad lumínica de las farolas a un mínimo que sólo permitía localizarlas e indicar un trayecto.

Los establecimientos comerciales aún permanecían cerrados y sus escaparates tapados con sus blindajes metálicos no complementaban la luz que la ciudad nocturna tenía a otras horas. Anselmo se dirigió a una cafetería próxima con la esperanza de que estuviera abierta y desayunar. Los servicios públicos de transporte pronto funcionarían a pleno rendimiento y le quedaba mucho tiempo para sentir urgencia.

La cafetería estaba abierta y Anselmo aceleró el paso para salir cuanto antes de aquel escenario oscuro. Algunos clientes ya estaban alineados en la barra consumiendo sus desayunos. Anselmo pensó que allí dentro reinaba la normalidad y trató en vano de leer en las mentes de aquellas gentes, que parecían estar ajenas a cualquier preocupación como la que a él le embargaba. Todos los que allí estaban rondaban la edad de sus padres; todos debían ser conformistas, porque así lo imponía su edad biológica, desnaturalizada por las normas. Anselmo ya no pensó más en ellos. Pidió un vaso de leche caliente y unas tostadas con mantequilla y mermelada. El camarero preguntó:

—¿Café con leche?

—No. He pedido un vaso de leche.

—Lo siento. No podemos servirle un vaso de leche. ¿Desea otra cosa?

—¿Por qué? —pregunta Anselmo sin acercarse mínimamente a comprender.

—Hay poca leche, y la que tenemos la utilizamos para manchar el café.

Anselmo comprendió al instante. No necesitaba preguntar más.

—Póngame un café con leche, pues.

—Enseguida.

Anselmo comenzó a sentir la urgencia de salir de aquella ciudad enferma, desahuciada de esperanza.

Tomó el metro. Tendría que hacer dos trasbordos para, finalmente, dirigirse al aeropuerto.

El avión en vuelo, y Anselmo ya estaba a solas con su destino.

En el largo vuelo supersónico de más de seis horas, Anselmo iba sentado en un asiento de ventanilla. A casi quince mil metros de altitud sobre el nivel del mar. Anselmo miraba, de vez en cuando, hacia abajo. Cuando las nubes lo permitían, La Tierra aparecía a su vista como una enorme plataforma carente de interés; las nubes en sus mil formas le parecieron a Anselmo más bellas y sugerentes.

A su lado iba sentada una joven, poco agraciada, con la que Anselmo, desde el primer momento, procuró no intimar. Para él, aquel largo tiempo de quietud obligada, le permitiría ordenar muchos de sus pensamientos. Aquella joven no le sugería nada, y por su falta de atractivo, ni siquiera se sintió atraído ante su proximidad e inevitables roces físicos. No sucedía así con la joven que, en varias ocasiones, se había dirigido a su acompañante con cortas frases de tanteo. Así habían transcurrido las dos primeras horas de vuelo, cuando las azafatas comenzaron a servir un ligera comida. La distribución del espacio, con el inevitable trasiego de bandejas y bebidas, fue aprovechado por la joven para hacer más explícito su interés por derretir el hielo del que parecía estar hecho su joven acompañante.

—Esto de comer a una hora determinada es una costumbre atávica que no he podido entender.

Era una frase larga, obviamente con un destinatario, y aunque Anselmo reflexionó al instante si no sería también costumbre atávica contestar a reflexiones de otros que nos interesan, esa reflexión debió gustarle a Anselmo, que contestó, por fin, a la joven sin mirarla.

—No es mala costumbre. A nosotros no nos sucede lo que al resto de los animales, que aprovechan cualquier oportunidad para tener sus estómagos llenos.

—¿Y qué beneficios nos reporta a los seres humanos?  
—preguntó animada la joven.

Anselmo no quiso parecer un conocedor del tema por su oficio de casi médico y pensó en alguna respuesta coherente.

—Supongo que todo gira en torno a la distribución del tiempo. Tenemos frigoríficos que esperan o restaurantes que nos permiten comer cuando lo tenemos establecido.

—Será así. Yo había pensado en que quizá de esa forma educábamos nuestro estómago.

—Puede que también sea eso. Pero esa costumbre que tu llamas atávica, está perdiendo vigencia. Ya la gente come cuando tiene hambre.

—Pues con todo este rollo que está montado ahí abajo, me parece que vamos a tener que hacer lo que hacen los animales: llenar los estómagos cuando encontremos con qué llenarlos.

Aquella observación de su joven acompañante a Anselmo le pareció más interesante que la primera. Llamaba rollo a lo que estaba pasando ahí abajo, como ella había indicado. ¿Qué quería, exactamente, decir al calificarlo de rollo? Es Anselmo el que ahora se decide, por curiosidad, a preguntar:

—¿Te parece un rollo?

—¡Vaya! Al fin parece que te interesan mis opiniones más allá de la pura cortesía.

—Perdona. ¿Por qué lo dices?

—Quizá dirás que soy una parlanchina y que no me has dado vela en tu entierro. Porque, y perdona, eso es lo que parecías en las dos horas que llevamos de viaje.

—Será que eso de ahí abajo a mí me parece algo más que un rollo y que no da ganas de hacer otra cosa que pensar.

—Bueno. Ya que parece que tus neuronas están en tiempo muerto, en un “ellas se lo guisan, ellas se lo comen”, si me permites

invadir tu intimidad mientras comemos, te contestaré a tu pregunta y todas las que me hagas. Me llamo Sofía.

—Y yo Anselmo —contesta por la inercia que le imprime su espontánea compañera.

—Anselmo, Anselmo. Un nombre poco común.

—Así se llamaba un abuelo mío.

—Casi no lo había oído. No conozco a nadie que se llame así. ¿Sabes lo que significa Anselmo?

—¿Los nombres significan algo?

—Todos los nombres que tenemos las personas significan algo. Hay todo un tratado sobre esa cuestión que se llama onomatología. Te lo digo porque lo he tenido que estudiar; soy estudiante de filología. Mi nombre significa sabiduría; viene del griego. Pero no estoy muy segura que hayan acertado conmigo. ¿Quieres saber lo que significa el tuyo? Llevo un listado en mi agenda. Siempre que conozco a alguien, miro qué significa; soy algo mitómana.

—¿Qué significa el mío? —pregunta Anselmo, que ya encuentra del todo interesante la conversación con la chica, quizá agradece la evasión que su intrascendente conversación le proporciona.

—Espera —y la joven busca en su bolso. Extrae una agenda muy sobada para pertenecer al año en curso.

Anselmo deduce que la chica es tradicional al observar que su agenda no es electrónica, o quizá son tantos los apuntes que ha ido acumulando en ese librito, que algunos pueden no ser susceptibles de ser registrados electrónicamente. Los tradicionales siguen prefiriendo el papel para inmortalizar sus pensamientos o los de los otros. Anselmo elige esta razón para aquella chica que ya le resulta agradable.

—Mira. Anselmo también tiene raíz griega, y significa protegido de los dioses. Aunque fuera sólo por eso me alegro tenerte de

compañero en esta travesía. Espero que los dioses nos protejan a todos protegiéndote a ti.

—¿Protegido de los dioses, has dicho? —pregunta Anselmo algo atónito y confuso al mismo tiempo.

—Sí, eso he dicho. ¿No te gusta?

—Sí, si, claro. Ni me lo figuraba. Tú crees de veras en eso de la mitología.

—Ni creo ni dejo de creer. Creo cuando las cosas ocurren según los designios de los dioses, y no creo cuando sucede todo lo contrario. Pero cuando ocurre el primer caso, mi imaginación me permite volar; no así en el segundo, que me queda indiferente.

—¿Te parece un rollo lo de ahí abajo? No me contestaste.

¡Ah, sí! Bueno..., es una forma de hablar. Debería haber añadido un rollo muy chungo. Pero me pasa lo que a todos: como no lo comprendo, espero a ver en qué queda.

—¿No te preocupa que estemos ante una situación límite?

—Yo las situaciones límite las establezco cuando ya me están tocando las narices. Soy poco dada a anticipar acontecimientos negativos; soy vitalista cien por cien.

—Se puede ser eso que dices, pero creo que también estás en la edad de ser escéptica.

—Nunca creí en esa clasificación que hacen de la sociedad. Quizá soy un caso raro. Uno ha de curarse de pesimismo recurriendo a cualquier cosa, como a los mitos, por ejemplo, más si, como en mi caso, tenía otros motivos para ser pesimista desde hace mucho tiempo.

Anselmo interpreta que Sofia se está refiriendo a sus escasos dones como mujer atractiva.

—Eres muy interesante —dice Anselmo con sinceridad.

—¿Lo Ves? Cuando oigo eso, inmediatamente lo relaciono con el significado de mi nombre y me reconforta. Es entonces cuando creo en los mitos.

—¿Nunca has pensado que tenemos los días contados en este mundo?

—No. Nunca. Cómo voy a pensar eso. Si pensara en eso, ¿sabes lo que pensaría?

—¿Qué pensarías?

—Que era una tía privilegiada. Ahí es nada saber que uno va a morir, pero que ya no tienes por qué aferrarte a la vida que supones queda tras de ti. Mal de muchos, consuelo de tontos, pero si en este caso son todos, el consuelo sería sublime.

—¿Y por qué no lo piensas?

—Por la razón que te decía al principio. Prefiero pensar que no serán todos y que yo estaré entre los que queden. Optimismo puro y duro, como verás.

—No está mal. ¿Y tú contribuyes personalmente a evitar a que te toque a ti?

—Naturalmente.

—¿Qué haces, si lo puedo saber?

—Nada. Absolutamente nada; ni me pongo histérica, ni corro de un lado para otro buscando la mejor sombra protectora, ni rezo, ni nada de nada, ya te digo. Paso de todo. Si nos vamos todos, fantástico, si queda alguno, yo estaré entre ellos. Ya ves que pase lo que pase conmigo no cuentan para preocuparse.

—Pero no preocuparse no es no hacer nada; mas bien yo lo llamaría inconsciencia, y con la inconsciencia no evitas o pones los medios para que a ti no te suceda lo peor.

—Esa es la cuestión. Yo no distingo entre peor o mejor. Y sí hago algo. ¿Te parece poco que con esta disposición estoy poniendo los



medios que están a mi alcance? Yo no contribuyo a que las cosas empeoren. Por ahí abajo ya son muchas las personas, instituciones, gobiernos, que están contribuyendo a que las cosas se precipiten. Si tuviera otros medios, como tu parece sugerir, los podría, pero no tengo otros medios, ¿los tienes tú?

Anselmo se queda cortado ante una pregunta que, sin querer, el mismo ha provocado. Debe contestar a aquella persona atípica que hubiese querido encontrar allí abajo.

—Desde luego, pero estoy seguro de que no te interesan, y tampoco quiero provocar en ti una inquietud. Me parece fantástica tu filosofía y no me permitiría cuestionarla con mis alternativas.

—Como quieras. Ya he oído muchas cosas diferentes y no me han afectado en absoluto.

—Probablemente mi posición al respecto también es diferente a todas las que has oído, pero yo evito siempre que se rían de mí.

—Yo no me río de las posiciones de los demás y tampoco me reiría ahora, si decidieras contármelo.

—No te reirías; harías lago peor: pedir que te cambiaran de asiento.

Sofía se ríe de buena gana ante la salida de su compañero. Anselmo se sonríe. El lo había dicho en serio y ella lo había tomado en broma. Mejor así.

—Te repito que lo mejor es no preocuparse. Si puedes, tómalo como yo.

—Creeré en eso que has dicho de mi nombre y confiaré en que los dioses me protejan.

—Eso está bien. Casi no hemos comido y ya vienen recogiendo.

—No importa. Ha valido la pena.

—¿Tienes que coger otro avión?

—Sí, ¿y tú?

—No, yo me quedo. Voy a visitar a unos familiares.

—Te cuadra el nombre, Sofía, y no es un cumplido.

—¿Lo ves? Esto que has dicho me hace volar, y no en avión, precisamente.

—Si no te importa, voy a intentar dormir un poco; me levanté muy temprano esta mañana.

—Adelante. Y que sueñes cosas bonitas.

Anselmo reclinó su asiento y cerró los ojos.« Anselmo..., Anselmo...protegido de los dioses..., los dioses te han marcado tu destino..., no estás haciendo nada diferente; estás siendo arrastrado por los dioses..» .Anselmo se durmió con estos pensamientos, y su sueño fue plácido.

Cuando Anselmo despertó, el asiento que ocupaba Sofía estaba vacío. Habría ido al servicio, pensó . Pero pasaron los minutos y Sofía no volvía. Anselmo se incorporó para otear atrás y adelante tratando de localizarla. ¿Se habría molestado por haberle propuesto que le dejara en paz, que lo que él quería era dormir? En una primera búsqueda no la encontró, pero los respaldos de los asientos no permitían ver quién se sentaba delante, sobre todo si el que se sentaba era de baja estatura, como era el caso de Sofía. Si estaba sentada en otro lugar, tenía que reconciliarse con ella. Querer dormir no había sido un pretexto, pero quizá ella lo había tomado como una excusa. Era muy sensible a esos pequeños detalles y puede que la hubiese entristecido, ofendido. Anselmo apreciaba, sinceramente, su compañía, y si la encontraba estaba dispuesto a pedírsela, ofrecérsela. No estando seguro de que su inspección había sido exhaustiva, Anselmo se dispuso a recorrer el pasillo de una punta a la otra y de adelante hacia atrás. Cuando terminó el recorrido, Anselmo se quedó pensativo. «No está...» Sorprendente. ¿Cómo podía ser eso? Entonces quiso cerciorarse por completo. Podía

estar en clase preferente. Ese tramo del pasillo no lo había hecho. Decidió preguntarle a una azafata.

—¡Por favor!

—¿Qué desea?

—¿Me puede decir dónde está la joven que se sentaba a mi lado? Me he quedado dormido y ...

—Ese asiento ha estado vacío desde que despegamos —dice la azafata, un tanto perpleja.

Anselmo se ruboriza. La azafata no podía estar gastándole una broma en complicidad con Sofía.

—Perdone. Lo habré soñado —y Anselmo cierra los ojos para ayudar a su corazón a que desacelere el ritmo que parece querer romperle el pecho. Anselmo, con los ojos abiertos de nuevo y después de comprobar que la azafata se había marchado, trata de bucear en su mente intentando comprender. Inútil. A su mente sólo acude una fantasía: los dioses, su nombre y el significado que de él Sofía le diera, el sosiego de aquella chica que parecía estar por encima de las contingencias mortales. ¿Podía haber sido un sueño? Por qué no, concluyó Anselmo. La misma realidad de lo que él creía estaba ocurriendo ahí abajo era un disparate, concebible únicamente si se trataba de un sueño. Pero ahora estaba seguro de estar despierto, y para demostrárselo a sí mismo, se preguntó por la razón de estar él en aquel avión. Metió la mano en un bolso interior de su cazadora y sacó su cartera. Entre varios documentos, Anselmo encontró el papel doblado que tendría que estar allí. Lo desdobló con temor a no encontrar lo que buscaba escrito. Con el papel desplegado, Anselmo miró primero al techo del avión y luego, lentamente, posó su vista en aquel folio. Debía estar despierto, no había duda. ¿Y todo lo demás? ¿Qué pertenecía a la realidad y qué a los sueños? La rememoración de los sueños desdibuja las experiencias vividas y, sobre todo, las personas que vienen a nuestro

encuentro. Sin embargo, la experiencia vivida con Sofía la recordaba nítida. Sofía era una persona de carne y hueso, estaba seguro, pero, ¿dónde se había metido, cuando la había conocido, que la azafata no le daba opción a fijar ese lugar en el tiempo? ¿Dónde había él relacionado alguna vez los nombres con significado alguno? ¿Podía ser un mensaje de alguna fuerza externa a él, que utilizaba su poder de forma que a Anselmo no le cupiera duda? Si tenía ocasión lo comprobaría; preguntaría o buscaría en alguna parte cuál era el significado de los nombres e, incluso...si los nombres conformaban al hombre con su destino o condición. Esto último, después de pensarlo, lo desechó por inverosímil. Pero pensó en su abuelo, que también se llamó Anselmo, y rebuscó en su memoria los recuerdos que de él tenía. ¿Había sido su abuelo un protegido de los dioses? Quizá. Fue un hombre con suerte, a pesar de que según le contaron, en muchas ocasiones jugó con ella poniéndola a prueba. Él se salvó de la ruina en la que muchos otros perecieron. Se había salvado de un infarto del que los médicos que le trataron no habían confiado. Sí, se podía decir, apelando a la fantasía, que su abuelo había sido un ser privilegiado, pero, de los dioses...

Durante el resto del tiempo que duró el primer trayecto, Anselmo no consiguió hilvanar un pensamiento coherente. Flotaba en la lujuria que producen las fantasías que nos halagan, que nos singularizan del resto de los mortales hasta el punto de sentirnos elegidos por esa diosa a la que todos adoramos: la diosa Fortuna.

Caprichos del destino que, como duende travieso, juega en torno a nosotros y algunas veces nos hace pensar que es cruel. Anselmo, ya en el aeropuerto donde debía hacer trasbordo, estuvo a punto de caer rodando en una de las enormemente largas escaleras mecánicas, que le llevaban a las profundidades donde se encontraba la rampa por la que debería, finalmente, ir al encuentro con su destino. Ese percance, lejos de devolverle a la realidad de su carne contingente, le reafirmó más y más en

que los dioses se esforzaban en hacerle comprender que Sofia no era un simple sueño. Al fin y al cabo, allí estaba, sano y salvo, para contarlo; en este caso para pensarlo.

Anselmo tomó su segundo vuelo preso de sensación de urgencia. Pensó en por qué los dioses lo sometían a la vulgar tiranía del tiempo de todo mortal y no le evitaban ese trámite de impaciencia. Anselmo pensó si no estaría entrando en el túnel tenebroso de la esquizofrenia.

Aunque el segundo y definitivo trayecto era dos tercios más corto que el primero, la duración del mismo iba a ser parecida. La aeronave era especial, de despegue y aterrizaje vertical, más pequeña y de menor velocidad de crucero. La primera gran sorpresa que tuvo Anselmo fue que viajaba solo. Ya, cuando obtuvo su tarjeta de embarque en una solitaria recepción de equipajes, Anselmo se sorprendió ligeramente de no ver a nadie ni delante ni detrás de él. Pensó si habría llegado tarde o demasiado pronto y tampoco le preguntó a una señora inescrutable que le atendió y que le pareció como si le esperara. Sintió la misma sensación de anticipación o de retraso, cuando ningún pasajero esperaba en el control de paso al túnel que le conducía directamente al vientre de la aeronave. Un empleado, igualmente serio, comprobó sus documentos y le indicó que pasara. Anselmo cruzó lentamente el túnel, tratando de que su mente no se desbocara en fantasías. Y llegó. Pero allí dentro no había nadie, y fue su gran sorpresa. Era un espacio atípico para un transporte de viajeros; unos pocos asientos, muy espaciados entre sí, cada uno con un monitor delante. ¿Qué significaba aquello? Anselmo dudó un momento en dar el paso definitivo que le dejaba dentro de la propia aeronave. Por primera vez sintió el vértigo ante lo desconocido, pero nada ni nadie estaba allí para evitar que se precipitara, y dio dos pasos al frente, heroicos e inconscientes, y se paró a que sucediera algo, a que se moviera algo, a que le dieran la bienvenida y le indicaran que se sentara, por favor, que se apretara el cinturón, que no

fumara. Nada. Miró su tarjeta de embarque; allí no indicaba número alguno de asiento. ¿Y las azafatas? Tampoco había azafatas. ¿Dónde estaba? ¿Se habrían equivocado con él, confundiéndolo con otro? Eso era improbable; habían mirado su pasaporte y verificado con insistente atención la correspondencia entre fotografía digitalizada que portaba el documento y el original que tenía delante.

Una voz surgió en aquel silencio que se cortaba. La megafonía de aquel espacio vacío retumbó.

«Siéntate, Anselmo. Puedes hacerlo en cualquiera de los asientos. Nadie mas que tú viene en este vuelo»

Anselmo miró instintivamente a su espalda. La puerta por la que había penetrado en la aeronave estaba cerrada. Primero sintió desasosiego, luego le reconfortó el pensamiento de considerarse importante, luego, o inmediatamente después, se impuso una convincente y arrojada actitud, como la de un candidato a un importante puesto de trabajo. Caminó firme hasta el asiento situado más adelante de aquel espacio para él solo. Miró el monitor que iluminó su pantalla con una luz azul tenue, sin ningún contenido. No disponía de teclado ni mando alguno que supusiese que él debiera o pudiera operar según su voluntad. Anselmo esperó a que la megafonía le llevara una voz amable, dulce, femenina, que le abriera las compuertas de la comprensión. Pasó un largo minuto hasta que el silencio se quebró con el zumbido de los propulsores. Por las ventanillas del aeronave, situadas lejos de los asientos, Anselmo pudo percibir que los edificios del exterior iban dejando ver, en secuencia continua, cómo sus estructuras se desplazaban hacia abajo, lo que significaba que la nave se elevaba en vertical. Comenzaba el viaje sin retorno. Cuando ya nada atrajo la atención de Anselmo, porque el cielo puso una cortina uniforme a la vista, se volvió hacia la pantalla del monitor, en la que, antes de mirar, había creído

percibir algún cambio. En efecto, en la pantalla apareció una especie de insólito mensaje.

DURANTE ESTE VUELO, TE VAMOS A SOMETER A UN INTENSO INTERROGATORIO. APOYA LOS BRAZOS EN LOS CORRESPONDIENTES POSABRAZOS E INTRODUCE LOS DEDOS DE CADA UNA DE TUS MANOS EN LOS CINCO TUBOS SITUADOS EN LA PARTE ANTERIOR DE LOS MISMOS.

Anselmo miró el lugar indicado y vio que, en efecto, allí había cinco tubos en cada posabrazos, que él no había advertido antes. Hizo de forma mecánica lo que en el monitor se le indicaba. Los tubos estaban dispuestos como si fuera un guante, y pensó si aún estaría soñando. No tuvo tiempo de hacerse ninguna otra reflexión; otro mensaje apareció en lugar del primero.

RELÁJATE

Anselmo hizo esfuerzos por parecer relajado. Cerró sus ojos y apoyó su cabeza sobre el respaldo. Luego miró de nuevo la pantalla.

NO ESTÁS RELAJADO, PERO SE COMPRENDE. ESTÁS EN LA PRIMERA FASE DE TU VIAJE. LO HAS ACEPTADO VOLUNTARIAMENTE, PERO NO ESPERABAS QUE FUERA TAN PRONTO, ¿ES ASÍ? CONTESTA CON TU VOZ.

Anselmo parece comprender de repente, y su mente se abre de par en par, ya sin prevención ni interrogantes. Y se dispone a contestar.

—Así es.

CONTESTA CON SÍ A TUS RESPUESTAS AFIRMATIVAS  
Y CON NO A LAS NEGATIVAS.

—De acuerdo.

NO HABLES SI NO SE TE PREGUNTA.

Anselmo iba a contestar “de acuerdo”, pero se detiene, con la expresión columpiándose en sus labios.

¿PREPARADO?

—Sí.

A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS CONTESTA CON UNA  
SOLA PALABRA. NO PODRÁS UTILIZAR LA MISMA  
PALABRA DOS VECES. DEBERÁS CONTESTAR CUANDO Y  
MIENTRAS LA PREGUNTA ESTE PARPADEANTE. TIENES  
TRES SEGUNDOS O SE ANULARA, POR EL MOMENTO.  
COMENZAMOS.

¿QUÉ TE SUGIERE HOMBRE?

—Animal —contesta rápido Anselmo, cuando la pregunta  
comienza a parpadear.

¿QUÉ TE SUGIERE ANIMAL?

—Vida.



¿QUÉ TE SUGIERE VIDA?

—Muerte

¿QUÉ TE SUGIERE MUERTE?

—Final

—¿QUÉ TE SUGIERE FINAL?

—Principio.

¿QUÉ TE SUGIERE PRINCIPIO?

—Esperanza.

¿QUÉ TE SUGIERE ESPERANZA?

—Sosiego.

¿QUÉ TE SUGIERE SOSIEGO?

—Bienestar.

¿QUÉ TE SUGIERE BIENESTAR?

—Placer

¿QUÉ TE SUGIERE PLACER?

—Sexo.

—¿QUÉ TE SUGIERE SEXO?

—Mujer

¿QUE TE SUGIERE MUJER?

—Animal.

HAS REPETIDO DOS VECES LA PALABRA ANIMAL. SE CAMBIA EL CUESTIONARIO. CINCO MINUTOS DE DESCANSO.

La pantalla volvió a su fondo iluminado en azul pastel. Anselmo sacó los dedos de sus habitáculos y cambió de postura, se estiró, agarró con sus manos el respaldo a la altura de su cabeza y pensó. Se trataba de un sicoanálisis, no tenía duda, pero —se volvió a preguntar— ¿no estaría soñando? Su capacidad de análisis a él le parecía que pertenecía a su estado de plena vigilia, pues le era posible dirigir su mente a cualquier archivo de su memoria con total coherencia. No obstante, todo aquello le parecía irreal, fantástico. Le recordaba muchas películas de ciencia ficción que había visto. Volvió a recordar a Sofia y el extraño caso en que se vio envuelto. Ahora parecía una secuencia que se encadenaba a aquella, al menos en su proyección fantástica. ¿Qué más les daba hacer acto de presencia, presentarse como amigos y conversar informalmente para darle confianza? Y sobre todo, ¿por qué con esa urgencia, ese ambiente, esa forma peculiar de conversación con la máquina? ¿Y por qué a él solo? ¿No habían encontrado a ningún otro voluntario? ¿Qué hubiese sucedido si trae a su novia, por ejemplo? De nuevo Sofia y sus

dioses protectores. Pero la pantalla pareció activarse con nuevas palabras y Anselmo desconectó sus pensamientos.

ATENCIÓN. VOLVEMOS AL CUESTIONARIO. ¿ESTÁS DISPUESTO?

—Sí —y Anselmo vuelve a apoyar los brazos e introducir los dedos de sus manos en sus cilindros respectivos. Mira atentamente a la pantalla.

CONTESTA CON UNA SOLA PALABRA LO QUE TE SUGIEREN LAS SIGUIENTES PALABRAS O EXPRESIONES. PROCURA NO UTILIZAR LA MISMA PALABRA DOS VECES O SE SUSPENDERÁ EL DIALOGO. COMO EN LA OCASIÓN ANTERIOR, RESPONDE CUANDO LA PALABRA O EXPRESIÓN PARPADEEN. TIENES TRES SEGUNDOS. COMENZAMOS.

¿QUÉ TE SUGIERE MUJER?

—Amor.

¿QUE TE SUGIERE AMOR?

—Sentimiento.

—¿QUÉ TE SUGIERE ALMA?

—Pensamiento

—¿QUÉ TE SUGIERE PENSAMIENTO?

—Relatividad.

—¿QUÉ TE SUGIERE INMORTALIDAD?

—Sueños

—¿QUE TE SUGIERE SUEÑOS?

—Realidad.

—¿QUÉ TE SUGIERE PECADO?

—Ley.

—¿QUÉ TE SUGIERE LEY?

—Castigo.

¿QUÉ TE SUGIERE OPINIÓN?

—Persuasión.

¿QUÉ TE SUGIERE PERSUASIÓN?

—Inducción

¿QUÉ TE SUGIERE DIOS?

—Dioses.

¿QUÉ TE SUGIERE DIOSES?

—Protección.

¿QUÉ TE SUGIERE PROTECCIÓN?

—Elegido.

ELIGE ENTRE LOS SIGUIENTES GRUPOS DE TRES  
PALABRAS LA QUE TE PAREZCA MÁS SUGERENTE:  
UNO, VARIOS, NINGUNO.

—Uno.

SOLEDAD, PAREJA, MULTITUD.

—Soledad.

PRESENTE, PASADO, FUTURO.

—Futuro.

CALIDAD, CANTIDAD, BELLEZA.

—Calidad.

CAMBIO, PROGRESO, EVOLUCIÓN.

—¿...?

FUERA DE TIEMPO. SE INICIA UN DESCANSO DE CINCO MINUTOS.

Anselmo agradeció el tiempo muerto que le daban. Nunca se había sometido a un test así. Era extremadamente estresante. Se preguntaba qué trataban de evaluar, si esa evaluación era positiva y, en definitiva, para qué podía servir. Trató de analizar lo que hasta el momento sabía de aquel “Proyecto” y encontrar algún tipo de correspondencia con lo que le estaba pasando. No encontró ninguna, salvo que su aceptación debería ser sin condiciones, sin hacer preguntas. Podría rehusar seguir adelante en la primera fase, luego sería imposible. Estaba en la primera fase, así que si aquello terminaba por no gustarle, gritaría que parasen y que le devolvieran al lugar de origen de ese viaje surrealista. Pero ya habían sucedido suficientes cosas surrealistas y, al menos, allí estaba la única posibilidad de supervivencia que había vislumbrado. Si estaba soñando o estaba muerto, con una nueva dimensión de la realidad, aún no lo tenía claro, pero aquello no constituía una pesadilla, bien al contrario, se sentía objeto de un privilegio especial que, aunque no lo comprendía, le halagaba. Todo aquel montaje para él solo. Era como una obra de teatro en la que sólo él interpretaba. Cualquier actor debería sentirse satisfecho y complacido. ¿Cuál sería el desenlace final? No podía ser malo, en cualquier caso. Si ese era su destino, todo indicaba que el destino estaba previsto hasta el último detalle. ¿Y aquel test? Podía no superarlo y entonces serían ellos los que le devolverían a una realidad mas absurda y oscura. Al otro lado le esperaba la muerte; ahora se encontraba instalado en la esperanza. Le preocupó que no diera el perfil final que buscaban.

Creyó que los cinco minutos estaban a punto de terminar y se colocó en posición de espera, mirando a la pantalla. Una nueva frase apareció.

¿DISPUESTO A SEGUIR?

—Sí.

CONTESTA SÍ O NO A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS.  
ESPERA A QUE LA PREGUNTA PARPADEE. TIENES TRES  
SEGUNDOS. COMENZAMOS.

¿TE ENCUENTRAS BIEN?

—Sí.

¿TE ENCUENTRAS ANIMADO?

—Sí.

¿CONFÍAS EN EL PROYECTO?

—Sí.

¿TE PREOCUPA ALGO?

—No.

¿TE HACES PREGUNTAS Y NO ENCUENTRAS  
RESPUESTAS?

—Sí.

¿PREFIERES CONOCER TU DESTINO?

—No.

HAS SUPERADO EL TEST. VA A COMENZAR LA SEGUNDA FASE. YA NO HABRÁ VUELTA A ATRÁS.

¿DESEAS CONTINUAR?

—Sí.

VAS A CAER EN UN PROFUNDO SUEÑO Y YA NO TENDRÁS MÁS PERCEPCIONES HASTA QUE DESPIERTES.

¿DESEAS CONTINUAR?

—Sí.

CUANDO DESPIERTES ES PROBABLE QUE ESTÉS SOLO EN LA TIERRA. ¿DESEAS CONTINUAR?

—Sí.

NO RECORDARÁS NADA DE TU PASADO ¿DESEAS CONTINUAR?

—Sí.

¿DESEAS CONTINUAR?

—Sí.

—¿DESEAS VOLVER A CASA?



—No.

SE VA A RECLINAR EL ASIENTO HASTA CUARENTA Y CINCO GRADOS. A MEDIDA QUE TU ASIENTO SE INCLINE DISPONDRÁS DE APOYO PARA TUS PIERNAS, QUE SALDRÁ DE LA BASE QUE ESTAS PISANDO. NO MUEVAS LOS BRAZOS Y LAS MANOS DE LA POSICIÓN EN QUE SE ENCUENTRAN. APOYA LA CABEZA EN EL RESPALDO. CIERRA LOS OJOS Y RESPIRA TODO LO PROFUNDO QUE PUEDAS. ¿HAS COMPRENDIDO ESTAS INSTRUCCIONES?

—Sí.

¿ESTÁS DISPUESTO?

—Sí

COMIENZA LA SEGUNDA FASE.

El asiento comenzó a moverse inclinándose el respaldo. Del suelo se movió la base que pisaba Anselmo en movimiento hacia arriba y adelante. Pronto se encontró confortablemente con todo su cuerpo inclinado y apoyado. Anselmo cerró los ojos y aspiró profundamente, una, dos, tres veces y sintió que su cuerpo le abandonaba, que su pensamiento se volvía impreciso. Aún, y antes de perder totalmente el conocimiento, pudo articular una frase, casi un susurro: «protegido de los... dioses...»

Y la palabra “destino” quedó a merced de la voluntad del hombre. Anselmo era una pieza más de una inmensa maquinaria creada por el hombre, programada por el hombre para perpetuar su especie.

Un ejército de científicos, recursos ilimitados, esfuerzos hasta la extenuación habían sido puestos a contribución de un magno proyecto: el mayor y mas complejo proyecto que el hombre había emprendido nunca.

Consciente de su poder, el hombre nunca admitió que ese poder fuera limitado y que sólo el tiempo ponía vallas, siempre superables, a su potencial capacidad de ser el único dueño de su destino.

Pero siempre se sintió amenazado por designios incomprensibles que convinieron en llamar “el azar imprevisible”.

El “Proyecto Génesis”, que ellos, quizá avergonzados de la implícita petulancia, venían llamando simplemente el Proyecto, había nacido para vencer esa única sombra que constantemente les amenazaba y que les impedía disfrutar plenamente de su soberbia.

Un científico había venido sosteniendo la hipótesis de que era posible suspender temporalmente la actividad vital por un medio novedoso hasta entonces. Pero la demostración empírica de su hipótesis requería una ingente contribución de medios materiales, científicos y humanos en general, que ningún país podía permitirse.

Fue como consecuencia de la aparición de los primeros fenómenos inexplicables y, sobre todo, incontrolables, que las naciones más poderosas de la Tierra acordaron crear una comisión supranacional, que aunara esfuerzos dispersos para investigar, con la máxima posibilidad de éxito, aquellos fenómenos y sus consecuencias para el hombre.

Cuando la Comisión pudo concluir, sin dejar lugar a dudas, después de sus profundos estudios y contando con todos los medios que la ciencia podía reclamar de los poderes políticos, que estaban a

merced de un azar imprevisible, los científicos que la componían creyeron que era el momento de, aprovechando su autonomía, desviar parte de sus esfuerzos y de los recursos sin límite de que disponían, para verificar la hipótesis del profesor de la suspensión de la actividad vital.

Las circunstancias presentes hacían que se reclamara por los científicos poner de inmediato parte de aquellos recursos al fin de conseguir el prototipo que el profesor tenía diseñado sobre el papel. A los poderes políticos no les gustó la idea, pues la consideraron un proyecto romántico, que a ellos, hombres del presente, no les afectaba, no les protegía y no les proporcionaba un beneficio inmediato. Fueron los científicos los que, corporativamente, debieron forzar la voluntad remisa de los políticos, dando a éstos un ultimátum: o les permitían trabajar en ese proyecto, o abandonaban los estudios sobre los extraños fenómenos. De mala gana, los políticos aceptaron con la condición de que se dedicara a ese proyecto un tercio del tiempo del trabajo útil de la Comisión. Al menos no limitaron los recursos económicos. Los científicos aceptaron y se pusieron a trabajar.

Así fue que, paralelamente al sentimiento de su fracaso en concluir algo positivo sobre los extraños fenómenos que habían hecho su aparición sobre la Tierra, los científicos se sentían satisfechos de haber dado por terminado el prototipo que les permitiría proyectar el ser humano más allá del tiempo que, extrapolando infinidad de datos, habían calculado en un millón de años para la completa regeneración de las circunstancias físicas, químicas y ambientales, que la Tierra había tenido cuando el hombre hizo su aparición sobre ella.

Así fue que se propusieron encontrar voluntarios dentro de la Comisión, entre los más jóvenes —no deberían sobrepasar los veinticinco años ni ser menores de veinte— que estuvieran dispuestos a suspender temporalmente su actividad vital, —¡por un millón de

años!—, para “renacer” luego y ser la semilla nueva que repoblara la Tierra con el hombre, sin dejar que el azar imprevisible se encargara de procurarlo por la más larga vía de la evolución.

Así fue que nadie estuvo dispuesto a esperar tanto tiempo para volver a la vida.

Así fue que se ofreció, discretamente, a muchísimas otras personas, sin resultado positivo.

Así fue que decidieron lanzar un mensaje al mundo buscando candidatos. El mensaje era bastante críptico y sólo entendible por personas con un específico nivel cultural. En él se exponía el perfil del potencial candidato- candidata y la forma de ponerse en contacto con la Comisión.

Así fue que Anselmo se encontró con ese mensaje en uno de los rastreos que solía realizar los fines de semana en su ordenador, metiéndose en cuantos foros podía, y a través de las redes interactivas que le comunicaban con los principales centros de investigación científica. Y aunque al principio le pareció una broma, como otras, que de vez en cuando aprecian —él había, personalmente, urdido alguna—, Anselmo imprimió aquel mensaje y lo guardo junto con los que ya tenía en su carpeta negra.

Así fue que Anselmo, tomando aquel folio en el que estaba impreso tan extraño mensaje, no le cupo duda de que aquella supervivencia que le ofrecían, si bien no era tranquilizante, si era extraordinaria y, sobre todo, quizá única. Y se dispuso a ofrecerse como candidato, dado que reunía el perfil que pedía la Comisión. Anselmo supuso que, al menos, una mujer formaría parte del proyecto.

El sabía que ningún miembro de su familia reunía los requisitos necesarios y, por tanto, no podrían acompañarlo. Tampoco lo habría consentido. Si alguno hubiese estado dispuesto a seguirle, él habría recurrido a cualquier forma convencional de supervivencia. Su novia, la

única que se acercaba al perfil y que él hubiese aceptado que le acompañara, no estuvo en ningún momento dispuesta a seguirle a ciegas. Ya no tenía a nadie más que constituyera para él una condición para su aceptación personal. En realidad, ante una decisión de esa naturaleza, Anselmo se planteó que, o lo hacía solo y al margen de sus seres queridos, o lo desecharía.

Y así fue por lo que, finalmente, Anselmo mandó un mensaje aceptado ser candidato y que pondría rumbo al destino que indicaban a la mañana siguiente.

\*\*\*

Dentro del cuartel general de la Comisión, la febril actividad había concluido y todo estaba a punto. El prototipo había sido comprobado hasta el último detalle, sometiéndolo a las más variadas simulaciones, excepto una: el paso del tiempo casi infinito. No obstante, el cálculo de un millón de años, si bien parecía infinito para la suspensión de la actividad vital, no constituyó un problema insoluble. Dependía de la construcción de la cápsula. Esta cápsula debería ser capaz de mantener en estado inerte cualquier elemento que alojara en su interior, fuera orgánico o inorgánico. Del estudio profundo y sistemático de los fósiles se obtuvieron las claves definitivas. Relojes atómicos pondrían en marcha la reversibilidad de los procesos artificialmente creados. Pero..., nadie en la Comisión podía asegurar que algo no hubiera sido dejado al azar imprevisible. Ellos habían hecho todo lo que humanamente les permitía su ciencia y buena voluntad, empujadas, ambas, por su soberbia.

Mientras se esperaba el candidato, un sofisticado e irreal laboratorio externo se preparaba para el estudio y tratamiento previo y especialísimo de un cuerpo portador de vida. Primero se estudiarían

exhaustivamente sus condiciones orgánicas; luego, se manipularían los centros de su memoria para borrar sus contenidos; luego, y lo más importante, se trataba de suspender su actividad vital hasta extremos que alcanzaban su estructura atómica integral. Era como conseguir que los electrones dejaran de orbitar en torno a sus núcleos y otros corpúsculos subatómicos detuvieran sus trayectorias zigzagueantes y se quedaran quietos, como en una foto fija de una filmación del movimiento. Luego, la máquina debería conseguir que todo se pusiera de nuevo en marcha. Pero ese luego era, nada más y nada menos, al cabo de un millón de años. Se comprende, así, la magnitud del proyecto.

Íntimamente, cada miembro de la Comisión tenía su frustración particular: no estar allí para comprobarlo. Pero, en esta circunstancia, el orgullo colectivo arrastraba cualquier indiferencia individual, y todos colaboraron de buen grado, por la pequeña e íntima satisfacción que a cada uno le producía el haber colaborado a evitar la extinción de la especie humana.

También se había comenzado la construcción del gemelo del prototipo. Se tardaría un año, y todos esperaban tener tiempo para terminarlo, de lo contrario el Proyecto Génesis habría fracasado.

Una mujer debería ser la candidata a ocupar una propuesta de destino similar a la de Anselmo: su Eva en un nuevo paraíso. Quizá, pensaban los miembros de la Comisión, las generaciones que sigan a esa nueva pareja, serán portadores y transmisores, a la vez, de las claves de la creación del hombre, sin eslabones perdidos, como sucedía ahora.

Pero dejemos ya a esos magos con sus juegos de dioses y hagamos que nuestra imaginación viaje veloz a través del tiempo, porque, para sosiego mío y vuestro, vamos a ser espectadores del paraíso.

## CAPITULO V

La escena  
(Acto tercero)

Y los dioses habían pensado.

Y los otros, aquellos seres inferiores al hombre, que los dioses, en sus ensayos de vida, habían dejado sobre la tierra, le sobrevivieron.

El hombre se fue extinguiendo lentamente, víctima de sus desmedida ambición.

Los animales le retiraron su presente, escondiéndose en los lugares más inaccesibles de la Tierra. Muchos murieron en el camino, pero, movidos por el instinto, los mas fuertes superaron las barreras.

El hombre se fue extinguiendo, víctima de su insolidaria actitud.

Los animales superaron todas las barreras, gracias a su solidaria voluntad de permanencia como especies.

El hombre se fue extinguiendo lentamente, víctima de su desesperación.

Los animales le sobrevivieron, gracias a su instinto de amor por la vida.

\*\*\*

### Anselmo (Epílogo)

Y los dioses eternos, sin los límites del tiempo, volvieron sus ojos hacia su mejor obra, su protegido. Y calentando su inerte cuerpo con el soplo de su aliento, le devolvieron la vida. Y todo comenzó de nuevo.

\*\*\*

**Anselmo**, (nombre que según la onomatología viene a significar protegido de los dioses) después de un largo, larguísimo tiempo en el que ya muchos soles y lunas se habían ocultado y aparecido, se encontró consciente y sin memoria de su pasado en aquel huevo metálico, que le pareció incómodo y quiso salir de él. Su instinto primario era buscar horizontes de espacio y luz, porque sintió que aquel recinto era muy limitado y oscuro. Y como había sido previsto por los



científicos, a instancias de los políticos, antes de aquel apocalipsis que destruyó la humanidad, el calor que se desprendía de su actividad vital movió los resortes de aquella cápsula, que lentamente se fue abriendo como una granada madura. La luz penetró en el recinto y sintió que era hiriente para sus ojos, lo que le obligó a cerrarlos. Poco a poco, respirando hondo aquel aire con aromas agradables, le fue devolviendo la confianza y quiso encontrarse de nuevo con aquella luz hostil pero atractiva. Y fue abriendo lentamente los ojos, con el deseo de enfrentarse a aquel atractivo peligro. Y notó que la luz ya no le hería más.

**Así** fue como el hombre comprobó que el aire era bueno y la luz bella. Y en su mente buscó un símbolo para darles nombre a aquellas sus dos nuevas sensaciones.

**Miró** al frente, luego fue girando lentamente y observó todo lo que sus ojos veían. Y todo le pareció de una gran hermosura que le complació grandemente, porque la belleza complace sin necesidad de tener memoria de ella. Todo lo que desde allí veía era el más bello escenario vegetal que ningún humano pudo haber visto, no al menos por los hombres que hicieron todo por destruirlo. Esbeltos árboles que el viento mecía suavemente, altos y gruesos, también pequeños y delgados,

de todos los tamaños, y con sus hojas de verde y plata parecían saludarle como si fueran manitas pequeñas, todos crecían enhiestos, ninguno se retorció o se inclinaba, todos mostraban lozanía y vigor.

Y así fue como el hombre encontró que aquellos monstruos no le atacaban, y les buscó un símbolo en su mente para nombrarlos; eran sus primeros compañeros con cuerpo.

Una bengala de colores atrajo luego su atención curiosa: era un macizo de flores que salía de la tierra como una ofrenda de bienvenida.

Y el hombre se complació de aquel encuentro. Y le buscó un símbolo en su mente para darles nombre: eran sus primeros regalos.

Cauto y temeroso, su instinto primario le impedía dar un paso, pero la quietud de todo, en su rítmico movimiento, le fue dando confianza.

Y así fue como en su mente buscó un símbolo para nombrar esas sensaciones: cautela, temor, confianza, ritmo, movimiento.

Y miró al suelo, más allá de su metálico suelo, y vio una alfombra verde que se mecía con ritmo y movimiento. Y los símbolos suelo, alfombra verde, ritmo y movimiento, se unieron al símbolo confianza.

Y al temor sucedió la cautela, y la curiosidad, de la mano de la

cautela, hicieron que moviera sus pies dos pasos adelante buscando un nuevo suelo, y vio que era firme y suave.

Y así fue como buscó en su mente un símbolo para nombrar curiosidad, firme y suave.

Y caminó por aquel suelo que siempre era virgen, y sintió pisar sus huellas creyendo haber causado dolor a la hierba.

Y así fue como le buscó símbolos en su mente para nombrar huella, sentimiento, dolor, hierba, firme y suave.

Y se alejó de su hueco impulsado por una curiosidad sin límites. Iba siempre de frente, buscando el final que siempre se alejaba. Notó que el suelo no era ya suave y miró hacia abajo y vio un suelo diferente. Se agachó y con sus manos lo tocó primero, luego tomó un puñado con una de sus manos y lentamente lo dejó caer en el hueco que había formado en la otra. Era tierra.

Y así fue que a ese nuevo suelo le buscó otro símbolo en su mente para distinguirlo.

Y siguió caminando, y frente a él apareció un espejo. Y se acercó para mejor verlo. Temor, cautela, confianza, se agachó para tocarlo y su figura se reflejó produciéndole un gran susto. Pero la imagen no salía y

sus movimientos le parecieron familiares. Y comprobó que era él moviéndose por el fondo. Era él, el hombre.

Y así fue que buscó un símbolo en su mente para grabar su imagen en su memoria, y otro símbolo para nombrar espejo e imagen.

**Quiso** ir al encuentro con su imagen y notó que sus pies se hundían, y retrocedió con miedo. Desde el suelo firme, se agachó para tomar un poco de aquel espejo y sintió una agradable caricia en su mano y que se fugaba entre sus dedos: era agua.

Y así fue que buscó un símbolo en su mente para recordarla.

Y siguió caminando, bordeando aquel espejo. Se encontró con un árbol que portaba algo más que manitas de verde y plata: eran sus frutos, redondos y de suaves coloraciones. Tomó uno sin separarlo de su dueño, el árbol, y sintió hambre. Acercó su boca y quiso lamer el perfume que desprendía. No se quedó satisfecho y su boca se abrió para cerrarse de nuevo, y un pedazo de aquel fruto se quedó en su boca y sintió el impulso de comerlo. Y en otro momento su boca abierta recogió como un cáliz unas gotas de rocío. Y sintió que calmaban su sed, tornando suave su boca reseca.

Y así fue que el hombre tuvo hambre y sed, comida y líquido y

la forma de calmar una y otra. Y les buscó los símbolos en su mente para nombrarlas .

Y vio que todo salía o se posaba en la tierra, y sintió el deseo de encontrarse con algo que caminara como él y que le mostrara cómo se caminaba sin cautela en aquel suelo. Y con cautela penetró en la fronda, impulsado siempre por su buena compañera, la curiosidad. Y allí vio el primer ser que caminaba y hacía cosas que él no había hecho: alejarse veloz y subirse a los árboles; era un pequeño simio. Luego vio otros, grandes y pequeños y le pareció que le recordaban algo que había visto antes. Y su elemental memoria le recordó su imagen; no, no eran iguales, eran parecidos, pero diferentes. Y ya un sin fin de cosas que se movían, que incluso caminaban por el aire, que proferían sonidos nuevos, diferentes a los del viento y las manecitas de los árboles.

Y así fue que le llevó más tiempo buscar símbolos en su mente para dar nombre a tantas cosas. Y, finalmente, a los símbolos los llamó palabras.

Y quiso imitar los sonidos de aquellos seres que se movían y saltaban de rama en rama: «¡uuuh, aaah, uaah, uah.!» Y sonrió satisfecho de poder hacerlo. Y distinguió entre sonidos y ruidos por sus

sensaciones.

Y así fue que, música, canto y ruido fueron otras tantas palabras a las que les buscó un hueco en su mente. Y a ese hueco lo llamó memoria, diferente a pensamiento, que fue, desde entonces, casi todo lo demás.

Y su pensamiento buceó en su memoria y encontró su imagen. Y miró a un lado y a otro y más allá buscando una imagen igual que no estuviera en el fondo de un espejo; que, al menos, saliera de la tierra, como el árbol o las flores, que no fuera pequeña ni grande, como el más pequeño de aquellos seres que corrían o caminaban por el aire o por los gigantescos árboles. Y no la encontró, y sintió tristeza de estar solo en aquel lugar en que todo tenía su compañero.

Y de tantas sensaciones, su mente fatigada sintió desfallecimiento. Sus ojos pedían cerrarse y su cuerpo prescindir de sus débiles piernas, y el sol caliente le mostró una sombra a la que se encaminó vacilante. Y para que todo su cuerpo quedara en la sombra, se acurrucó al lado de un grueso árbol, y le dominó el sueño.

Y así fue que el hombre supo lo que era tristeza, cansancio, sombra, sueño.

Y le buscó un símbolo en su mente.

Y el hombre, hecho subconsciente, soñó cosas incomprensibles, diferentes a las que había contemplado despierto: un mundo extraño, hostil, angustiado, con algo más que temor, de árboles marchitos, retorcidos, sin manitas verde y plata, sin aire portador de aromas y luz, sin alfombras verdes y espejos de agua, sin seres corretones o caminando por el aire. Y vio muchas imágenes como la suya pero con muecas hostiles, burlonas, indiferentes, de dolor y pena.

Y así fue cómo el hombre llamó a aquel fenómeno sueños y a su contenido pesadilla. Y su pensamiento nunca más bucearía en su memoria para complacerse en su propia imagen. Y sintió, finalmente, que aquel lugar era bueno.

\*\*\*

**Habían** pasado muchos soles y lunas y el hombre había sido aceptado sin cautela por los otros seres que poblaban la Tierra. A veces se sentía triste. Aunque todos parecían querer complacerle, se pasaba muchas horas solo, junto a otro gran huevo metálico como el suyo que había encontrado no muy lejos de aquel del que él había salido. Pero permanecía cerrado y no había forma de abrirlo. El confiaba que de

aquella cosa saliera alguien como él, y esperaba impaciente. Pero, no; aquella cosa inerte, inmóvil no daba señal de movimiento. Empezó a pensar si sería una roca extraña como otras que había visto. Y se fue alejando de aquel lugar con una nueva sensación: la desesperanza.

**Aquella** cosa era el azar imprevisible de los hombres de otra época y que no habían podido superar. Dentro, una mujer, para la que habían fallado las previsiones, era el exponente de la finitud de los proyectos soberbios del hombre. ¿No tenían los dioses una mujer a quien proteger? Quizá no entró en sus cálculos. O pensaron que partiendo de la misma causa se repetirían de nuevo los mismos efectos. La descendencia de un hombre apareado con una mujer daría lugar una especie igualmente prepotente sobre el resto de los animales. El nuevo-viejo mundo volvería a ser objeto de su lujuria y de su acción predatora.

**Si** los animales habían dado muestras de cordura y sensata utilización de la naturaleza, quizá sólo los animales eran dignos de vivir en la Tierra.

**Pero** los dioses no querían reconocer que su hombre fuera inferior en cualidades y seguían pensando que era su obra más lograda. Y fue así que lo dejaron volver a vivir y observar su comportamiento. En



todo caso, ahora advertidos, rectificarían los errores. Todo empezaba de nuevo.

**El** hombre tenía entre sus mejores compañeros una tribu de simios que le acompañaban a todas partes, le traían comida, le enseñaban mil cosas. Le respetaban, excepto un gran simio, macho, que le aceptaba a condición de no intimar demasiado con sus hembras. El hombre le complacía aparentando indiferencia y el gran mono volvía a ser su amigo.

**Pero** el hombre sentía sensaciones extrañas cuando observaba que el gran mono se apareaba con sus hembras. Ya había observado que otros animales hacían lo mismo. Y aunque él no comprendía que aquello fuera el inicio de la preñez de las hembras, también sentía una sensación extraña cuando eclosionaban los huevos o de los vientres redondos y opulentos de las hembras salían pequeños seres que se les parecían.

**Y** él estaba solo, incapaz de hacer lo mismo que ellos y ellas. Y por eso sentía tristeza.

**Era** tanta su tristeza, que los dioses se compadecieron.

Un día, en que el hombre y la tribu de simios amigos descansaba dormitando sobre la fresca hierba y a la sombra de un gran árbol, se presentó con andares tímidos algo que se parecía a él, pero algo

diferente y que no recordaba haber visto antes. No se decidía a incorporarse al grupo y, desde prudente distancia, llamó la atención de todos con un «uuuh, uuuh, uah, uah». Parecía su deseo que la aceptaran entre ellos.

El sonido insistente del visitante fue despertando a todos, que miraron hacia el lugar donde se encontraba. Pero sólo el hombre miró con curiosidad creciente; sus compañeros, indiferentes, volvieron a cerrar los ojos y a retomar el sueño.

El hombre se levanto y, extendiendo sus brazos hacia adelante, invito al visitante a que se acercara. Cuando lo tuvo cerca, pudo ver que se trataba de una hembra. Era tímida, con expresión dulce. Como se parara a mitad del camino, el hombre salió a su encuentro, sonriendo y siempre la mano extendida en señal de bienvenida. Ella se dejó tocar la cabeza, cubierta de largo pelo rubio que descendía como una cascada a lo largo de su espalda, y ésta miró hacia arriba, a los ojos del hombre, con sus ojitos reflejando temor y súplica. Era muy grande para tomarla en sus brazos y la invitó a que le cogiera su mano. Y cogidos de la mano entraron en el corro de simios, que parecían seguir indiferentes. El hombre no quería indisponerse con el macho, y siendo consciente de que

la visitante era una hembra, se acercó con ella para que viera que no entraba en tales disputas con él; se la ofrecería en señal de amistad.

«**Uuh, uuuh, uuuh, aah**», pronunció el hombre a su lado. El gran macho abrió sus ojos somnolientos, observó un instante y los cerró de nuevo. Era evidente que no le interesaba, de lo contrario habría reaccionado tomando la hembra para sí. El hombre estaba contento. Aquel presente, venido del fondo del bosque, era para él, y se propuso hacerla su compañera.

**Como** la lluvia le molestaba sobre su cuerpo desnudo de pelo, al contrario que el de sus amigos, los simios, el hombre había aprendido a taparse con una especie de traje hecho con delgadas lianas entrelazadas y pelo incrustado como si fuera un cepillo. Tan pronto dejaba de llover se lo quitaba, pues su tacto era en extremo molesto con el sol. Por la noche se tapaba con una manta confeccionada de igual modo, y se metía en un cobertizo hecho con ramas y hojas grandes en el que sólo cabía su cuerpo. En todos estos trabajos siempre encontraba ayuda en sus amigos, los simios.

**Aquella** noche, como el hombre repitiera el mismo lugar para acostarse y la misma manta para taparse, tomó en cuenta que su

compañera, desnuda como él, parecía querer hacer lo mismo, pero el espacio no lo permitía y la manta no les cubriría a los dos, por lo que, en solidaridad con ella, el hombre abandonó su manta y salió de su cobertizo.

La noche era fresca, pero no fría. No obstante, el hombre se puso su traje y se recostó con la intención de dormir, haciendo gestos a su amiga de que hiciese lo mismo. Ella le imitó y se acostó a su lado. Complacido el hombre, la tapó con la manta y le puso su brazo por encima para que sintiera su protección. Ella pareció sentirse a gusto, acurrucada en el hueco que habían formado las piernas y el cuerpo del hombre.

Y así fue que el hombre conoció a la hembra venida del fondo del bosque, y ya fue uno más entre machos y ella entre las hembras. Y nadie se la disputó.

Y el hombre terminó por tener su tribu propia y buscó otro lugar donde instalarse. Cada generación nueva se parecía al hombre y a su compañera, y sus comportamientos distaban también de los de aquellos simios, sus amigos. Finalmente, Anselmo, el protegido de los dioses, debió morir de viejo.

Y así fue que los dioses, viendo que, en cualquier caso, el hombre seguía siendo su obra más perfecta, pronto se dejaron llevar del cansancio y se volvieron a dormir por otra eternidad, seguros de haber acertado esta vez.

**FIN**